Sandrine Collette

Madelaine antes del alba

traducido por MALIKA EMBAREK LÓPEZ



TRÁN
SITO

Título original: *Madelaine avant l'aube*
© Sandrine Collette, 2024

© de esta edición, Editorial Tránsito, 2025
© de la traducción, Malika Embarek López, 2025

DISEÑO DE COLECCIÓN: © Donna Salama
DISEÑO DE CUBIERTA: © Donna Salama
FOTOGRAFÍA DE SOLAPA: © Patrice Normand

IMPRESIÓN: Kadmos
Impreso en España – Printed in Spain

IBIC: FA
ISBN: 979-13-990171-2-0
eISBN: 979-13-990171-3-7
DEPÓSITO LEGAL: M-19577-2025

Síguenos en:

www.instagram.com/transitoeditorial
www.facebook.com/transitoeditorial
@transito_libros

www.editorialtransito.es

Todos los derechos reservados. No está permitida ninguna forma de reproducción, distribución, comunicación o transformación de esta obra sin autorización previa por escrito por parte de la editorial.

Editorial Tránsito es respetuosa con el medio ambiente: este libro ha sido impreso en un papel ahuesado procedente de bosques gestionados de forma responsable.

Madelaine antes del alba

Sandrine Collette

Traducido del francés por
Malika Embarek López

Índice

Prólogo

UNO

DOS

TRES

CUATRO

Qui es in caelis

Prólogo

La tierra tiembla bajo sus pesados pasos. Se apresuran con esa lentitud casi hipnótica de los cuerpos grandes, agotados tras una jornada de trabajo, interrumpida mucho antes de lo habitual por la llegada del niño.

El hombre y el caballo van el uno junto al otro, apestando ambos a un sudor que se ha secado en la piel rugosa, aquel se limpia el polvo que colorea su frente de gris y este sacude la cabeza para librarse de las moscas. El niño camina delante, se gira para esperarlos. No dice nada, pero su actitud refleja impaciencia. Le gustaría que se diesen prisa, que el hombre al que llaman Eugène el Fuerte avanzara tan rápido como el viento. Le gustaría que el poderoso caballo se lanzase a correr y los llevara sobre su lomo, porque allá, Aelis —¿o acaso sea Ambre?, no lo sabe— se lo repitió con una voz terrosa: Ve rápido. Dile que es grave.

Y el niño corrió hasta quedarse sin aliento. En la orilla del río, dio voces como rugidos para llamar a la barquera, se subió a la balsa casi tropezando y corrió de nuevo en cuanto puso el pie en la otra orilla. Atravesó el bosque, se cruzó con algunos hombres encorvados trabajando los campos, que le señalaron el camino con los brazos cansados, buscó en la linde de los bosques sombríos la silueta del imponente caballo dorado y no se detuvo hasta llegar a sus pies. Allí transmitió su mensaje de urgencia, y Eugène enseguida se apresuró a deshacer el tiro del animal y abandonó en mitad del claro el tronco de madera que transportaban. El niño creyó entonces que regresarían como había dicho la señora, rápido, muy rápido. Sin embargo, los dos seres que lo siguen avanzan con pasos pesados, con unas zancadas parsimoniosas e interminables, el cansancio de la jornada no les permite aligerar al hombre y al caballo, así son las cosas. Eugène, para sus adentros, grita que ya llega, grita que lo esperen.

No sabe a qué ha venido el niño, no le explicó nada, solo que Aelis —¿o acaso sea Ambre?—, lloraba y lo mandó con una orden imperiosa, ve rápido, la desgracia se ha abatido sobre nosotros. Y él, Eugène, con pasos amplios y lentos, ajustados a los del caballo, se dirige hacia esa desgracia. Su primer reflejo fue agarrar del hombro al niño, temblando. *¿Mis hijos?* El niño lo miró sin entender y Eugène se calmó, sus hijos a esa hora trabajan en los campos, en las tierras que arriendan al dueño: sus hijos no están en casa.

En la orilla del río, la Vieja espera impaciente, el niño la ha avisado de que regresaría enseguida. Ha acercado el pontón a un lugar donde el caballo pueda embarcar. Jéricho pesa ochocientos kilos, y la barcaza se mueve cuando él se sube con determinación; por mucho que la Vieja lo haga cruzar cada mañana y cada tarde durante la mitad del año desde hace ocho, vuelve a decir dirigiéndose a Eugène: mantenlo quieto. Eugène no contesta, nunca contesta. Las
palabras de la Vieja son solo rutina. Con una mano sobre el cuello del rocín observa a la mujer mientras ella remonta la barcaza, tirón tras tirón, con el rostro y los delgados brazos cada vez más azulados por el esfuerzo de los nervios, y piensa, como cada mañana y cada tarde durante la mitad del año desde hace ocho, que es una locura dejar la embarcación en manos de esa mujer. Que ya no tiene edad para eso. Sobre ese asunto todos murmuran. Coinciden en afirmar que el cable la retendrá, ocurra lo que ocurra, pero ella, la Vieja, acabará reventando de tanto estirar así los músculos, con esas venas que dibujan unos senderos sinuosos e hinchados en sus sienes grises y con los ruidos roncos que arranca a sus brazadas, una por una, con las palmas de las manos quemadas por la cuerda. Lo comentan. Nadie hace nada, y así continuará hasta que ocurra un accidente. Les viene bien que la anciana se ocupe de la barcaza puesto que ya no hay puente. El puente. Eugène lo recuerda. Se destruyó cuando él tenía diez o doce años, y los habitantes de La Foye no quieren reconstruirlo. Desconoce los motivos: es así y punto, y estar protegidos del resto del mundo es mejor.

¡Cuánto tarda!, se dice refunfuñando y apretando las manos para no quitarle el cable a la Vieja y sujetarlo él. Con un río tan pequeño.

Cierra, pues, los ojos y, como de costumbre, intenta descansar durante los minutos que se tarda en cruzar a la otra orilla. El cansancio de la jornada le aplasta la espalda. Demasiado. Es normal. Siempre es así. Día tras día. El cansancio es vida. Y piensa que ya no lo siente, lo ha hecho suyo, en ese cuerpo inmenso que los demás creen protegido de la miseria y de los tropiezos. Eugène está de pie en mitad de la barcaza, con los rasgos de la cara hundidos, agotados, los hombros tensos, y esas manos anchas como pezuñas de oso, capaces de manejar cualquier herramienta, de hacer cualquier tarea. Con las piernas algo separadas para no titubear, para no asustar a Jéricho, que está plantado junto a él. Solo en el pontón. Siempre está solo. Nadie quiere cruzar el Basilic. El largo río verde bajo sus pies se retuerce entre las tierras como ese reptil mortal al que le debe su nombre, el basilisco. Eugène lo sabe: el Basilic no es un río con serpientes. Su color casi verde esmeralda no procede de las escamas de los reptiles ocultos a miles en sus agujeros, como afirman los que gustan de jugar a asustarse. Es por la roca y por las algas de agua dulce.

Eugène abre los ojos. La orilla se acerca, lo ha sentido por los movimientos de la barcaza. Delante, el niño se inclina, dispuesto a saltar, pero la Vieja lo atrapa por el brazo y lo empuja hacia atrás. Ha visto a muchos críos ahogados por impacientes, resbalan bajo el casco sin que dé tiempo a sacarlos. Maniobra la embarcación, que ya golpea los juncos. Jéricho franquea la borda. El mundo, mantenido un instante en suspenso, reemprende su carrera. Eugène se coloca la mano sobre el corazón que le late fuerte. Desde aquí, debido a los bosques, no se ve nada, la granja está en el nordeste, a casi una legua de allí. Demasiado lejos para llegar rápido y demasiado cerca para prepararse ante lo que va a descubrir. Durante unos segundos se tambalea. Habrá que correr o ir del lado opuesto; se siente incapaz de elegir alguna de las opciones.

Se pone, pues, en camino detrás del niño, quien, al comprobar que lo sigue, se aleja corriendo hacia delante, hacia su casa. Eugène lo pierde de vista. Su caballo y él caminan, y el miedo le vacía la mente. Solo piensa en llegar a lo alto del cerro tras el cual está su casa, el cerro que ha dado su nombre al caserío con las tres

pequeñas granjas situadas allí: Les Montées. Se pregunta por lo que ha pasado, que aún no sabe. Aelis está viva, puesto que ha mandado recado con el niño. Aelis no cuenta, lo que cuenta es el resto, y sobre el resto el niño no dijo nada, encerrado en un silencio aterrador. A Eugène eso lo asusta.

Y la legua se hace larga bajo un sol que no quiere ponerse, y es corta, es, en el fondo, tal como se la ha imaginado Eugène: un lento y terrible caminar hacia las tinieblas, y hasta el final espera equivocarse, que el niño se equivoque, que Aelis se equivoque, espera que no llegue el día, ese día que teme desde que apareció Madelaine. Reza para que solo sea una pesadilla o un error.

Pues en el instante en que Eugène lleva recorrido un trecho suficiente para ver sin entender la escena que se desarrolla allá, y allá significa su casa, en el instante en que percibe los cuerpos extraños y los perros que se precipitan hacia él ladrando fuerte, enloquecidos por la violencia y la sangre, sabe que ya nada será como antes. Sabe que ese día perderá todo, que solo le quedarán sus ojos para llorar, sabe que el orden de las cosas ha sido destrozado una vez más y que nadie podrá borrarlo ni retroceder, que en solo unos instantes todo lo que invirtió la mitad de su vida en construir se habrá venido abajo, y que su vida ya solo es una brizna de paja. Le da tiempo a contemplar, en medio de una curiosa torpeza, las partículas de polvo levantadas por el viento, y él mismo es una de ellas. Luego oye los gritos de las mujeres que lo ven llegar, y la realidad irradia hasta él. Siente que ahora debe darse prisa.

UNO

Estoy en el umbral de la puerta junto a Rose oyendo a los perros ladrar. En realidad no nos molestan sus ladridos, lo que nos molesta es un crujido más allá, a lo lejos, aunque no muy lejos; los pone nerviosos, sí, desde hace días, cuatro o cinco, y no sabemos el motivo. No ocurre todo el tiempo, solo por momentos, con la puesta de sol o si la oscuridad naciente nubla la vista. Hay sombras, movimientos furtivos, quizá son fruto de nuestra imaginación, salvo que.

Los perros chillan.

Nos hemos acostumbrado a estar en alerta. Nos hemos acostumbrado a escuchar. Este mundo no ofrece ni promesas ni certidumbres, más allá de que nos morimos sin duda demasiado pronto, nuestras existencias son cortas, salvajes, agotadoras. Como dice Eugène: es normal. Es la vida de nuestros padres y de sus padres antes que ellos.

Un mundo que no cambia.

Nosotros ahí en medio, en la otra punta de las tierras más lejanas, no cambiamos, como los bosques antiguos que nos rodean. Podríamos ser los personajes de las historias que los cuenteros van narrando desde siempre por los pueblos, con una sola diferencia: aquí las historias no acaban bien. Los reyes nunca vinieron a raptar a alguna de nuestras pastoras; si acaso, a violarlas, no a convertirlas en reinas.

En fin, ahí seguimos, y ahí sigue esa cosa en el aire que nos molesta cada noche y que no sabemos qué es. Así que estamos alerta. Yo tengo mejor oído que Rose. Ella es mayor. No tanto por la cantidad de años, sino por la cantidad de dolor: y este avanza más rápido y con más fuerza que aquellos. No digo que sea completamente anciana, sino que oye peor que antes. Algunas tardes ya no adivina el ruido de mis pasos al regresar por la parte

trasera de la casa; el suelo de madera está tan gastado que ya no cruje. Rose me descubre en el último momento, me doy cuenta: sus ojos se sobresaltan. Ella, impasible. Solo ese iris azul deslavado por los años que centellea como un relámpago y luego se apaga bajo los pesados párpados. Rose sigue pelando las verduras o cortando el pan, oigo su murmullo: ¡Ah, eres tú! Alguien que no fuera yo, precisamente, ignoraría la ínfima suspensión de su gesto, su vacilación cuando entré por esa puerta siempre abierta que tampoco hace ruido, y por ello mi presencia la sorprende. Se rasca el oído. Esos condenados tapones de cerumen, masculla. Yo sé que no es el cerumen. Son los años. Fingimos ambos que no pasa nada. Rose no debe envejecer. Los ancianos aquí duran poco, no los quieren, no se puede.

Rose vive sola en su casita. Antaño vivían con ella sus dos hijos, pero se marcharon. No son muchos los que se van del Pays-Arrière, pero esos dos sí se marcharon y jamás regresaron. Al principio le mandaban a Rose noticias a través de algún comerciante que pasaba por aquí y le trasladaba un mensaje. Los hijos decían que donde estaban vivían mejor y no le proponían que se reuniera con ellos. A Rose le mosqueaba un poco y luego lo dejaba pasar, de todos modos ella no se veía yéndose de su terruño. Poco a poco las misivas cesaron, los hombres son así, dijo Rose. Ojos que no ven, corazón que no siente. Hace veinte años que no los ve. A mí me parece triste, sobre todo por esa ropa suya que sigue doblada encima de las camas a pesar del tiempo transcurrido, y por el olor de ellos, que sigue en la tela. Rose dice que no hay que apenarse ni desgastar nuestras fuerzas en asuntos demasiado grandes para nosotros; son palabras que no consigo entender. Yo no soy nada para ella, no estoy unido a ella por lazos de sangre, estoy aquí, eso es todo, me recogió un día en que siendo pequeñito me moría de hambre en el camino, y me quedé. De eso hace ocho años.

La ausencia de los hijos se fue asentando despacio, Rose se ha acostumbrado, como cuando se pierde un perro: los primeros días lo sigues oyendo, piensas que va a aparecer entre nuestras piernas con su cabecita y su mirada pendientes de que le llenen su comedero. Al cabo de cierto tiempo, una semana, dos o más, dejas de acechar los

ruidos de su presencia. Y algo más tarde te olvidas de que había un perro en casa. A Rose le pasó lo mismo con sus hijos. Le llevó más tiempo que con un animal, pero es igual, se difuminaron en su memoria, dejó de esperarlos. Rose se enfurece si se le dice de ese modo; creo que ocurrió poquito a poco, con suavidad. Lo malo es que la ausencia nunca es suave. Es solo tiempo. Así es. Puedes no estar de acuerdo con que el tiempo se come todo, las cosas buenas y las malas. Fue picoteando la pena, picoteando a los ausentes.

Yo estoy aquí y no me iré. La diferencia con los hijos de Rose es que ellos soñaban con viajar; mi viaje acabó aquí. Cuando está de mal humor, Rose me reprocha que me haya quedado con ella únicamente porque me alimenta. Algo de razón tiene. Comer a diario es un milagro, pero también sigo aquí porque la quiero. Y además esta región, ruda, áspera, me habla, resuena en mí, aunque en el fondo nos sintamos prisioneros en ella, en esa lengua de tierra aislada por el río y que nadie nos disputa. No se nos permite salir de aquí, hay unas reglas. Pertenecemos a los Ambroisie. Yo estoy de acuerdo con todo eso. Es nuestro mundo y es salvaje, hasta en el brillo de los ojos de los niños, el día del pan horneado, cuando el olor arrebatador de la miga cocida se extiende por encima del pueblo.

En fin, hace demasiado tiempo que los perros ladran al caer la noche, y Rose cree que eso viene de la parte alta, de la casa de Eugène o de Léon, no lo sabe muy bien, las granjas están muy cerca la una de la otra. No es que sean ladridos peligrosos, ya conocemos a esos perros. Parecería más bien que alguna cosa está husmeando por allí y eso los inquieta, no es ese gruñido grave de cuando existe un verdadero problema y el lomo se eriza. Rose frunce el ceño. Me observa y dice, bruscamente sorprendida, con lo curioso que eres, qué raro que no hayas ido a fisgonear por allí. Giro la cabeza hacia el otro lado, eso quiere decir que no. No quiero que sepa que ya estuve allí y no vi nada. Solo ese olor, y debí de equivocarme, los olores se mezclan en las granjas, lo humano, lo animal y luego el heno y la tierra. Ya podré ir en otro momento, seguro que averiguo lo que ronda por ahí en nuestras noches, no podemos dejar que ocurran cosas sin estar seguros de lo que son y sin saber si existe

alguna amenaza. La única sensación que tengo por ahora es contradictoria: no es peligroso pero hay peligro. Es inofensivo; de lo contrario, los ladridos de los perros estarían llenos de rabia y alarma. Si no les hiciéramos caso, sería por pereza, y nosotros no somos perezosos. Ya lo he dicho, estamos alerta. Allá arriba hay algo y voy a saber qué es.

Vivimos en el fin del mundo. El río Basilic serpentea a lo largo de la frontera de nuestra región aislándola del resto del universo. De nuestro lado del río se extienden algunos pantanos y después, algo más allá, está el pueblo detrás de unas granjas dispersas, como la de Rose, que forma parte del caserío de tres granjas que se denominan Les Montées. Hay bosques y campos, y luego a lo lejos todo ello se empobrece y termina en una montaña de lava casi vertical, que nadie se aventuró jamás a escalar.

No sabemos dónde se detiene el Basilic. Los que se fueron de aquí siguieron todo recto y ninguno volvió para contárnoslo. No conozco a nadie que haya bordeado el río hasta el final. A veces voy a sentarme a la orilla. Me quedo mirando el color del agua y me parece bonito. Los días de tiempo azul, los árboles altos se reflejan en la superficie y es como una explosión de verdes, marrones y amarillos. Lo más singular de nuestro río, más que el color y sus brillos y las truchas gigantes que alberga, es que no tiene un puente para cruzarlo. Por eso es el fin del mundo. Hace tiempo había uno. Fue destruido antes de que yo llegara, lo recuerdo, crucé a nado el Basilic y por poco me ahogo.

Hay una barquera. No se sabe por qué está ahí, solo que Eugène cruza con su caballo la mitad del año por la mañana y por la tarde para transportar madera del otro lado. Ella está ahí todos los días de invierno y verano y otoño y primavera. Puedo decirlo porque a menudo acompaño a Eugène mientras Rose duerme todavía y me aburro en la grisura del alba. La granja de Eugène está en lo alto, más arriba que la nuestra, en frente de la de Ambre y Léon. Eugène está obligado a pasar delante de nuestro jardín cuando baja a montarse en la barcaza; en el trayecto que nos separa del Basilic, yo corro a su lado, respiro el olor del gran caballo dorado, observo el paisaje. Luego él me manda de vuelta a Rose. No tengo derecho a

cruzar el río. Al regresar, Rose ya está despierta, oigo cómo me llama desde la cuesta: ¡Bran! ¡Bran! Aquí estoy. Corro veloz hacia ella. Finjo que no sé que el nombre con el que me ha bautizado es el de su hijo menor y que yo soy una especie de fantasma, una huella de sus seres desaparecidos.

Rose es la memoria del pueblo. Ha conocido a todos los habitantes y se acuerda de todo. Curaba a la gente, por eso ha ido a todas las casas y a todas las granjas, y en las noches de lluvia me cuenta sus historias. Yo no tengo su memoria, pero sí instinto. No sabría explicarlo: siento cualquier cosa. Lo que no se dice, lo que no se muestra. No es solo que sea un entrometido —Léon me llama así, el entrometido, si me ve rondando cerca de su granja—, es que está en mí. Tampoco tengo palabras para decirlo. No es grave, esa es la realidad, lo sé todo. Observo y percibo. Adivino. Comprendo. Esa es mi fuerza. Y además no parezco nada, nada en particular me caracteriza, eso es lo que quiero decir. Soy corriente en tamaño, en fuerza, en inteligencia o en maldad. Por eso puedo pasearme por cualquier lado sin que los aldeanos me echen; me miran de lejos, no dicen nada, se olvidan de mí. Rose me defiende. Al principio me hablaban mal, incluso me daban patadas. Entonces Rose les metió un grito y dejaron de hacerlo. Ahora formo parte del paisaje, ese paisaje de grandes bosques y campos de tierra grasa, y es como si fuera mi hogar, aunque provengo de muy lejos, de más allá de los bosques, y para todos siga siendo un forastero.

Cada mañana abro los ojos hacia estas tierras del interior y contemplo los árboles inmensos de un verde profundo, más profundo que el río, con las flores silvestres blancas, azules, moradas que crecen en cuanto un claro en la hojarasca las ceba con una pizca de sol. La tierra es rica y negra y los jardines generosos, siempre y cuando el mal tiempo no destroce todo. En verano las huertas se colorean de frutos. Hay tutores altos clavados para sostener las ramas pesadas. El bochorno en los meses de buen tiempo se amolda a las terribles tormentas que mojan los suelos y erosionan los taludes. Nosotros no hemos padecido las sequías que tuvieron más al norte. Aquí hay más podredumbre y humedad que calor. Vivimos. En la pobreza. Subsistimos.

Los abuelos o los bisabuelos de los habitantes del pueblo construyeron pequeñas viviendas de piedra amarilla con tejados inclinados para que la lluvia se deslice por los aleros. Las ventanas son bajas, como si se quisiera impedir que entre la luz, pero lo que frenamos así es la helada, con aperturas delgadas y chimeneas abiertas en las que se puede estar de pie cerca de la llama al regresar de las frías jornadas. También tememos el calor asfixiante del verano, aunque solo dure un mes o dos: hay que romper los rayos de sol que golpean demasiado fuerte, y todas las ventanas llevan postigos de madera gruesa que se cierran durante las horas ardientes y las horas frías; en realidad se cierran siempre. Yo corro afuera y aspiro el aire y me da igual que sea seco o helado. El Pays-Arrière corre por mi sangre y por mis venas.

Les Montées son lo que más quiero. Este minúsculo caserío es mi tierra, toda ella, y Rose y yo nos acurrucamos en esa media pendiente, lo bastante lejos del pueblo como para vivir tranquilos y lo bastante cerca de las familias de Eugène y de Léon, que están más arriba, y así no nos sentimos tan solos. La granja de Rose es modesta, una vivienda rectangular que consta de una sala donde transcurre todo, con un rincón que servía de dormitorio en la época en que Rose tenía un marido y los dos hijos que luego se marcharon. En cuanto el cielo lo permite, la puerta se abre al exterior y cruzamos la frontera un montón de veces al día. El aire suave y templado se esparce por la casa cuando entramos y huele a hierba y a tomillo y a hierbabuena. Todas las granjas se parecen. Allá arriba, la de Eugène y Aelis, al igual que la de Léon y Ambre, están edificadas de manera idéntica a la nuestra, con una pequeña construcción principal y un granero del otro lado del corral. En el valle, las casas del pueblo son todavía más pequeñas, y en algunas las paredes se tocan. La arquitectura es la misma, y la piedra también, una piedra amarilla de aquí que en invierno adquiere un aspecto sucio, pero, iluminada por el sol, despide reflejos de oro.

Aprendí a mirar este paisaje con Eugène, ya que subo a su granja a esperarlo al alba, antes de volver a bajar junto a él, cuando va al río con su gran caballo. Ese camino, que podríamos enfilar de un tirón sin ver nada de lo que nos rodea, lo interrumpimos después de

dar unos cien pasos, o incluso menos, al bordear la granja más abajo. Ambre está siempre ahí, en un costado del corral, barriéndolo distraída. Sé que es a nosotros a quienes acecha, no al polvo, aunque nosotros seamos como el polvo: cada día regresamos.

Ambre es la hermana de Aelis y la cuñada de Eugène. Ambre es la que ha tenido menos suerte —busco las palabras una vez más y no las encuentro, quizá porque la veo tan bella y con una sonrisa para desmayarse—, pues no merece a ese hombre, su marido, Léon, y me digo que, si no hablo de él, desaparecerá poco a poco. Pero Léon sigue ahí y Ambre nos espera, a veces quizá para intercambiar sus únicas palabras del día, su única ternura, unos pocos instantes al alba y unos pocos instantes con la puesta de sol. Me sé esos momentos de memoria. Contienen una dulzura que me hace zozobrar, y sin embargo hace años que voy a sentarme algo alejado, fingiendo que no miro hacia Ambre ni hacia Eugène, y no me canso de lo que vibra en el aire. Ah, sí, se me olvidaba: Léon, el marido de Ambre, es un borracho y una mala persona.

Cada mañana, cuando pasa el caballo, Ambre le tiende un puñado de hierba y este se detiene. Eugène se inmoviliza y yo, entre sus piernas, también, y luego retrocedo. Me borro. Me lleno de ellos dos. Hablan poco, son palabras lentas, no porque ellos no tengan prisa, sino porque estas tierras son así, te tomas tu tiempo, para descansar la espalda, las piernas, los brazos durante un instante. En realidad, Ambre y Eugène no se miran, observan el horizonte, no tanto cara a cara sino lado a lado, pues lo que los une se extiende ante sus ojos, la tierra de aquí, sus campos cultivados y sus bosques frondosos, el sol que se levanta y traza en el cielo unas aureolas templadas, de color amarillo y naranja. Saben, sin verlos, que los aldeanos, más abajo, se preparan como ellos para la jornada. Unas veinte casas aglutinadas a lo largo de un sendero pedregoso que las pisadas de los bueyes y los caballos llevan aplastando desde hace siglos. Ellos, Ambre y Eugène —con sus dos pequeñas granjas en las alturas, con unas vistas mágicas, donde pega el viento de frente los días de tempestad, apartados del mundo y sin embargo tan cerca—, ellos viven ahí, como retirados, herederos del descubrimiento de un manantial que antaño permitió la construcción de Les Montées.

Varias casas se yerguen aisladas, ubicadas allí donde brotaba el agua, con tierras más grandes que en el pueblo, perros que se oyen menos y menos promiscuidad; en los cuatro puntos cardinales se alzan esas construcciones tranquilas, que forman alrededor del pueblo de La Foye un cinturón de tejados de bálago, no se ven unos a otros, pero se sabe que los demás están ahí.

Y Eugène y Ambre, al contemplar el pueblo invisible, se espían por el rabillo del ojo, por el rabillo de la voz, sin mirarse directamente pues sería muy difícil después, muy difícil marcharse. Les basta con escucharse, adivinarse, y con esas palabras que siguen sin decirse, aunque yo las sienta correr en mi espalda y temblar en mis labios: pues hubo que quedarse, piensa Eugène, por qué la existencia tomó ese camino, si Aelis y Ambre son iguales, por qué el destino le atribuyó a él la parte mala; hace mucho que las respuestas se esquivan, así son las cosas y eso es todo.

Yo respeto y protejo esos instantes suspendidos entre Eugène y Ambre, a pesar de que no sea normal. Soy una mariposa que abre sus alas para ocultarlos del mundo mientras duren unas pocas palabras y unas pocas sonrisas, aunque ellos no necesiten que se los oculte, pues no hacen nada malo. Yo soy la marmota que vigila la colina, el águila que planea sobre ellos. Intento reparar un error que no entiendo y sobre el que no puedo influir, y asisto impotente a esa fuerza entre ellos que no se libera, porque eso no se hace. Porque las cosas siempre han sido así, sin que se puedan cambiar: unos universos incapaces de moverse.

Nunca lo había visto antes. Ambre y Aelis son gemelas. No ocurre con frecuencia, la gente desconfía de los vientres de las madres que dan vida a dos fetos, y se sienten aliviados si una de las criaturas muere al nacer. Pues para ellos no hay nada normal en esos cuerpos y esos rostros idénticos durante toda su vida, esos seres de los que nunca sabremos si es uno u otro, si son humanos, si en el fondo no serán el diablo. Rose se había echado a reír cuando una vez contó que Ambre y Aelis sobrevivieron las dos y que eso causó preocupación a sus padres: tener que acoger a dos niñas de golpe, dos hembras que, para colmo, no tendrían la fuerza de los varones, a las que habría que casar y casi pagar por que alguien se las

llevara. De hecho, poco faltó para que las arrojaran al Basilic una noche mientras el pueblo dormía. Pero las recién nacidas eran de una belleza sobrecogedora, así que los padres, sin duda, se las quedaron por una especie de superstición confusa, mezcla de embeleso y de miedo, al no atreverse a deshacer lo que el cielo había hecho, y eso en caso de que el causante hubiera sido el cielo.

De pequeñas, Aelis y Ambre eran inseparables. No tenían las palabras para hablar de alma gemela, aunque no había otra: las dos niñas formaban una sola, pues su afinidad era enorme, dos niñas que se seguían como si fuesen la sombra una de otra, reproducían los mismos gestos la una de la otra, sin copiarse ni ponerse de acuerdo, hasta el sonido de sus voces, que su madre no distinguía. Habían creado un mundo. Se bastaban a sí mismas, ajenas a las miradas que los vecinos del pueblo les dirigían, bien porque su parecido los dejaba pasmados, bien porque su belleza los cautivaba. Las hermanas se inventaban historias que solo ellas comprendían y que solo a ellas les hacían reír. Su infancia fue un tiempo de compartir cosas y de felicidad.

A medida que crecían, las hermanas seguían pareciéndose como dos gotas de agua. A mí, que las conocí de adultas, me costaba distinguir a una de la otra, y no estoy seguro de que acertara siempre. Siguieron siendo muy guapas. Las casaron sin problema, lo que fue un pequeño consuelo para los padres; y para ellas, un mazazo. Por primera vez se separaban. Creían que eso no sucedería nunca, no que las casaran, sino que las apartaran a una de la otra. Rose cuenta que lloraron tanto que las familias consintieron en que vivieran una al lado de la otra en las dos granjas contiguas en Les Montées, para que se pudieran ver cuanto quisieran. Los novios, Eugène y Léon, no se opusieron a ello, bastante dichosos estaban por haber sido los elegidos —¿pero cómo había sucedido?, ninguno de los dos lo sabía; fue cosa de los parientes, de los amigos, de cuando aún eran pequeños, Aelis y Ambre y Léon y Eugène—; un día alguna vieja debió de decir que estarían bien juntos y surgió la idea. Elegidos para casarse con unas chicas demasiado guapas, y se mudaron a unas casas igual de gemelas que sus mujeres. De apariencia, ¿qué diferencia había entre Aelis y Ambre? Yo tampoco lo

habría notado, y habría dicho, como Eugène, encogiéndose de hombros y sonriendo: son iguales. Entonces, todos se equivocaban.

Por fuera, Eugène y Léon no se dieron cuenta de nada: era en el interior donde debían buscar. Por fuera, sí, eran dos gotas de agua; pero por dentro. Por un lado, está el interior de Ambre, dulzor y ternura; y, por otro, el de Aelis, acritud y frialdad. Es como el cuento de las dos hermanas, una encantadora y la otra arisca, salvo que en el cuento la arisca es fea, la historia es demasiado fácil. Al final, Eugène robó una mala carta de la baraja y es muy injusto porque a Ambre tampoco le tocó la suerte con Léon, y, a mi modo de ver, puestos a que haya dos malos o dos afligidos, más hubiera valido juntarlos. Oigo decir en el pueblo que mejor hubiera sido que le tocara Aelis a Léon y que hubiera dos desgraciados en lugar de cuatro; en el fondo, a ellos les alegran esas desavenencias: les reafirman en sus mezquinas creencias sombrías.

No siempre dijeron lo mismo en la época en que Léon era un buen trabajador. En su juventud, se hablaba de él como del mejor fabricante de zuecos que la región hubiera conocido, y no era mentira. Se esmeraba en acabar su encargo en los pies de los clientes, suprimiendo alguna viruta que rozaba, redondeando una esquina molesta.

Durante mucho tiempo solo hubo una forma de zueco. Solo algunas tallas —niños, mujeres, hombres— con las que había que contentarse, y se rellenaban con paja trenzada, yute; los pies eran los que debían acostumbrarse a los zuecos, no los zuecos a los pies, y, aunque la madera fuese blanda, nunca se volvían flexibles. Ese fue el genio de Léon: por un céntimo de más, ensanchaba hacia fuera, hacia dentro, ajustaba. Pedía a la gente que caminara para ver si los dedos del pie encajaban bien; y los clientes se sentían como unos señores, se sentían importantes. Salían de allí con los zuecos más bonitos con los que pudieran soñar; algunos se habían curado de antiguas heridas o de rozaduras que arrastraban sin remedio durante años. En estas tierras se usan tres o cuatro pares al año, es con lo que mejor te calzas. Había zuecos que fabricar para cien años, y a Léon le daría tiempo de enseñar el oficio a algún hijo

que se hiciera cargo de su taller, y que este engendrase a otro y a otro.

Había zuecos para decir basta hasta que.

Después ocurrió el accidente.

Desde entonces Léon arrastra la pierna como se arrastra una pena, disminuido en su cuerpo y en su alma, pues la más tocada fue el alma. Y nada se pudo hacer, ni la austera belleza de estas tierras, donde viven como reclusos tras los meandros del Basilic, ni la hermosura de Ambre, quien, junto con Aelis, es la mujer más bella de aquí. Léon empezó a beber unos meses después del accidente y ya nunca lo dejó. Nadie conoce de verdad la profundidad de sus abismos. Los demás, los vecinos del pueblo, piensan que no solo se resbaló en su taller, sino que su cabeza también recibió un golpe, al igual que la pierna, que se le fue para el otro lado, y ninguna de las dos, ni la cabeza ni la pierna, regresaron de verdad.

El vino ha sustituido al trabajo, ha borrado a Ambre; ya no se volvió a murmurar en la aldea que hacían buena pareja: aquello se acabó. En la época en que yo llegué aquí ya se reían a sus espaldas, decían que no había que casarse con una hija del diablo, que él tendría que haberse negado; y ahora ya no había remedio.

Está cayendo la tarde y oigo las voces de los hijos de Eugène, de los dos mayores; el más joven se queda en la granja. Ignoro qué han podido hacer hoy; recoger bayas o leña, llevar a los cerdos a la montanera, jugar con palitos porque nadie los ve y porque, a pesar de los trabajos que comparten, siguen siendo pequeños. Me ven de lejos y me llaman con grandes gestos. ¡Bran, Bran! ¡Ven! Corro hacia ellos. Quiero a los hijos de Eugène, me gusta su infancia, me gusta que se olviden de la dureza del mundo. Al atardecer nos precipitamos en torno a las casas hasta enmarañarnos, nos tiramos al suelo con gritos y risas. El pequeño, Mayeul, se viene con nosotros y se nos echa encima, tenemos cuidado de no aplastarlo, solo tiene seis años. A veces nos quedamos allí enredados mirando el cielo y la luz que desciende. No decimos nada, nos bastan la visión de un universo que nos sobrepasa y la tibieza de nuestros cuerpos entrelazados. Es muy diferente de la vida en casa de Rose. Este paréntesis me sienta bien.

Los hijos de Eugène y yo.

Tendrían que haber sido cinco, pero dos se murieron. Es normal, estamos acostumbrados: la mitad de los niños no llegan a los diez años. Solo quedan los más fuertes, es la ley de la naturaleza; así la raza se perpetúa con un vigor cada vez más firme, aunque se debilita por rachas, por la acumulación del frío, del hambre y de las enfermedades. Los últimos años se han empeñado en llevarse a los hijos de Aelis y Eugène; y me fastidia la manera en que Aelis se ha alejado de sus hijos, no porque se haya rendido, sino porque ha entendido, antes que Eugène, que era inútil, demasiado tarde, demasiado difícil. Los pájaros expulsan de su nido a los bebés debiluchos, los zorros abandonan en los bosques a sus crías malformadas o frágiles. Aelis, al igual que los animales, ha conservado sus fuerzas para los que tenían una oportunidad; en eso Eugène nunca supo de dónde le venía a Aelis esa capacidad de adivinación. Sencillamente, no hay que ser pequeño en esta vida, hay que crecer rápido.

Germain, el mayor, tiene ahora diez años. Es flaco y recio a la vez. En la mirada de Eugène, cuando lo acompaña, veo el orgullo de padre, el orgullo al decirse que Germain ya es un pequeño Eugène, y eso está bien; un niño cada vez más fuerte que se aleja del espectro de la muerte prematura, aunque nada se debe dar por sentado jamás. Germain es tan fuerte que yo me mantengo a distancia. Tiene demasiada sangre dentro de él. Al agarrarme por el cuello para jugar, lo hace con brutalidad, aprieta, hinca sus uñas, y yo me retraigo, me gustaría ser una tortuga para replegarme hacia el interior, donde no me alcance. Luego me alejo. Armo jaleo con Artaud o incluso con Mayeul. Ambos tienen la piel marcada por los apretones del hermano mayor.

A Germain le gusta cansarse. Me digo que será lo único que lo calma, él busca ese agotamiento del cuerpo, lo pide. Trabaja sin descanso desde la mañana a la tarde, demasiado duro para un chico de su edad, trabaja hasta reventar y el cansancio le provoca risa. Aelis y Eugène, al principio, temieron que tuviera una especie de demencia. Nada de eso. Apoyado en un palo, Germain regresa de la larga jornada en los pastos que lindan con los bosques arrastrando

las piernas, con una voz tan quebrada que ni siquiera intenta hablar. Come lo poco que le corresponde y ya casi dormido traga a la vez que ríe, se tumba a la vez que ríe y ríe durante el sueño, hasta que lo despierta el alba y ese fuego temible lo levanta, y los ojos le brillan con una fiebre que no es enfermedad. Corre hacia las labores del campo del mismo modo en que los hombres responden al tañido de las campanas: por reflejo, por necesidad, por impulso. Los días en que le prohíben salir porque se han visto lobos por la zona o porque en el pueblo se habla de un ataque de bandidos de la otra orilla del Basilic, Eugène lo oye dar vueltas y más vueltas sobre sí mismo durante la noche, con el cuerpo devorado por una violencia no consumida. En esas noches, Germain no se ríe, en sus ojos negros tiene un brillo sombrío que no se apacigua con nada. Eugène se queda dormido, vencido, dejando al pequeño con sus demonios, se queda dormido para ir a buscar en lo más hondo esa fuerza; a veces siente envidia de su hijo, lo que haría él, Eugène, si llevara dentro esa energía casi sobrehumana. Por la mañana, al levantarse Aelis, Germain la sigue como una sombra, callado, encogido, presto a saltar. Cuando la puerta se abre, se abalanza hacia fuera, y ambos, Aelis y Eugène, tienen la sensación de liberar a una bestia salvaje. Un poco de tensión se escapa de la casa. Suspiran, el niño ya está abriendo la cerca, saca a los dos cerdos para llevarlos a la montanera. Al pasar delante de su madre coge el trozo de pan moreno que ella le tiende, agita la mano y no se gira. En la linde del bosque, oyen una risa, la risa de Germain. Más tarde se convertirá en una expresión del pueblo, se conservará, dirán ¿recuerdas?, la risa de Germain.

Artaud se reúne con su hermano mayor algo más tarde. Siempre con retraso. Artaud, el segundo, solo tiene un año menos que su hermano mayor. Llegó pronto, quizá demasiado pronto, como si Germain hubiera acaparado todas las fuerzas y no quedaran bastantes, ni vigor ni energía. Artaud no es enclenque ni debilucho, solo es *un poco menos*. Menos vivo, menos ágil, menos fuerte que el otro, menos resistente, menos risueño. Lo veo correr detrás de Germain y me da lástima. Nunca lo alcanza. En un momento dado, el hermano mayor se detiene, le permite llegar a él, de lo contrario,

la carrera duraría hasta la eternidad. Artaud no cede. Lo intenta. No debo sentir lástima de él porque no sufre: todo su ser está destinado a imitar a Germain, por el que siente una admiración sin límites. El hermano mayor es su gran pasión, su razón de vivir. La fascinación va más allá, sin acritud ni tristeza. Y Germain, con los ánimos que prodiga a su hermano menor, le devuelve esa amistad que une a las familias, la que nunca falla, la que nunca abandona. Los dos caminan, el uno junto al otro. La mayoría de las veces conducen a los cerdos, a la espera de poder ayudar en las faenas de verdad, las del campo y las de los bosques; entonces dejarán los animales al cuidado de otros niños o del porquero del pueblo. Por el momento, se sienten orgullosos de lo que hacen, mayores. Llevan la vara en la mano, hace poco que pasan fuera el día entero. Vistos de espalda se diría que son dos ángeles sin alas. Artaud vigila los cerdos mientras Germain recoge leña. Por la tarde cargan a la espalda cada uno un haz, caminan encorvados tras los animalillos. Les lanzan miradas cómplices: sacrificarán uno para Navidad y el otro hacia el mes de febrero, cuando esté más grueso. ¡Ay!, la alegría de esos meses de invierno donde vuelve a haber carne; piensan en ello todas las mañanas al sacar a los cochinillos y engordarlos con bellotas, raíces y hayucos.

En lo único en que Artaud se distingue de Germain, y de ello no tienen conciencia ni el uno ni el otro, es en la belleza. Germain ha heredado los rasgos cortantes y regulares de Eugène, los del poderío y la voluntad; Artaud, el esplendor de su madre. Comparte con sus hermanos la melena castaña despeinada y la mirada oscura. Su rostro es de una finura sobrecogedora, unos ojos grandes, luminosos, con un brillo que sobrepasa a todo lo que el pueblo ha engendrado desde hace tiempo, incluso a su madre e incluso a su tía. Los demás niños lo tratan de niña. Artaud sabe que se burlan de él y corre hacia ellos, y solo se libra de que lo zurren porque Germain lo sigue y da golpes a quien se ponga a su alcance. Los dos dan vueltas por los aires, saltan, pelean en medio de una extraña ebriedad, y la risa de Germain se alza en el ambiente, hace vibrar el cielo. Se colocan espalda contra espalda para que nadie los pille por sorpresa, y Artaud siente contra su columna vertebral la risa de su

hermano: que se hunda el mundo si quiere, ellos están juntos, no necesitan a nadie ni siquiera al último, al hermano pequeño.

Mayeul es el quinto hijo. Entre Artaud y él, dos hermanos murieron al nacer, uno tras otro, lo que amplía la diferencia de edad entre ellos. Mayeul tiene seis años y se queda en la granja con Aelis, a esa edad no es seguro que se salve y a saber si se salvará algún día. ¿Será por eso por lo que hay tan poca ternura, por lo que no hay que encariñarse demasiado con los seres que pueden morirse de repente? ¿O acaso porque la vida ha agotado ese cariño, y Aelis cuida a sus hijos como cuida a sus animales o como Rose me cuida a mí, con esmero y sin emoción?

Lo que es afecto, Mayeul tiene en cantidad, en la mente y en el corazón, y Dios sabe de dónde lo habrá sacado, ni modelo ni ejemplo, llegó así como así. Lo expresa de un modo que agobia a Aelis: el niño charla por los codos. El día entero, desde que fue capaz de proferir sonidos, parlotea. Cuenta historias, comenta lo que ve, lo que yo hago cuando curioseo alrededor de su casa, lo que hace su madre, la voz que grita que se calle. Nada lo detiene, ni siquiera el humor de Aelis si el día ha sido malo y el niño sigue hablando casi sin respirar. Él sigue hablando detrás de ella, se pega a sus faldas allá por donde ella va; de la casa al corral, él está en medio. Varias veces he visto a Aelis retroceder unos pasos, mientras tiende la ropa o recoge verduras, y a él caerse de lo pegadito que está a ella. En realidad, ella lo hace a propósito de lo harta que está. Aelis preferiría que llorase. Mayeul se vuelve a poner en pie, se sacude el polvo, la mira como disculpándose, habrá sido por él o por ella, duda un instante y, si Eugène ha regresado, corre hacia el establo donde come el gran caballo dorado, se acurruca en una esquina y se pone a hablar. Jéricho a veces gira la cabeza hacia él pidiendo alguna caricia. Eugène tiene que ir a por el pequeño para la cena, de lo contrario, se quedaría allí hasta el día siguiente. No podemos dejar que viva ahí, dice Eugène cuando Aelis alza la vista al cielo, como si se rindiera. Siempre que desaparece, lo encuentran en el establo; a sus seis años, Mayeul puede conducir a Jéricho a donde él quiera, el caballo obedece sus órdenes de buen grado, pero un niño no está hecho para pasarse la vida en una cuadra, y, aunque

Eugène sabe que se refugia allí si Aelis se ha mostrado muy severa con él, no le gusta. Al verlos entrar, Aelis agacha la cabeza. Se avergüenza de su gesto, se avergüenza de rechazar a su hijo vivo. Sabe lo afortunada que es de tener hijos. Conoce a gente en el pueblo que los perdieron a todos.

Conoce a gente que.

Ambre, en la granja de al lado, no tiene a nadie a quien criar.

En casa de Ambre y Léon jamás resonaron gritos de bebés. No hubo ningún niño muerto, no: sencillamente, no prende. Es lo que dice en voz baja la gente del pueblo, y el mismo pensamiento atraviesa la mente de Aelis, como al hablar de las ovejas o de las vacas, parir es tan fácil. Llega así como así, y con más frecuencia de la esperada, no se sabe cómo funciona, aunque funciona. Pero esto no hay que decírselo a Ambre. En casa de Ambre no hay niños.

Las buenas lenguas de aquí hacen una lista de los motivos posibles de lo que ocurre. Con Léon el borracho. Con la gemela. Las comadres se ríen por lo bajo, el Léon no debe de ser muy potente, y ella. ¿Acaso no es un poco el diablo? En cambio, su hermana Aelis ha tenido tres varoncitos bien hermosos. Los cotilleos no cesan. Las opiniones, las intuiciones, los rumores. Yo capté algunos fragmentos de esas habladurías, pero las mujeres se callan en cuanto me ven llegar. Desconfían. Podría estar Rose tras mis pasos. Los de Les Montées —así nos llaman—, los de Les Montées comentan entre ellos, y Rose siente un cariño especial por Ambre. Nadie desea enzarzarse con ella. Rose habla alto y sin pelos en la lengua, como esa gente que no tiene miedo; en ocasiones sus palabras son peores que una bofetada. Nadie le dice nada. Además, se la necesita demasiado.

Ambre ha acudido muchas veces a casa de Rose en busca del hijo. Rose le ha preparado plantas, infusiones; ha murmurado secretos al oído de la pobre chica, pero si eso no prende es que no prende. Dice que no están hechos el uno para la otra, Léon y Ambre. Por eso la naturaleza se pone negativa. Cada vez —y prefiero no saber lo que significa *cada vez*—, cada vez, Ambre baja a casa de Rose llorando porque la sangre ha vuelto. A mí me emociona y a la vez me irrita. No entiendo que alguien llore por eso, y sin embargo

cuando Ambre aparece allí en la puerta con los ojos enrojecidos, me gustaría consolarla con todas mis fuerzas. Rose me echa afuera sin contemplaciones. Son historias de mujeres. No te quedes ahí husmeando, me dice. Salgo a tomar el aire.

El dolor de Ambre calla, agazapado dentro de ella; las carnes estériles se esconden para llorar. Que yo sepa, Léon no habla de ello; los hombres no comentan esas cosas. Ambre destila su pena con su hermana y con Rose, y se ocupa de sus sobrinos como si fueran el fruto de sus propias entrañas. Aelis le cedió con gusto a sus hijos cuando eran pequeños y la carga de trabajo era muy grande, cuando el ruido y el llanto la ponían nerviosa. Intentó consolarla a su manera, torpe y abierta: le confesó que ella tampoco era feliz, no los quería a esos tres hijos, ella deseaba una niña. No era razonable desear una niña en estos tiempos, incluso para ayudar en la granja, las niñas traían preocupaciones hasta que se les encontraba un marido, eran frágiles, trabajaban en el campo con más lentitud y menos fuerza que los hombres, eran de lágrima fácil y salud quebradiza. Pero habría sido tan bonito una niña en esta casa, murmuraba Aelis cerrando los ojos para dejar de ver a sus chicos. El destino la había ignorado, puesto que de los cinco hijos que nacieron solo había varones, brazos para doblarse, espaldas para cargar peso, frentes para sudar. Aelis separaba las manos en un gesto de resignación y las dejaba caer sobre las caderas.

Ambre bajaba los ojos. El asunto no iba con ella, estaba claro que no podía tener hijos. Resonaba en su cuerpo como un eco. Le dolía. Sonreía. No pasa nada, se repetía a sí misma, en silencio. No era verdad: sí pasaba y sí le dolía. Después de ella y de Léon, todo se acabaría. Cuando no hay descendencia, el mundo desaparece. ¿En qué lado está la desgracia?, pensaba al observar a su hermana, y callaba, corría a coger en brazos al sobrino pequeño, cuando todavía era un bebé, sabría contentarse con eso, no tendría más remedio.

Han pasado los años y ellas siguen en el mismo punto, las dos hermanas, Aelis con sus tres hijos y Ambre sola con su borracho. Cada una por su lado, se amoldan. Han mantenido su complicidad más allá de los disgustos de la vida, y la proximidad de las granjas les brindan momentos de susurros. Una suerte, dice Ambre, aunque

Aelis querría mucho más, le habría gustado vivir los cuatro, los siete ahora, en la misma casa, sería mejor, sería más fácil: remendar juntas, cocinar juntas, limpiar juntas. Dormir en camas grandes, una al lado de la otra. Ambre se ríe —¡cómo exagera!— y Aelis insiste, en las familias no es raro compartir la misma casa, los jóvenes y los viejos, y ellas que ya no tienen padres, y Eugène y Léon tampoco. Hay sitio suficiente, dice; Ambre sonríe encogiéndose de hombros. Viven tan cerca la una de la otra: apenas cien pasos entre las casas, solo un corral que cruzar. Aelis opina que sigue siendo lejos, las dos se echan a reír. Disfrutan de esos instantes robados al trabajo, se sientan una al lado de la otra en el banco cuando hace buen tiempo y se meten en la sala sombría si la lluvia las echa para dentro. Surgen esas palabras alegres y exageradas, siempre por parte de Aelis, que se exalta. ¿Y si Eugène se muere? ¿Y si Léon se muere? De la noche a la mañana, de un accidente casual, como muchos de los que ocurren aquí; luego seguirían la costumbre que establece que una viuda se va a vivir a casa de su cuñado, a Aelis le da igual que sea Eugène o Léon, y Ambre se vuelve a reír, más vale que sobreviva Eugène, Léon solo piensa en la bebida, no te puedes fiar de él. Sí, entre esas risas, ellas se pueden permitir decírselo todo. Detrás de las risas se oye el murmullo de la desolación por no vivir bajo el mismo techo y el desengaño de la vida adulta.

El resto, sin embargo, es esencial: Ambre y Aelis jamás dejaron de quererse. Algunas tardes, deambulo alrededor de las granjas y asisto de lejos a la charla entre las hermanas; puedo dar testimonio de ello: en ese momento ya no son dos personalidades opuestas, sino dos rayos de sol idénticos, y comprendo que son gemelas, de verdad, dos mujeres que se parecen hasta en la puntita de sus sonrisas y hasta en el fondo de sus voces trasfiguradas que desbordan de cariño y alegría. El resto se borra en lo que dura un respiro, una charla, unos encuentros renovados sin cesar: en Aelis es la insatisfacción de todo. En Ambre, el asqueroso de su marido y la cuna vacía, la mitad del dinero bebido antes de llegar a casa, las broncas que oye Eugène algunas noches cuando cepilla al gran caballo, y sobre las que no dice nada.

Rose también me da órdenes: Bran.

Para que me vuelva a sentar.

Para que deje de tender el oído hacia el lugar de donde provienen las voces, no son asunto nuestro, murmura, y veo pena en sus ojos. Rose ha guardado las camisas y los trapos de cocina que se estaban secando fuera, me ha agarrado por el cuello y nos hemos metido en casa a toda prisa. Puerta cerrada, pestillo echado. Estamos a la escucha. Es un ruido que nos sabemos de memoria y sin embargo nos sigue sobresaltando. Es un ruido que nos hace vulnerables. No suena a menudo pero suena. Lo odiamos: el galope del caballo de Ambroisie-Hijo.

En el pueblo se habla del hijo del amo, lo llaman Ambroisie-Hijo. Tiene más o menos la edad de Eugène. Y un caballo gris al que se le oye llegar de lejos con su paso entrecortado tan particular, será la raza, será la mano demasiado dura de su jinete lo que le hacen perder el ritmo; el campo y el pueblo se llenan de esa mezcla de galope y trote y.

Todos, siempre que podemos, retrocedemos hacia alguna sombra y nos escondemos.

Ambroisie-Hijo está loco.

Sentimos odio hacia los amos, aunque Ambroisie-Padre es un hombre justo. Exige lo que se le debe, lleva dentro su dureza. Él no nos sangra, no vigila nuestras siembras ni a nuestras mujeres, no entra en nuestras granjas, o solo de tarde en tarde: en la estación de la siega o si necesita nuestros brazos para una tarea imprevista. El Padre no tiene la demencia del Hijo, y la Madre tampoco, nadie sabe de dónde vino ella. Ambroisie-Hijo cabalga sin escoltas, solo y enconado, seguro de su poder; ante él huimos discretamente, nos volvemos invisibles.

El Hijo será algún día el amo. Rezamos para que el Padre viva cien años, para que el Hijo no venga a nuestras tierras a pisotear nuestros cultivos y a tener el ojo puesto en nuestras mujeres.

En las propiedades de los Ambroisie, los hombres cultivan mayormente trigo, albarejo, centeno, cebada, avena según las estaciones, y alforfón, que es más resistente. A principios de verano, los hombres vigilan todo aquello que ponga en peligro las futuras siegas y entre esos peligros está Ambroisie-Hijo.

Las tormentas, la sequía, la helada no son suficientes, exclaman los campesinos. Al Hijo le gusta la caza, a los amos les gusta la caza. Pero el Padre jamás sintió ese desprecio por nuestro trabajo y supervivencia. Jamás condujo a sus caballos y a su gente a tumba abierta a través de nuestros campos, dando tajos al trigo, removiendo la avena, pisoteando el alforfón. Al Hijo ni siquiera lo detiene saber que una parte de ese trigo, de esa avena, le pertenecerán. Solo quiere divertirse. Si alguna liebre o algún corzo se adentra en nuestros cultivos, los persigue. Cuando oímos sus gritos de loco, sus alaridos para azuzar a los perros mezclados con un regocijo incontrolable y odioso, nos preguntamos si la destrucción de nuestros suelos no intensifica en él el placer de la caza. El Hijo nos escupe. Es intocable. Es el amo.

Lo miramos cabalgar a lomos de su bello caballo gris mientras nos mordemos los labios. Nadie se aventura a tratar de hacerlo razonar desde que un anciano, el viejo Lazare, se enfrentó a él un día y el Hijo lo atravesó con su espada. Lazare tardó varios días en morir. No podemos decir nada. O lo decimos entre nosotros y luego nos tragamos las palabras. Quizá nos vendría bien gritar para que nos salga algo de dentro, algo realizable, pues jamás tomaremos las armas. Solo tenemos nuestras bocas llenas de odio, y la vergüenza nos calla. Cada cual regresa a su hogar ante la mirada de las mujeres. Una mirada más dura que las palabras cae sobre los hombres, unos hombres que agachan la cabeza, que aprietan los dientes debido al trigo, pero las mujeres, ellas.

Le gustan ellas, además de la caza. Cuando a las mujeres no les da tiempo a esconderse, no es raro que Ambroisie-Hijo, que está galopando tras una presa, vuelva grupas olvidándose del ciervo o del zorro que perseguía, espolee al caballo para alcanzar una falda —le da igual que sea muy joven o muy vieja— para levantarla, y, sin que el caballo se haya detenido aún, él ya está en el suelo, sobre ella. Es su vicio, y más que un vicio, una demencia, le gustan las mujeres, las persigue un rato para alejarlas de las granjas y, luego, las tira en la hierba. Si gritan, les hace daño, también le gusta eso. Lo sabemos. Los hombres en los bosques o en el campo, al ver pasar el caballo a toda velocidad, lo saben. Ellas, al oír los cascos en la tierra

mientras meten a los niños en casa corriendo, lo saben. Nadie habla de ello. Después, las mujeres violadas desarrugan sus faldas, se pasan un trapo sobre sus cuerpos ensuciados. Retoman sus faenas donde las han dejado, sueltan a los niños sin decir palabra, con la mirada un poco mas baja y el rostro un poco más sombrío. Los hombres, cuando regresan al caer la tarde, no comentan que han visto al caballo ese día, como si no hablarlo lo volviera imposible, como si mirar para otro lado los protegiera y el mundo siguiera su curso, y las cosas se borraran por sí mismas en medio de un dolor callado. Si nace un crío que se parece al Hijo, la familia cierra la boca y mata al bebé a la noche siguiente.

Si la mujer se defiende, Ambroisie-Hijo la golpea o la cosquillea con la punta de su daga. En esas ocasiones deja huellas, no se puede ignorar que ha ocurrido algo. Pero es culpa de las mujeres. Por resistirse. Ellas solas se han puesto en peligro en lugar de esperar a que el Hijo acabara, la ira de los hombres se vuelve contra ellas; es más fácil acusar a las víctimas si el verdugo es el amo. En los hogares, de noche, los hombres no se lo perdonan, las miran de reojo, se mantienen a distancia. El tiempo pasa como una disculpa. Y el mundo reemprende su carrera, un poco más gris, un poco más humillado; no hay nada que decir, así que no se dice nada.

Oigo el murmullo de Rose tras los postigos, un susurro mezclado con maldiciones en voz baja, como si Ambroisie-Hijo pudiera oírnos desde el otro lado de las paredes, y ella mira hacia lo alto del camino para ver si el caballo galopa y deja atrás Les Montées. Me la imagino suplicando para sus adentros que las chicas hayan podido regresar, esconderse, arrinconarse. Ambre, piensa, y Aelis.

Yo, que deambulo todo el día por el campo, he visto a las hermanas, conozco sus escondrijos y sus artimañas al anunciarse la carrera del caballo, y no me preocupo. Ellas tienen un grito para avisarse, un grito agudo de pájaro, se diría que es el de un mirlo aterrorizado. Se han montado pequeños refugios cerca de las granjas, o un poco más lejos cuando salen a buscar ramitas para el fuego o castañas en otoño: cabañas medio hundidas bajo las ramas inferiores de los árboles, falsos montones de leña desordenada en los que pueden deslizarse, agujeros agrandados para esconderse

hasta que el animal y su jinete desaparezcan. En las gemelas hay descaro, no inconsciencia. Saben que son hermosas. Conocen el peligro. Aquí nadie bromea con los amos, y ellas, con sus siluetas anormalmente espigadas, menos que los demás; en general, solo las damiselas de los castillos tienen esa finura, las campesinas son rechonchas, robustas, modeladas para el trabajo.

Aelis y Ambre son diferentes. Con esa melena larga y rubia que les gustaría dejar suelta y cuyos mechones soleados se les escapan del pañuelo, con ese brillo en los ojos demasiado azules y el estallido de sus risas, que brota como el manantial vivo allá en lo alto de la meseta; y, una vez más, eso no necesita de palabras, está en las miradas que les lanzan, en los murmullos. Esa es su tragedia: si el Hijo las viera, se abalanzaría sobre ellas. Desde muy pronto, el padre de Aelis y Ambre, luego Eugène y durante mucho tiempo Léon las prevenían. Hay que estar al acecho, ponerse en la piel de una cervatilla que corre libre por los bosques y que a cada paso puede cruzarse con un cazador. Ellas no lo han olvidado.

Por ello, Ambroisie-Hijo no ha visto nunca con sus ojos a ninguna de las dos hermanas. Tal vez adivinó sus sombras a lo lejos y espoleó al caballo para acercarse a ellas. A pesar de la viveza del corcel, siempre se evaporan cuando él llega. El Hijo prolonga su carrera, no sabe lo que se ha perdido, de lo contrario, el deseo lo volvería loco hasta llegar a husmear en las más pequeñas madrigueras para encontrar a las bellezas, del mismo modo que cuando va de caza, caminando junto a su cabalgadura para descubrir las huellas del venado, describiendo amplios círculos concéntricos y metódicos que revelan una tenacidad rayana en la ira. El caso es que Ambroisie-Hijo no conoce a Aelis, no conoce a Ambre. Se rieron de eso, después de haber sentido mucho miedo, el día en que el joven amo corría por los campos a solo unos pasos de ellas, que estaban ocultas en un agujero, y por poco las ve. Ese día yo salí de mi escondrijo. Recuerdo los ojos del Hijo sobre mí. Me daba igual, yo había salido para atraer su mirada, para desviarla de las gemelas, que estaban muy cerca y respiraban muy fuerte. Quizá el Hijo dudó, decepcionado, rabioso, se había imaginado otra cosa: puso la mano

sobre su ballesta y mi corazón latió con fuerza. Pasaron unos segundos. Luego espoleó con violencia al caballo y se fue.

El Hijo no debe tocar a Ambre ni a Aelis. Rose no me lo perdonaría, aunque no me corresponde a mí protegerlas. Ella dijo un día que hay que estar dispuesto a morir por los que amas, estaba pensando en sus hijos, pero ellos se fueron del Pays-Arrière y eso ya no nos concierne. El mundo es feo y no podemos hacer nada. Y sin embargo, en medio de esa desesperación, existen chispas que ninguna desgracia consigue apagar por completo. Son las risas infantiles, las hortalizas que se consigue extraer de la tierra y que no están muy estropeadas, la sala caliente en casa de Rose cuando llego de afuera y dejo de temblar de frío.

Es también la mirada entre Ambre y Eugène en los días de labor en el campo: esa mirada, siempre, que sigo robando y que cura de todo. Lo que más me gusta es cuando cae la tarde y el tiempo ya no presiona tanto, y Eugène se sienta en la tapia baja y toma el cubilete con agua que le tiende Ambre. No necesita beber allí: solo unos pasos más y estará en su casa, pero su casa está allí, sobre esa tapia baja, con ella y conmigo; y el gran caballo resopla, busca hierba, nosotros guardamos silencio. Esos instantes dulcifican la brutalidad de la existencia. Untan con un bálsamo que no cicatriza ninguna herida, permite sencillamente que no estalle todo.

Que la vida está mal hecha: eso lo sabemos.

Tenemos la aguda conciencia de la imperfección del mundo; se podrían repartir las tierras equitativamente, y la riqueza, y el trabajo, y la enfermedad. El amor, también. El mundo no es justo, jamás lo fue. Siempre hemos sido unos parias y siempre hemos tenido unos amos. No sabemos de dónde viene eso. De la eternidad, sin duda. No es seguro que podamos cambiar en ese aspecto, no porque no tengamos fuerza para ello, es porque no se nos ocurre. Los amos son los amos.

Cada grado del mundo reina así sobre el grado inferior. También entre ellos los hombres son despiadados. Los campesinos ricos tratan a sus obreros como a perros, los artesanos forman a sus aprendices con mano dura, los padres mandan sobre los hijos hasta su muerte. Nadie se opone, los más fuertes y los mayores tienen

razón. La vida transcurre sin que nos preguntemos si es justa, sin que nos planteemos si se podría haber hecho mejor, y claro que se podría haber hecho mejor. ¡Ay! Tendríamos que haber reflexionado. Haber pensado en las posibilidades, y no sabemos cómo, por poco que nos interese. A veces vale más conservar un mundo injusto, en el que cada cual sabe dónde esta su lugar, que poner las cosas patas arriba y no estar seguros de nada. Lo que poseemos hoy lo poseemos, aunque sea minúsculo. Los hombres siempre pierden algo, aunque solo sea la vida. Y, pensándolo bien, tener un techo ya es una suerte.

Comer.

Calentarse del frío.

Todo demasiado poco y mal, pero existe. Así que, ¿nos interesa que el mundo cambie? No lo explico de otro modo más que por esa incertidumbre, la capacidad de los hombres para reprimir ellos mismos sus ansias de rebeldía. Hace cinco o seis años, la mujer de Siméon fue violada por Ambroisie-Hijo. Como de costumbre, nadie lo supo, y nadie lo habría sabido si ella lo hubiese soportado. La mujer era frágil, su mente era frágil. Unos días después de aquello, se tiró a un pozo; allí la fueron a buscar en cuanto Siméon dio la voz de alarma en el pueblo, gritando que no la encontraba: si las cosas se ponen feas, los hombres se ahorcan de nuestros árboles, las mujeres se tiran a nuestros pozos. Siméon era robusto, corpulento, un crápula. Sabíamos que golpeaba a su esposa. Una vez más, el mundo funciona así, nos vengamos con los más débiles de nuestra propia impotencia. Siméon, al perder a su chivo expiatorio, no pensaba quedarse impasible. Quería quejarse a Ambroisie-Padre, y, como la gente del pueblo intentó disuadirlo, decidió enfrentarse a Ambroisie-Hijo. Nadie sabrá si lo dijo en serio ni si lo hubiera llevado a cabo. No quisimos arriesgarnos. Los campesinos de La Foye lo encerraron en una pocilga. Siméon era más malo que la tiña, lo golpearon hasta que se puso a jurar, sediento, hambriento, malherido, que no haría nada. Nadie lo creyó. Lo estrangularon. Protegimos a nuestros amos, pese a que no lo necesitaran, para no arriesgarnos a algo peor que nuestra propia existencia. Elegimos el silencio. Somos unos cobardes, pero seguimos vivos.

Ya está, lo tenemos aquí. En nuestra granja. Rose dice eso mirándome: está aquí. Lo sabe porque, en esta ocasión, faltan huevos en el corral. Lo sabe porque me ha mirado mal, y sin embargo no he sido yo quien se ha llevado los huevos, yo no robo, o muy poco, o muy mal. Al romperlos para tragármelos, habría acabado con algo de yema en la nariz, un trocito de cáscara pegado en algún sitio. Rose ha sacado la horca de púas, que ya no utilizamos, y no hace más que repetir que los perros no ladraban mucho, piensa que ha debido de ser algún animal, uno no demasiado grande porque no hemos conseguido verlo, algún animal rápido, desconfiado. Dice que un zorro se habría ido ya, y, además, las gallinas no se habían agitado. Quizá sea un gato. Rose tenía uno hace tiempo, sé que le tomó cariño y no me gusta que pueda querer a ese gato más que a mí. No quiero compartir el rincón de la sala con un animal que no sirve para nada. Cazará ratones, dice Rose, pero a los ratones nos los podemos comer si fuera necesario, ya lo hicimos aquel invierno en el que los graneros y las despensas estaban vacíos. Rose les cortó la cabeza y las patas, y los pusimos a asar sobre las brasas; olía bien, igual que las demás carnes, bastaba con pensar que no eran ratones.

Rose no cree que sea un gato. Ya lo habríamos visto, esos bichos no son tan silvestres, no se comportan así, como si nos temieran tanto. Rose dice que es un gato para no asustarse. Ahora nos birla huevos. Ahora Rose está harta. Esto se tiene que acabar.

Cuando los perros ladran allá arriba, en la granja de Eugène o de Léon, Rose insiste: ese bicho va a bajar. Coloca platitos con pan mojado para atraerlo, ya no le hace ninguna gracia. La cosa que se pasea por ahí es un ladrón y debemos atraparlo. No me gusta que alteren nuestras vidas, no me gusta lo que está pasando. Siento que hay algo, algo distinto que podría modificar nuestra existencia. En el fondo, soy como esos hombres que gritan que todo debe cambiar y que, una vez que está a punto de suceder ese cambio, se dan cuenta de que no se estaba mal antes.

A la espera de solucionarlo, Rose se lo ha comentado a Ambre y a Aelis. Ellas también oyen ladrar a los perros desde hace días. Se nota una tensión en el ambiente. Creen que debe de ser un animal

pequeño e inofensivo, a las mujeres les gusta inventarse historias bonitas, necesitan soñar. Las historias, como la fiebre o la viruela, son contagiosas, se cuentan y luego te infectas, se agarran a ti y empiezan los problemas, por culpa de todas las cosas en las que no hemos pensado, lo que parecía sencillo y no lo es. Eugène tampoco cree en las historias que cuentan las mujeres. Se encoge de hombros y dice que si esto sigue así, habrá que matar al gato, o a lo que sea, porque ya no soporta las noches machacadas por los ladridos de los perros que despiertan a sus hijos y a él lo dejan agotado desde que amanece. Rose, Ambre, Aelis: asienten con la cabeza, perplejas. Nadie recuerda semejante presencia, furtiva, invisible, constante. Es algo nuevo. Se sienten impresionadas, inquietas. En cuanto a Eugène, él ha nacido en la rudeza: o es algo que sirve y lo utilizamos, o no sirve e incluso es perjudicial y nos lo quitamos de encima. Ellas acaban rindiéndose a lo que él opina.

Cada noche desaparecen huevos de nuestra granja y Rose ya no puede más. Sigue poniendo platitos de pan mojado para pillar al animal, ha dejado de ser un juego, ahora se ha convertido en rabia, por que te roben y, sobre todo, por no entender nada. Durante el día nos olvidamos, hay mucho que hacer en el jardín o en el bosque; cuando cae la tarde, al contar los huevos, Rose lanza exclamaciones. Si las piernas no le duelen demasiado, se apoya en la cerca de madera del corral y espera hasta que anochece, pero su presencia es pesada y ruidosa, se queda allí hasta que llego yo; me la quedo mirando y me dice sí, lo sé.

Así que Rose lo sabe. Que todo eso es estúpido y que ocupa mucho sitio en su mente, que no encontrará al animal.

Le da igual. Vuelve allí al alba y nos cruzamos en el momento en que yo subo a esperar a Eugène y a su caballo. Cuando regreso, dice triunfalmente que el platito está vacío, y no veo qué hay de extraordinario en ello, dado que, de todas formas, el bicho viene a robar los huevos y siempre se escapa, se burla, solo deja el hueco de su cuerpo sobre el heno viejo aplastado. Eso irrita a Rose. Es un empeño ridículo, ella no sabe cazar, no sabe colocarse al acecho. Busca por las esquinas, en los escondites fáciles, consciente de que el bicho se escapará en cuanto ella se acerque un poco a su refugio.

Nada se mueve, y entra en casa con el platito vacío. Piensa que es una pena desperdiciar ese trocito de pan negro, pero gracias a ello el animal se ha instalado en la granja y tendremos la oportunidad de cazarlo. Así que Rose vuelve a empezar.

Una noche, se despierta antes de que los perros ladren. Es como una intuición. Espía los gemidos de los molosos atados, el vaivén de sus patas sobre la tierra, algo en ella quizá sienta que el momento ha llegado. Movida, pues, por un impulso insensato, se levanta, se echa una pañoleta sobre los hombros y sale. La sigo a pesar de sus advertencias: que no haga ningún gesto, ningún ruido. Yo no haré nada. Camina en silencio y los perros desconcertados continúan callados viéndola cruzar el corral. Nos quedamos quietos, a un lado. Nos ronda la idea del peligro, de los vagabundos, de la mala gente, de todo aquello que se puede presentar en estos tiempos de miseria. Rose empuña la horca de púas, aunque no la tranquilice en absoluto.

Nos colocamos como soldados inmóviles e invisibles, y esperamos. Cuando se espera, parece que el tiempo se alarga y se pierden los puntos de referencia. Me siento. Hago lo que me dice Rose: no me muevo. Solo abro bien los ojos para intentar ver mejor y no sé cuánto tiempo ha pasado.

Y luego está el ruido. Un silbido. Una presencia que se arrastra quizá. Un aliento, una masticación desenfrenada, interrumpida constantemente por lo que imagino que son unos sobresaltos. Distingo muy poco, arrinconado junto a la cerca, solo sé que hay una presencia. Rose, como reflejo, ha doblado el brazo para imponer más fuerza a la horca. Se inclina con una lentitud infinita, tanto para que el animal no escape como por miedo, sencillamente, pues este asciende por su cuerpo, ¿y si fuera algo más que un animal? Me agacho también. No estamos solos. Estamos ella y yo. Rose avanza con unos gestos de una lentitud enorme, con la herramienta alzada en el aire. Justo en ese momento se echa a temblar mientras su mirada, arrastrada hacia delante, recorre el lugar donde ha dejado el platito, detiene su movimiento y, sorprendida, deja caer la horca. Es el instante en el que identifica súbitamente la pequeña silueta inclinada sobre el plato y que de un salto se aleja con un grito ronco

que no se parece en nada a un maullido. Y Rose me retiene, me aprieta inútilmente, yo no me muevo.

Estupefactos, ella y yo.

Es mucho más abultado que un gato.

Más salvaje aunque mucho más familiar, y me quedo inmóvil, ahí está la cosa, y en ese instante entiendo lo que sucedía a nuestro alrededor, entiendo por qué yo sentía que mi vida podría cambiar bruscamente, por qué ya ha cambiado, ha sido barrida, ya ha estallado en cuestión de uno, dos o tres segundos. Ya entiendo que me equivoqué. No es que sea malo lo que me está pasando, solo que no tiene sentido.

Frente a nosotros, inmóvil en mitad de las tinieblas, como si hubiera podido volverse invisible y con los labios encogidos sobre dientes de leche, agachada: una niña pequeña.

DOS

Hace dos años, casi tres, que Madelaine entró en nuestras vidas. Aún recuerdo la noche en que Rose y yo la atrapamos —pues no existe otra palabra para describir lo que le hicimos a ese bicho salvaje al que ninguna palabra hubiera podido calmar—; cómo, ante su viveza y su pánico, Rose le tiró una manta vieja encima y, una vez que estuvo enredada dentro, nos abalanzamos sobre ella. La capturamos. Esperamos a que se agotara, a que empezara a asfixiarse, a que quedara inmóvil. Luego pudimos llevarla —arrastrarla sería más exacto— hasta la casa y Rose echó el cerrojo y nos quedamos mirándola.

No teníamos la menor idea de dónde venía. No hablaba. Se contentaba con observarnos en una actitud salvaje emitiendo con la garganta sonidos propios de las bestias. Sé que Rose se había preguntado si había actuado bien, si lo que veíamos era realmente humano. Aquello se parecía al diablo. Aquello se ponía a escupir y a silbar como una serpiente enrabiada y sin embargo la chiquilla era adorable, de ello éramos conscientes los dos, un rostro bonito moteado de pecas y de mugre, eso era.

La encerramos durante siete días. La puerta de casa nunca estuvo tanto tiempo sin abrirse. La niña conocía las viviendas de los alrededores, enseguida lo entendimos. Y conocía la lengua, bastante mal, pero le salían algunas palabras. Rose decía que era seguramente una hija del hambre, así llamábamos a los críos que deambulaban por los caminos, los bosques, tras haber muerto sus padres por las hambrunas, sin que nadie quisiera ocuparse de ellos, era muy difícil cargar con una boca más, bastante con alimentarse uno mismo a duras penas. Así fue como Rose consiguió dominar a la pequeña, con la comida, así se la ganó en tres días, ni uno más: la niña comía de su mano. Yo no tenía nada que darle. No obstante, el lazo más inmediato y más estrecho, el que se quedaría para

siempre, incluso después de que Rose cediera la cría a Ambre, se tejió entre ella y yo. Lo supe desde la primera mirada y vi que ella también: éramos iguales. Éramos unos salvajes. Distintos de los demás. Podían amaestrarnos, educarnos, si querían. Pero seguiría esa parte de incertidumbre, ese fragmento de nosotros, listo para estallar en cualquier momento. Había en sus ojos y en los míos esa llamita no totalmente recta, no totalmente neta, que nadie controlaría.

Y grité durante mucho tiempo cuando Rose se llevó a la niña a casa de Ambre, quince días después de su llegada, estuve gimiendo como si me hubieran arrancado una parte del corazón, ya estábamos ligados el uno a la otra. No podíamos quedarnos con la cría, decía Rose. Rose era muy vieja. La niña necesitaba a una madre, no a una abuela ni a un amigo, y sin embargo las primeras semanas en las que ella estuvo allá arriba se escapaba para venir a verme. Retomábamos nuestros juegos donde los habíamos dejado la víspera, rodábamos juntos por la hierba. Me fui alejando lentamente de los hijos de Eugène, ellos trabajaban, a veces nos reuníamos antes de que cayera la noche si no estaban muy cansados, pero la niña.

La niña siempre estaba ahí.

Me pasaba un brazo alrededor del cuello y dábamos brincos, corríamos tan rápido como nos permitía nuestra respiración, y yo le ganaba siempre. No me guardaba rencor, se echaba a reír. Se caía a menudo. No tenía medida, no frenaba, aunque el camino bajara demasiado en pendiente y nuestras carreras fueran desenfrenadas, aunque las piedras le lastimaran los pies o la tierra resbalara después de haber nevado. Se caía y se volvía a levantar. Yo la esperaba. Reemprendíamos el camino los dos juntos, íbamos muy lejos, Rose se enfadaba conmigo. La oía llamarme. Aún quedaba un poquito de sol helado, un poquito de luz de invierno, disfrutábamos del mundo, yo no le hacía caso a Rose.

Ambre le puso de nombre Madelaine.

Ambre se convirtió en madre de golpe. Rose no cedió a mi disgusto.

A Ambre no le importaron las miradas la primera vez que llevó a la niña al pueblo y dijo esta es mi hija. Todos sabían que ella no tenía hijos, que esa niña no era suya. Solo una forastera. En el Pays-Arrière no habían echado de menos a nadie y enseguida surgieron mil murmullos sobre el origen de la pequeña, mil suposiciones sobre su rostro, que, curiosamente, se parecía al de Ambre, con esa finura, esa belleza que ya se anunciaba. Seguramente se oyó la palabra brujería en algún lugar y la acallaron enseguida, esa palabra trae desgracia, las mujeres que la pronunciaron se la volvieron a tragar y, tras algunas semanas o meses, se acostumbraron a ver a la chiquilla siguiendo los pasos de su madre, pues admitieron que Ambre era la madre, resultaba más fácil. Resumiendo: un día Madelaine llegó, y eso fue todo.

Creo que Eugène lo pasó mal con esto de la niña. No se dice algo así, pasarlo mal por una niña, y sin embargo en sus ojos inmensos vi mucha desolación, mucha felicidad forzada, por Ambre, y él ajeno a todo ello por primera vez. Hay que decir que el día en que Rose y yo subimos con la pequeña de regalo, Ambre estaba sola; y Léon, fabricando sus zuecos en el pueblo o bebiéndoselos. En fin, cuando se fue Rose, Ambre se quedó con la niña, sin nadie a quién contárselo, sin nadie para recibir esa alegría en pleno rostro, y esa alegría debía sacarla hacia fuera, gritarla, cantarla. Eugène fue el primero en llegar a su casa. Había acabado antes de tiempo su jornada con Jéricho, iba caminando con paso cansado mientras subía la cuesta. Estaba contento, tenía tiempo libre, un poco más de lo acostumbrado, tiempo para detenerse cerca de Ambre. Y Ambre estaba allí y con ella una pequeña silueta completamente nueva.

Yo también estaba allí. Rose me había dicho que me quedara para que la niña no se escapase, no corriera detrás de nosotros, y que una vez soltada allá arriba nos la encontráramos de nuevo en nuestra casa. Tantas cosas habían cambiado de un día para otro. Yo ya no esperaba a Eugène al alba, la pequeña acaparaba mi atención, ocupaba mi tiempo. Al principio, cuando Rose volvió a abrir la puerta de casa, me encargó que la vigilara. Podíamos salir a condición de estar yo con ella, de protegerla, traerla de vuelta. Ya no me quedaba tiempo para acompañar a Eugène y me olvidé de ellos, de él y del

gran caballo, pues la compañía de la niña me absorbía por completo. Eugène se había dado cuenta; él, sí. La primera mañana en que me crucé con él, me acarició la cabeza, con una expresión de sorpresa. Me gustaba su sonrisa, entre burlona y amable, dijo, anda, ¿tú por aquí?

Sí, yo estaba por allí, y también el día en que Ambre esperaba a Eugène, con la niña de la mano, y capté al vuelo la mirada de ese hombre, la misma que adopta cuando los brazos de Ambre rodean el cuello de Jéricho: como una punzada en el corazón, o algo más que eso, le vino un mareo y tuvo que alargar el brazo buscando apoyo en la tapia de piedra. Ambre soltó a la niña para sujetarlo a él, y en el fondo era lo que Eugène deseaba, que ella fuera de él, que ella fuera para él, había entendido que todo iba a cambiar. Ese día, Eugène se pasó las manos por la cara para ocultar la confusión que bailaba en su sangre, ganar algo de tiempo, que se le calmara la cabeza, que titubeaba. Los dedos templados de Ambre le acariciaron las sienes intentando ver a través de él, ¿qué pasa?, dijo la voz bajita y dulce, ¿qué ocurre?

Eugène no estaba preparado. Jamás se imaginó que la vida pudiese ser distinta de la de los diez últimos años, ella y él, y los demás del otro lado; de pronto, el equilibrio se había roto. Pero Eugène es de aquí, sabe lo que es el destino, se doblega a él. Sabe que es inútil luchar, hay que someterse; si no, lo pierdes todo, luchar es a menudo peor que rendirse. Entonces, sonrió a Ambre y Ambre se echó a sus brazos, era un impulso, un arrebato, ella de alegría y él de miedo. Se quedaron abrazados como en una despedida, Eugène recibió todo de una sola vez, la alegría, la duda, la esperanza. Consiguió sujetar a Ambre de los hombros antes de marcharse, consiguió decirle que las cosas estaban bien así, que había que domesticar a ese gatito que no lo era, que ya se vería más adelante.

No sé qué es lo que se vería más adelante. Sé que Léon tampoco tuvo la oportunidad de opinar al regresar del pueblo, con ese aliento fuerte, y encontrar a la niña en los brazos de Ambre. Era ya demasiado tarde, Ambre le había enseñado la pequeña a Eugène y luego a Aelis. En ese momento, no era seguro que Léon hubiera

entendido lo que sucedía, temblaba ligeramente, tambaleante sobre el banco donde Ambre lo había sentado para contarle. La miraba a ella y luego a la pequeña, como si se preguntara si era una copia. Habría que ver, y al final dijo que de acuerdo y nunca se sabrá con qué estaba de acuerdo, luego Madelaine entró en la casa y ya no se movió de allí.

El mismo día, un poco antes, Aelis se presentó, Aelis con los ojos abiertos como platos, cruzando el corral a toda prisa porque Eugène se lo había dicho, Aelis tocando en la puerta y con voz temblorosa, las palabras apenas susurradas: una niña, una niña. Su sueño. El sueño de ella. Ambre la condujo suavemente, debía hacerlo con cuidado, la niña era salvaje y tímida. No hacía falta decirlo. Aelis se sentó en la entrada de la sala, en pleno suelo, vio a la pequeña y su rostro se iluminó. Se rio bajito, con una risa límpida que a Ambre le hizo pensar en sus juegos de pequeñas, cerca del río, era una risa clara como esa. Se colocó junto a su hermana. Las dos miraron a Madelaine, que todavía no se llamaba Madelaine.

Hubiera dado a mis hijos por tener una niña, dijo Aelis tomando la mano de Ambre.

Y ahí está.

A pesar de que Madelaine ha crecido, sigue teniendo pecas en la nariz, y algunos días, en la orilla del río adonde no se nos permite ir, la observo frotándoselas con agua para quitárselas. Sabe que no se van y continúa haciéndolo. Por Léon, que se burla de ella. Léon le dice que tiene cagarrutas en la cara.

Madelaine no quiere a Léon. Por todo el vino que bebe. Enseguida se dio cuenta. Al principio pensamos que Léon se había enmendado, que la pequeña le había infundido ánimos, que había empezado a sentirse responsable: a madrugar, a fabricar zuecos otra vez hasta la caída de la tarde. Eso le duró poco, quizá dos o tres semanas, lo justo para llenar un poco la bolsa que Ambre escondía entre los trapos, lo necesario hasta que la presencia de Madelaine se volvió habitual. No sabemos qué ocurrió, algún berrinche, alguna pelea, o solo la falta de alcohol, el caso es que Léon salió a trabajar y regresó a su casa borracho. Ambre se dijo ya está ya ha vuelto a beber.

Al verlo de lejos regresar del pueblo por el camino, Madelaine alza la cabeza y aspira aire con fuerza. Me gustan esas actitudes que aún parecen las de un animal, su carácter terco y rencoroso, y, en otros momentos, su alegría sin límites. No le ha perdonado a Léon el amago de bofetada de aquel día en que ella se acercó a olerle de su boca el aliento a vino, un olor extraño, ácido, que le arrugó la nariz, y Ambre la echó para atrás con un gesto brusco librándola por muy poco de la bofetada que Léon, harto, lanzaba hacia ella. Fue al principio de su llegada, Madelaine no tenía modales ni sabía comportarse, Ambre necesitó varios días para calmarla y que se quedase sentada a la mesa al ver entrar a Léon.

Hoy Madelaine consigue frenarse, aunque tiene esas reacciones salvajes que tardan en desaparecer, esos gestos feroces. Ambre siente a menudo miedo por ella, pues sigue siendo pequeña y más bien débil. Yo no veo el motivo para tener miedo. Cuando armamos jaleo y nos enfadamos, solemos pelearnos como endiablados, nos mordemos, nos arañamos, a Madelaine le quedan estrías rojas en la piel y a mí, marcas sanguinolentas en las orejas. Un día le saltó un ojo a uno de los perros de Léon, que le había lastimado el brazo. No hay forma de contenerla: para ella es diente por diente, la ley del más fuerte. Sin duda es así como ha sobrevivido y lo lleva grabado en sus entrañas. Una niña pequeña no debería portarse de ese modo, y Ambre durante mucho tiempo ha intentado que entre en razón. En vez de castigarla para que entienda, la echa fuera. ¡Venga! Da un portazo y la niña de pronto se ve sola, desamparada, como antes.

Madelaine grita. Chilla, araña la madera suplicando que le abran. Hace fuerza sobre el pestillo. No sé cómo Ambre aguanta tras la puerta, cómo resiste. Si fuese yo, la abriría, no aguantaría sus gritos, que me destrozan el corazón. Imagino a Ambre con lágrimas en los ojos, sabe que no debe ceder, la dulzura no interviene en la furia. La imagino con el rostro descompuesto apoyado contra la puerta, con los ojos cerrados, los puños apretados.

Entonces Madelaine se marcha. El campo es lo único que acaba por cansarla, por calmar su rabia, y corre por el bosque, golpea los árboles con unas ramas, quebrando una tras otra, arranca la tierra

con sus manos. En un momento dado, me reúno con ella. No hay que decir nada, no hay que hablar, solo nuestras miradas, eso basta. Ven, me dice, y sé que he ganado la partida. Al principio, me daba la espalda. Yo la seguía porque recordaba las palabras de Rose: que había que protegerla. Se volvía hacia mí y me insultaba, yo la acompañaba a pesar de ello. Me ignoraba y sin embargo de lejos veía cómo miraba disimuladamente para comprobar si yo seguía allí. Y seguía allí. Los amigos están para eso. Los amigos no te abandonan. Acabábamos sentados juntos, ella apretándose contra mí. Yo no me movía, para que esos instantes durasen el mayor tiempo posible.

Las fugas de Madelaine son horas azules. Azul es el color de la felicidad, dice Rose. Es el cielo que promete, es el agua que sacia nuestra sed, es el reflejo de una nube haciéndonos sentir extrañamente bien. Estoy conforme con el azul. El de las flores silvestres. El del iris de Madelaine cuando me mira y se echa a reír y su risa se parece al río en el lugar donde arranca la pequeña cascada, antes de llegar al Basilic, cuando estamos muy lejos de aquí. Me gustaría decirle a Rose, los días en que llegamos tarde a casa, que nos fuimos por el azul, que el azul es el que nos llama, quizá el horizonte también tiene un color. Vamos, el uno junto a la otra, y escuchamos el mundo. Solo el ruido de nuestros pasos sobre las hojas bajo los árboles del bosque nos devuelve a la realidad, de no ser por ello, volaríamos como pájaros fugaces, llegaríamos a lo más alto del cielo y tendríamos alas azules. Nadie sabe hasta dónde llegamos. Ya no estamos cerca.

Y luego oscurece, regresamos a casa y la vida nos recupera.

Los gritos de Ambre, que creía que Madelaine se había perdido. Los gritos de Rose, porque yo no la había traído, y sin embargo sí la he traído, solo que no a tiempo, no lo bastante pronto para no preocuparlas. Así somos nosotros.

Como Madelaine se escapa a menudo, Ambre enseguida le puso una navaja entre las manos. Es peligroso darle eso a una niña como Madelaine. Ambre dice que es menos peligroso que dejarla indefensa por los caminos y por los bosques. Desde que trajimos dos peces despellejados del gran río, Ambre entendió que corríamos

mucho más lejos de lo que se había imaginado. Madelaine pierde la navaja en pocos días.

Entonces Ambre le pide a Eugène, Eugène que hierra al gran caballo en la fragua, le pide un trozo de hierro, y él fabrica un destral, un arma de guerra, aunque para una niña pequeña es demasiado pesada. Madelaine crecerá. Al ver el hacha, ella se ilumina. Nunca sabremos por qué la herramienta le parece tan familiar, por qué se la amarra a un costado y nunca se la quitará. Aprende a utilizarla para todo, incluso para lo que no necesita un hacha. Tiene una habilidad que espanta, el arma es una prolongación de ella misma. Eugène le enseña cómo afilarla, cómo conseguir una hoja más cortante que la de los cuchillos. Madelaine talla pequeños trozos de madera al bies y me los enseña. Ahora es capaz de lanzar el arma a cinco o diez metros de distancia y atinar en el árbol; es capaz de tallar flechas y lanzas con una facilidad inaudita, y, para sorprender a sus primos, realiza un espectáculo haciendo molinetes y unos movimientos increíbles con los que parece bailar con su destral, manejándolo con una rapidez inquietante, y el arma se integra a ella como si formasen un solo cuerpo, brillando al sol y rasgando el aire mientras grita de alegría. A veces se los oye, a Germain y a Madelaine, devorados por una alegría exaltada, uno por su trabajo en el campo y la otra por las vueltas de su arma, y sus risas atraviesan el bosque, las tierras, y en los campos que bordean el pueblo los campesinos alzan la cabeza.

Madelaine y yo seguimos deambulando, son evasiones lejanas a pesar de nuestros cuerpos flacos. Llevamos dentro un fuego. Queremos ser fuertes. Es lo que dice Madelaine: no tenemos miedo a nada. Si vemos que los Ambroisie están de cacería, nos escondemos. No por miedo. El olor del peligro nos excita. Rodamos en el mantillo para camuflarnos de los hocicos de los perros, bajamos nuestra respiración al suelo. Nos convertimos en hojas secas, en barro, en tierra. Olemos a setas y a estiércol. Seguimos a los cazadores con la esperanza absurda de que dejen detrás algún animal que podríamos comer. Los llevan colgando del flanco de sus caballos, y nosotros, ocultos entre frondosos matorrales, los vemos

pasar con esa comida que se mueve con el galope de las yeguas. Me gustaría tirarme hacia ellos, Madelaine me frena con un gesto.

Tengo ganas de comer carne. Unas ganas locas, gigantescas, devoradoras. Madelaine dice que si nunca la hubiéramos probado, no la echaríamos de menos. Sí, pero. Recuerdo las tajadas de cerdo y una gallina robada —no aquí—, e incluso el olor de los ratones asados, y la cabeza me da vueltas. Si Madelaine me dejara lanzarme sobre los caballos de los cazadores, me llevaría no solo las liebres y los corzos, también los caballos, con sus grupas redondeadas, unos caballos mejor alimentados que nosotros, que se comen nuestro trigo, nuestro pan, nuestro salvado. Pienso en esa carne tensa bajo la piel, en los pedazos que se podrían sacar, en nuestros dientes apretándolas y en las ancas girando en el asador. En estos últimos años, las cosechas han sido peores, tenemos menos que comer en nuestras escudillas, y, pocas veces, carne. Por fuerza eso agudiza mis sentidos, y la cabeza me da vueltas. Hacemos malabarismos para vivir. Mientras podamos llenarnos la panza, solo llenarla, miro para otro lado, poco a poco la codicia se apacigua: no nos comeremos los caballos de los Ambroisie. En el pueblo, ninguno se atreve a decir que nosotros estamos secos y nudosos, y los amos, bien gruesos. Y así son las cosas, una vez más. Basta con no pensar en ello. Me pregunto cómo los campesinos pueden layar, escardar, remover la tierra, segar, recoger las cosechas con una alimentación tan escasa. ¿Qué fuego les permite resistir, qué necesidad los empuja más allá de sus fuerzas? La respuesta está en la negrura de sus ojeras, en el hundimiento de sus ojos, en el agotamiento, en el cansancio, en el desgaste. No valen mucho más que los bueyes a los que se pica para obligarlos a avanzar hasta que se derrumban, y los campesinos regresan al caer el sol arrastrando los pies, arrastrando los brazos, con la mirada vacía se sientan a cenar, se duermen a la vez que sus hijos. Las mujeres se quedan de tertulia entre ellas, y sin embargo sus jornadas no las libran del cansancio: ocuparse de los críos, demasiado pequeños aún para ayudar en el campo, que corren entre sus piernas o se cuelgan de sus faldas, emplearse en las casas y en las numerosas tareas de lavar, limpiar, remendar la ropa y cocinar, y encargarse del corral, alimentar a las aves y a lo

que quede en las cuadras y establos, a los cerdos, las cabras y los borregos, para quienes aún los tengan. Sin contar las horas pasadas en el huerto y en las tareas de la tierra cuando los hombres las llaman porque la temporada lo exige y hacen falta más brazos.

Cuando regreso al caer la tarde, sé lo afortunado que soy. Rose no sale de casa, la sala está templada y la sopa, lista. Cenamos, yo me contento con las sobras. No quiero habituarme a comer bien, o sea, mejor que de costumbre. Si no aguanto más, tomo una loncha de tocino duro o un huevo robado a las gallinas. Pero el vientre no debe creerse que está todo ganado. No debe pensar que ya no se notarán las costillas porque un día hubo una tajada de cerdo; no se sabe qué nos deparará el mañana. Los demás, para aderezar sus días, se dedican a la caza furtiva. Tienen razón. Rose no es cazadora furtiva. No sabe. Ya no tiene edad para ello. A veces, a cambio de sus ungüentos o de sus cuidados, le traen un pájaro que acaban de matar, un mirlo, un tordo, una paloma. En general, comemos mal y poco. Podría decir que comemos lo justo. No más que eso. Nunca más que eso.

Deambular por el bosque ocupa nuestros días vacíos. En esta estación de invierno no podemos hacer nada mejor. Recoger leña, si el tiempo lo permite. La mayoría de las mañanas, las ramas secas están soldadas unas a otras por la helada, no conseguimos despegarlas más que golpeándolas con otros trozos de madera. Las manos de Madelaine sangran por las magulladuras. Ambre se las envuelve en trapos viejos tras untárselas con un poco de manteca de cerdo por la noche. Hace tanto frío que la gente del pueblo ha cambiado sus zuecos rígidos por zapatos de cuero con cordones reforzados, botines flexibles en los que meten heno. Es inútil, los pies están helados, ponemos los zapatos empapados junto a la chimenea para que se sequen y el cuero se agrieta enseguida.

Para nosotros, como cada invierno, el frío es también un reencuentro. Germain, Artaud y Mayeul ya no trabajan, ni para el padre ni en las tierras de los Ambroisie; los campos se hielan. Los amos dan trabajo a los adultos. A los niños los mandan a casa: no quieren alimentarlos a cambio de nada. Si bien antes del invierno servían para tareas menudas —de recogida o de recolección—

agotadoras aunque exigen menos fuerza, ahora, cuando se trata de pedir limosna, ya no los quieren, ni siquiera a Germain, con su inquebrantable voluntad. Todos han regresado a sus casas. Por ello, a pesar de la helada que nos congela el cuerpo, nos reunimos por la tarde a vagar por los bosques. Salimos menos que en verano, por supuesto. Germain dice que somos como los animales, nuestro ritmo se afloja, nuestros cuerpos duermen un poco, a su manera, embotados y frágiles. Y nos han encomendado una tarea: llevar algo de comer a nuestras familias. Un pretexto para nuestros juegos y nuestros correteos, cada vez algo más lejos, como si hubiéramos agotado los recursos de la tierra que rodea Les Montées y tuviéramos que ir más allá para encontrar hierbas, bayas aún comestibles, algún animalillo que intentamos atrapar. La idea de regresar más tarde y encontrar en nuestras casas un fuego vivo esperándonos en la chimenea y un trozo de pan bastan para sentirnos felices.

Caminamos por las colinas arboladas, nuestros alientos resoplan, apenas templados, y corremos para entrar en calor, fingimos pelearnos, nos quitamos la escarcha de los párpados. Claro que hay que encontrar algo de comer, pero eso no nos impide jugar, pensar en nada, mirar el mundo. Cuando el cielo está azul y el sol nos ciega al reflejarse en la nieve a principios de la tarde, oímos gritar a los pájaros y sabemos que no estamos solos.

Madelaine y Germain suelen encabezar el grupo buscando todo lo que puede devorarse o venir bien para nuestras casas. Ellos son los que se empeñan más, los que más se entusiasman. Artaud, Mayeul y yo somos sus seguidores. Cargamos. Ayudamos. Nos mandan a comprobar, arrastrar, recoger, traer, y allí que vamos. Nos conviene. Cuando regresamos, en el momento en que desde el bosque divisamos nuestras casas, nos peleamos por llegar los primeros. Nos miramos unos a otros como animales de carrera inmovilizados en la línea de salida, pisoteando y resoplando, y acechamos para ver quién sale antes. Nuestras miradas enloquecidas van de izquierda a derecha, pendientes de la señal. Nadie se atreve, esperamos el momento adecuado, la sorpresa que nos permita una ventaja de uno, dos o cinco pasos. A menudo nos empujamos unos a otros.

Germain choca contra los hombros de Madelaine y de Artaud, los sujeta, ellos lo empujan hacia atrás, se mueven a su alrededor, saltan. Mayeul y yo nos quedamos en segundo plano, nos les interesamos. Él, porque es más pequeño y no ganará nunca; yo, porque, ocurra lo que ocurra, soy el más rápido. Sacuden la cabeza, dicen que eso no cuenta. Ganará el que llegue primero después de mí. Eso no tiene importancia. En un momento dado, soltamos lo que hayamos encontrado —ya regresaremos a por nuestros escasos tesoros—, el reto nos desborda; y corremos. Para ser el primero que toque la tapia baja del borde del camino, del otro lado del corral de las granjas de Eugène y de Léon.

La carrera nos deja sin aliento, alza nuestras voces. Al llegar a la tapia, Germain se ríe con una risa atronadora, siempre dice que ha ganado él, aunque lo hayan hecho Madelaine o Artaud. La mayoría de las veces gana él, es más imponente y es el mayor. Si los otros dos lo desequilibran en la salida, tienen una oportunidad de llegar antes. Los oigo hablar mientras volvemos sobre nuestros pasos para recoger los morrales, llenos solo en una cuarta parte. Se los oye animados. Sus voces suben por el aire, parecidas a los arroyos cuando no están helados, al trigo de invierno cuando el invierno lo deja crecer.

La mayoría de las veces, pasamos primero delante de la granja de Ambre. Madelaine se lanza hacia allá, oímos el grito. Ambre la abraza, la aprieta fuerte contra ella, al principio la alzaba en sus brazos y la hacía girar solo para oír la risa de la pequeña. Ahora Madelaine ha crecido y pesa un poco más, Ambre resopla de fatiga, no puede con ella. Así que solo la abraza. Yo sigo mirando. No creo que a ninguno de nosotros nos hayan abrazado así. Quizá porque Madelaine es una chica y nosotros no somos chicas. Aelis también abraza a la pequeña. Germain se encoge de hombros, son costumbres de mujeres, dice, noto cierta envidia en su voz. Qué haría él con esos abrazos, si su madre se prodigara en dárselos, más que alejarse incómodo; los demás se burlarían de él y, si les diese mimos a todos, los evitarían; ya no son pequeños, eso piensan.

Tampoco son niñas.

Madelaine es salvaje y tierna. Se acurruca, abraza, besa. Y de pronto se va corriendo. Regresa a su mundo. Agarra un palo y nos amenaza si, sentados en la tapia baja, un poco alejados, y formando un bloque, aunque nunca por mucho tiempo, nos reímos; enseguida retomamos nuestros juegos con ella. Aelis y Ambre nos observan. La observan. Es difícil saberlo. Lo único cierto es que ellas no nos contemplaban de esa manera mientras éramos Germain, Artaud, Mayeul y yo. Así que. Podríamos sentir amargura, pero hay demasiada alegría, demasiado ánimo en la pequeña para que le tengamos rencor. Existe una palabra que nadie se atreve a pronunciar y es la que nos une desde estos años: cariño. Nos queremos, eso es todo. Cada uno piensa que quiere o lo quieren más que los otros. Para eso no hay respuesta. Nuestras relaciones son hilos tejidos, entrecruzados, entre nosotros. Si ese amor fuera una telaraña, seríamos las moscas atrapadas en ella, aunque no moriríamos. Sería una red para mantenernos juntos, no para devorarnos.

Madelaine es una hija para Ambre y Aelis. Es la hija de las dos. La comparten, se la pasan de unos brazos a otros, de besos a mimos: un trozo de Madelaine para Ambre y otro para Aelis. La complicidad entre las dos se refuerza con la niña, sus manos están abiertas para ella. Con nosotros, es distinto: el mejor piropo que le podamos decir es que Madelaine es nuestro hermano. Hermano de armas, hermano de bosques, de juegos, de correteos. No hacemos diferencias entre ella y nosotros, y así es como ella crece, zarandeada, abucheada, golpeada del mismo modo que nosotros, puesto que está en nuestros enfrentamientos, en nuestras luchas, en nuestras grescas, desconfiamos de ella, es la más agresiva. De vez en cuando, Germain la maltrata y hace como que no es a propósito. Yo veo cómo ella retiene las lágrimas, retiene los puños. Busca un medio de vengarse. Si fuera un enemigo, encontraría la forma de matarlo allí mismo; en ese momento, el fuego tiembla en su mirada. Pero no es más que Germain y ella no se imagina ninguna solución que no haga daño, se contiene. Los hijos de Eugène no miden la violencia que ella reprime para adentro en esas ocasiones. Quizá Artaud, que espera que amaine, que espía los rasgos de la pequeña. Luego, si lo

deja acercarse a ella, él le pasa un brazo por sus hombros. En voz baja, le dice que es su preferida.
El bosque es nuestro terreno de juegos, aunque ahora jugamos menos. ¿Será porque nos encaminamos poco a poco hacia la edad adulta? ¿Será porque sentimos más la dureza de la vida, que va comiendo nuestra energía, desgastando nuestras fuerzas? Lo que nos queda de impulso lo ponemos en el trabajo y en lo útil. Nuestros correteos, nuestros empujones ahora se han convertido en deberes, siempre los mismos: buscar algo que comer, algo más de leña para llenar el hogar. Cuando escasea el forraje, hacia el fin de la temporada, Mayeul y Madelaine llevan a los dos cerdos a la montanera. Pero cada vez, con más frecuencia, el hijo de Eugène e incluso Madelaine no salen de las granjas donde hay tanto que hacer. Reparar, limpiar, alimentar, ir a por agua, layar la tierra del huerto, esas pequeñas tareas, que si se ponen una tras otra nos tienen ocupados desde el alba al crepúsculo. Los días pasan uno tras otro, morosos. Nos reunimos al caer la tarde, antes de que anochezca. Si no nos vence el cansancio, nos escapamos al bosque. Reaviva nuestra infancia. Madelaine se detiene, abre los brazos, gira sobre sí misma. Recupera la calma de los árboles altos. No es inusual que nos sentemos unos instantes en silencio, no tanto por agotamiento como por fundirnos en ese espacio tan familiar, el bosque es nuestro jardín, nuestro país, nuestras raíces.

Madelaine nos conduce. Va demasiado lejos. Germain se lo recuerda, no debemos ir más allá del claro del viejo hayedo; a la pequeña le da igual, ella sigue avanzando, quiere divisar el castillo, el bosque la protege. Los hijos de Eugène temen a los cazadores. Por eso dudan. Se imaginan a los hombres de los Ambroisie lanzados sobre sus caballos, y entonces no nos dará tiempo a escondernos. Si nos cruzamos en su camino, esos jinetes no se detendrán. Hombres o campos cultivados: su importancia es menor que el placer de los amos. Madelaine se encoge de hombros. El bosque no está prohibido. Germain sabe que no se trata de derecho, sino sencillamente de peligro: podemos seguir adentrándonos, pero hay que atenerse a las consecuencias. No quiere parecer un cobarde, camina delante de Madelaine. Noto por la tensión de sus

facciones que está atento a los ruidos del mundo. Todos hemos oído hablar de accidentes. De campesinos, a menudo mujeres o niños, derribados por los caballos, pisoteados, aplastados.

Y sin embargo el bosque nos estimula. Ofrece más en los lugares en los que los nuestros no se aventuran. Allí la leña no se recoge, ni las setas ni las bayas, y en el buen tiempo a veces encontramos frutos silvestres, manzanas o ciruelas, y llenamos el zurrón, con la mirada brillante y el corazón acelerado, incluso si ninguno de nosotros lo dice. Tenemos gestos de ladrones, resueltos, bruscos, como si en estos lugares hubiera que medir el tiempo. Hacemos incursiones, arramblamos con lo que podemos. Luego, no existe otra palabra: huimos. Al llegar a algún sitio más seguro, más cerca de nuestras granjas o del pueblo, Germain se echa a reír. Damos saltos, hemos vencido —sin saber a quién—, nos imaginamos el momento en que soltemos nuestros tesoros sobre la mesa. La alegría de las mujeres, de Rose, Aelis, Ambre. Sin Madelaine nunca hubiéramos ido tan lejos. No lo reconocemos.

Hoy es un día de lluvia. Se ha suavizado el aire y la llovizna nos moja los hombros y la espalda desde la mañana. La tierra se pega a los pies, hemos desertado de nuestras parcelas vacías, la labranza se hará más tarde, la primavera queda lejos. Ninguno de nosotros deseaba corretear por el bosque, pero las horas se desgranan muy lentamente en las casas sombrías, estamos aburridos. Fui el primero en salir y pasé por Madelaine; subimos hasta la última granja, donde los hijos de Eugène también estaban aburridos, así que nos fuimos con las pellizas húmedas, no traeremos leña, vamos sin rumbo fijo. Cuando llevamos ya un trecho andado, empezamos a fijarnos en el suelo. Todo lo que esperamos encontrar en esta época son níscalos. Cuando hace menos frío, se pueden ver entre las hojas, y Germain conoce los lugares donde encontrarlos, por eso inclinamos la nariz hacia la tierra.

Y por eso no lo vimos, no nos lo esperábamos, estábamos concentrados rebuscando en el mantillo, quiero decir: no lo hicimos a propósito. No fuimos nosotros quienes.

Fue él quien vino por su cuenta.

Nos sobresalta, lo escuchamos sin escucharlo, pensamos en el ruido de nuestros pasos sobre las hojas secas; y en nuestros pasos están los suyos, y sentimos miedo, todos sin excepción alguna, en el momento en que surge ante nosotros con unos gestos muy vivos. Al principio es solo una forma que aparece de golpe, no nos damos cuenta. Madelaine reacciona rápido, empuña su destral y lo lanza con todas sus fuerzas para defendernos. Suena un ruido, y cae. Ha atravesado la garganta del corzo.

Ahora estamos los cinco alrededor del cuerpo tendido sobre la hierba blanca. Por turno miramos al corzo y nos miramos unos a otros. Miramos a Madelaine.

Madelaine.

Murmuró Artaud, con sus ojos grandes e inquietos.

Germain se balancea sobre la piernas, indeciso. Mucho más que indeciso: asustado. Porque eso nos está prohibido. No tenemos derecho a cazar en las tierras de los Ambroisie. La caza está reservada a los amos. Los cazadores furtivos saben lo que arriesgan si los pillan: los matarán, al igual que ellos han matado a los animales de los amos. Los furtivos suelen cazar animales pequeños, fáciles de esconder bajo sus amplias camisas. Pájaros, liebres. Pero nosotros.

Nosotros no lo hicimos a propósito: esa es la verdad.

El corzo está ahí, delante de nosotros, y parece inmenso, y no nos decidimos a dejarlo. Transcurren varios minutos en silencio. Mayeul se pasa la mano por la cara. Dice ¿qué hacemos? Entonces Madelaine, con la mirada clavada en el animal muerto, se inclina para recoger su hacha. Al incorporarse, responde lo que queremos oír y no nos atrevemos a pronunciar, está grabado demasiado lejos en nuestras memorias. Madelaine murmura:

Nos lo llevamos y nos lo comemos.

Esa frase es un relámpago en nuestras mentes, como si un rayo hubiera caído cerca y nos despertara del letargo en el que estábamos sumidos. Germain se pone firme. Dice: eso es imposible.

¿Cómo?, protesta Madelaine. Lo sabe, por supuesto. Aun así, Germain lo explica. Él sabe que ella sabe, pero necesitamos que nos lo diga, tal es la tentación. ¿Lo dejamos aquí, sin más? Artaud

manda a callar a Mayeul con un gesto. Germain dice nos largamos, venga, vámonos. El miedo está ahí, se agranda: si los amos vienen por aquí a cazar, ellos, que solo hacen eso, cazar. Nos vamos, insiste Germain.

Estamos en guardia. Nos giramos a la vez. Todos salvo ella. Madelaine se libera de los brazos del hijo mayor cuando este la ha sujetado. Oímos los murmullos de Germain: estás loca, completamente loca. En la mirada de Madelaine ya hemos entendido que no cederá. Él tampoco lo hará, tiene conciencia del riesgo, de la presencia de sus hermanos menores junto a él. En eso somos distintos, nos damos cuenta de ello.

Ayúdame, pide Madelaine, y Germain sacude la cabeza.

Ayúdame y después marchaos, dice ella, y entonces él alza la osamenta del corzo y la ajusta sobre los débiles hombros de ella. Toma la mano de sus hermanos. Antes de alejarse lo intenta de nuevo. No podrás. Te van a pillar.

El rostro de Madelaine se anima con una alegría feroz, con una sonrisa rabiosa en los labios. No hace caso a Germain, me mira a mí. ¿Vienes, Bran? Y yo me quedo a su lado, con sus pasitos trabados por la carga, la espalda inclinada por el peso del animal. Veo sus mandíbulas tan apretadas que parece que van a estallar, y los ojos enrojecidos por el esfuerzo o por la rabia. La tensión es demasiado grande para que la rabia salga, debe conservar las fuerzas, aprieta los dientes y avanza. En muy poco tiempo, Germain, Artaud y Mayeul ya no se ven. Caminan deprisa, el temor les infunde alas. El bosque se cierra sobre ellos y nosotros estamos aquí, Madelaine y yo, devorados por el silencio y la respiración jadeante de la pequeña, no me atrevo a hacer nada más que esperarla. Veo que la luz del día se va. Pienso en lo que acaba de ocurrir, que contiene más emociones y peligros que todos los que acumula mi existencia sin Madelaine. A mí también, en ocasiones, me molesta la pequeña, aunque me fascina. Hacemos cosas que nunca imaginamos que podríamos hacer. Pensamos cosas impensables. En el fondo de mi estómago se me ha hecho una bola. Cuanto más avanzamos, más se transforma la bola en un fuego incontrolable. La noche cae poco a poco y me siento feliz viendo a Madelaine reventar bajo los veinte

kilos de carne, llevamos una hora caminando. Ella avanza, cada vez más despacio, pero avanza.

Y de pronto, se oye el roce de unos pasos en el bosque y nos quedamos inmóviles. Una silueta se acerca. Ya llega. Nos enderezamos lo máximo, como si así viéramos mejor. Unos pocos instantes en los que —ahora lo siento— Madelaine por fin tiene miedo. Es imposible esconderse en el bosque de árboles pelados en invierno, y el hombre que se aproxima ya nos ha visto. Casi corre hacia nosotros. ¡Oh!, dice Madelaine, y siento su aliento vaciarse de golpe, y yo lo reconozco.

Eugène está ahí.

No me muevo, y Madelaine adivina que no hay peligro, también ella lo ha reconocido, casi grita su nombre; Eugène avanza, no necesita decir que sus hijos lo han avisado, lo hemos entendido. Siento cómo Madelaine se retrae hacia mí, retrocede para evitar una bofetada. No pasa nada. Eugène nos contempla, y me parece tan alto. Estamos a su sombra. Un instante antes yo creí que éramos invencibles.

Su voz grave en el bosque.

Observa a Madelaine, observa el corzo sobre su espalda.

Dice: dámelo.

Madelaine no protesta, se deja desprender del corzo. Eugène encaja al animal sobre su potente espalda, tan distinta de la de la pequeña, ocupada toda ella por la bestia. Eugène ni pestañea ni cede en su determinación. Agarra el brazo de Madelaine, me observa a mí. No dice que debemos apresurarnos, no necesita decirlo, su paso acelerado nos obliga a imitarlo. Seguimos tras él trotando. Adivino la mirada que Madelaine le lanza, como la mía: fascinación ante esa fuerza que nos supera y nos desborda. Él va más rápido que nosotros, incluso aligerados ya del corzo. Nos quedamos sin respiración corriendo tras él, que a veces se gira, no reduce el paso: tiende la mano hacia nosotros como hacen las mujeres en el corral para llamar a las aves cuando les reparten mondaduras, y nosotros nos esforzamos, corremos algo más. Solo queda media hora, la luz del día se vuelve gris. Estamos en las lindes del bosque y Eugène se detiene. En el otro extremo de la meseta que se abre ante nosotros,

una pequeña llanura empapada de lluvia; Eugène señala su granja a Madelaine. Ve a ver, le ordena. Dime si hay alguien.

La pequeña galopa para cumplir su misión de reconocimiento. El crepúsculo invernal ha empujado a todo el mundo al interior y ella nos llama con un gesto. Venga, dice Eugène, y vamos en su dirección desviándonos hacia la cuadra donde dormita el gran caballo.

Jéricho, murmura Eugène para avisar de nuestra llegada.

El caballo aspira el olor a sangre. Su amo se ha arrodillado del otro lado del establo y empieza a cortar la carne con un enorme cuchillo. Madelaine, en la puerta, observa. Todo está tan desierto.

Ella pregunta.

Por sus hijos.

Eugène dice que los ha mandado más lejos, a cavar un agujero a pesar de la lluvia, en un lugar donde el mantillo es grasiento y espeso, un agujero para el esqueleto, después. Eugène maneja bien el cuchillo, pero no tiene costumbre de cortar corzos, nos damos cuenta de ello. Duda ante la longitud de los huesos, corta pedazos de carne con torpeza, dejando mucha en el esqueleto, tiene que repasar todo de nuevo. Sus manos tiemblan ligeramente. Si nos pillaran ahora, sería imposible declararnos inocentes. Hemos ido demasiado lejos. Tengo los ojos enrojecidos, el olor de la carne me enloquece.

Eugène envuelve los trozos de carne en unos trapos viejos y le da una parte a Madelaine. Esto para tu madre. Esto para Rose. Venga, marchaos a casa. Comed lo máximo que podáis. No conservéis nada. Después calentaréis unas hierbas ácidas para el olor. Le dirás a Ambre que deje sobre la cocina las patas del conejo que cacé hace dos días, nos costará menos en caso de. Y, sobre todo, no digas nada. Nada a Léon. Cuando bebe, Léon no sabe callarse. Mezclad la carne con nabos y contad que cacé furtivamente una liebre, él no verá la diferencia con lo borracho que está.

Madelaine y yo salimos del establo y nos cruzamos con Germain, que empuja una carretilla. Oímos cómo se entrechocan los huesos del animal que transporta en ella. No nos giramos, ni él ni nosotros.

No nos hemos visto nunca. Estamos atenazados por el miedo y eso nos emociona.

Más adelante, Madelaine les preguntará a sus primos dónde enterraron los restos del corzo. Irá a ver la tierra apisonada en el borde del bosque y las hojas secas y las ramitas desparramadas por encima para que no se vea el agujero; ella buscará y lo encontrará, por supuesto, porque le han dicho dónde está, y les insiste en que no se nota nada. Los dos sonreiremos, con los sentidos aún achispados por la carne comida, tal y como nos dijo Eugène, toda de una sola vez, el olor es demasiado reconocible cuando se asa la carne. Nos atiborramos todos, incluso yo, devoramos la carne hasta reventar, hasta tener dolor de estómago. Procuraban tanta felicidad los retortijones de barriga por estar demasiado llenos; recuperamos fuerzas, y qué más daba que fuera ilusoria esa sensación de plenitud. En el castillo de los Ambroisie comen de ese modo a diario, fue lo que pensamos todos.

Incluso el caballo de Ambroisie-Hijo come carne, murmuró Artaud porque lo habían dicho en el pueblo, y nos burlamos de él.

Tardamos tres días en hablar de ello entre nosotros. Tres días vividos con el temor de que nos descubrieran, y sin embargo no había nada que nos pudiera desenmascarar, la carne estaba comida, el esqueleto enterrado. A pesar de ello, se nos quedó dentro. Habíamos transgredido algo. Somos unos dioses y unos miserables, nos atrevimos sin tener las agallas para ello, sin asumir las consecuencias. Durante esos tres días, cada vez que nos cruzábamos en silencio, revivíamos aquella tarde que nos vio bailar en la cuerda floja, entre la vida y la muerte.

Tenemos que creérnoslo.

Pues decídmelo, ¿qué pasó?

Nada, inmensamente nada.

Y sin duda es lo más increíble y lo más temible: que no haya pasado nada. Hasta que unos y otros dimos los huesos a los perros, hasta que el extremo de nuestros vientres expulsó la carne en pequeños montículos humeantes, nos dijimos una y otra vez que los soldados de los Ambroisie irrumpirían en las granjas. Que nos habían visto, que nos habían denunciado, que el azar también; pero no. Nos

comimos la carne y estamos vivos. Es lo que más nos asombra: poder infringir las normas sin que ocurra nada. Ni Eugène ni sus hijos ni yo matamos al corzo. Cazamos furtivamente unas liebres y unos pájaros como todo el mundo, menos que todo el mundo, y nadie ignora que si nos pillan saldremos de esta con una multa o una buena zurra, o con ambas a la vez: en cierto modo, el castigo merece correr el riesgo. Pero un corzo. Ahí estamos hablando de otra cosa. Lo sabemos de padres a hijos, o de casa en casa, sin ni siquiera decirlo, es casi algo innato: los animales del amo no se tocan.

Madelaine no sabe nada. Lo hace y punto.

Madelaine dice: tengo hambre y come.

Tenía que pasar: nuestra mirada ha cambiado, la de los hijos de Eugène y la mía, la mirada sobre ella. Pues aunque no lloramos de alegría mientras masticábamos la carne densa del corzo, éramos conscientes de la locura y del error. Nos dimos cuenta mucho después de hasta qué punto lo era. Al principio estábamos conmocionados, en pleno movimiento, la existencia nos arrastró. Quizá el más sensato fue Germain, que empezó por girar la cabeza para dejar de ver al animal muerto y de imaginar la carne en su interior; luego, todo fue muy deprisa, y Eugène, cuando se lo contaron sus hijos, solo pensó en salvar a Madelaine, que no soltaría su presa. Ayudar a Madelaine era ayudarla con el corzo. Si solo hubiera dependido de él, habría ordenado a sus hijos cavar un hoyo algo más grande y meterlo entero dentro, con sus perniles y sus redondos, no se habría tomado el tiempo de despedazarlo ni el riesgo de guisarlo. Ahí fue donde todo se salió de madre.

Eugène no sabe muy bien por qué lo hizo. Fue en el momento en que nos encontró a Madelaine y a mí en el bosque y en que la pequeña alzó hacia él su mirada clara, en ese instante ya no había rabia en ella, solo agotamiento, como el de una hormiga que arrastra una semilla dos veces más grande que ella, agotamiento. Y alegría: eso es lo que Eugène vio. No tuvo ánimo para negarse. Se puso el corzo sobre sus hombros y se lo llevó para Les Montées. Le dio lástima Madelaine, aunque en el fondo no era eso exactamente, era algo mucho más hondo: se quedó sin aliento ante su audacia.

Sucumbió a la admiración, a pesar de saber que no debía hacerlo, que ella causaría la pérdida de todos. Pero estaba allí. Se vio junto a la pequeña, con la sumisión impresa en sus genes, y sintió vergüenza. Vio la saña de Madelaine, o el coraje, era imposible mandar a sus hijos a que enterraran la carne, hubiera sido como golpear con un látigo a un caballo que se ha reventado todo el día para acabar su labor, como ahogar a un gato que ha escapado de los remolinos de un río. Y no pudo.

Esto no evita ni el arrepentimiento ni el miedo ni el festín.

Simplemente no lo vuelvas a hacer, y le dijo, tres días después, eso no es para nosotros. ¿Lo entiendes?

Madelaine no lo entiende. Escucha y le vuelve la rabia. Su vientre recuerda la carne cocinada por su madre, aún sangrante para comerla rápido, sus dientes recuerdan la carne arrancada, masticada, tragada, sus encías le pican. No es para nosotros, eso no quiere decir nada, ella no lo quiere admitir. Sentada a mi lado sobre un trozo de madera, observa el horizonte. Conozco muy bien su perfil terco, sus ojos que se arrugan, el brillo de sus pupilas. Es lo que me gusta de ella, que es íntegra, y su manera de abrir brecha. Si no se hace a través de la dulzura, se hará por la fuerza. Atreverse, murmura Madelaine, y se vuelve hacia mí. Yo no digo nada, claro. Lo sé, las mujeres son las que se sublevan. En mis recuerdos, desde que estoy aquí, las mujeres son las únicas que en alguna ocasión han alzado la voz, han alzado una horca o un palo para defender la mera posibilidad de vivir. Están dispuestas a dar su sangre por sus hijos. Los hombres, en cambio, ceden. Se acostumbran. No quieren morir.

Observo a Madelaine de reojo, quizá del mismo modo con que Eugène la contempló. Es orgullosa, impulsiva, tan pequeñita. Todos somos más bien pequeños, los mayores cuentan que no crecemos porque no tenemos suficiente comida. Hay tanto amor en mi mirada hacia ella. Y en el fondo, una extraña percepción que murmura que sí: que queremos a Madelaine, que ella es un fuego donde nos calentamos las manos, el sol que perfuma nuestros prados.

Y es peligrosa.

Para ella y para nosotros.

Si tuviéramos alas, ella nos las quemaría.

El invierno ha llegado para quedarse y ya no nos topamos con ningún corzo. El frío anestesia la vida, se aferra a nuestros pulmones cuando salimos fuera y el aire se adentra en nuestras gargantas. Suele ocurrir que nos encerramos en casa hasta el mediodía. Dentro tampoco se está tan caliente, la helada envuelve cada piedra de cada pared. Rose acerca una mano a la chimenea, tiembla, añade un tronco al fuego. Estamos obligados a racionar nuestras reservas de leña. Calculamos. Los días que nos separan de la primavera, si es que esta llega. Algunas mañanas dejamos de creer. Algunas mañanas ya no salimos.

Con el frío, pequeños roedores de todo tipo buscan en nuestras casas algo para sobrevivir. Ratas de campo, ratones, musarañas, cualquier bicho que no hiberna intenta entrar en nuestros hogares. Debieron de buscar refugio en madrigueras que se helaron, acurrucarse en escondrijos que ya no los protegen de nada. Y ahí están. Cada cual en su casa se dedica a cazarlos sin piedad. No podemos permitir que se coman nuestros últimos sacos de harina, y ya lo he dicho, Rose y yo les hemos dado uso, puesto que terminan en nuestras sopas. Ellos registran, husmean y escarban, siempre consiguen robar algo, especialmente en los graneros que no están vigilados. Hemos decidido meter lo poco que queda de las reservas en las casas. Resulta curioso dormir junto a sacos de trigo o cajas de nabos. Rose me dijo si te los comes de noche te mato. Ahora se ha visto reducida a curar a los vecinos del pueblo para que no se mueran a cambio de nada. El hambre empieza a llevarnos. Uno o dos bebés, una anciana. Y solo estamos en enero.

Los conocemos, al frío y al hambre que lo acompaña. Nos falta de todo, la abundancia huye de nosotros. Nos consideramos afortunados si una estación nos permite comer hasta el verano siguiente, estamos acostumbrados. El ciclo del hambre sigue el ciclo de las estaciones, y nos parece normal; pero si el equilibrio se rompe, si los periodos buenos escasean y los tiempos difíciles ocupan cada vez más lugar al año, los hombres sienten miedo. Y no es que pidan mucho, han nacido contentándose con poco, se someten a ese extraño orden del mundo que destina la profusión y

la opulencia a los amos. A ellos solo les corresponde sobrevivir. Cuando los inviernos empiezan mal, se callan. Esperan. Esperamos.

Los mayores predijeron que el viento polar amainaría, hablan del color del cielo, de la orientación del aire, de una sensación ínfima, pero los campos no se deshielan desde hace nueve días, y nos cuesta creerlos. Tenemos que asirnos a esa esperanza; de lo contrario, acabaríamos adormecidos en nuestras casas frías, ante nuestras chimeneas que ya no calientan las paredes y a las que nos acercamos tanto que nos arriesgamos a que nos salte alguna brasa de noche. Una mañana, el cielo está bajo y nos decimos que los mayores tenían razón: el aire huele a nieve, el frío se atenuará. Y el viejo Magne, que dijo que la helada vendría muy fuerte, el viejo Magne va a encender el horno, tendremos pan. Y dejaremos de espesar las sopas de la cena con harina, tendremos hogazas con rebanadas y migas que podremos echar al caldo, el pueblo está agitado por la espera, Rose ha sacado la levadura.

Los días que prefiero son, como para cualquier niño de La Foye, los del pan. Cuando el horno está encendido desde el alba hasta el crepúsculo, y el aire lleva el aroma de las cortezas bien tostadas, el perfume glotón de la harina cocida, huele a cierta exuberancia. Me llena de alegría. Cada mes que pasa, espero esos días, en los que el viejo acepta encender el horno y vigila, mantiene, cuece. Nos presentamos allí todos juntos. Es demasiada leña gastada para que una única familia utilice el horno, la inercia de las piedras devora el calor y decidimos que cada cual lleve tres troncos para participar en las llamas y aprovechar las piedras calientes por igual. Ese horno corriente, construido por los antepasados de los Ambroisie, sirve para todo el mundo, pagamos unas tasas por usarlo, ninguno de nosotros cuenta con los medios para poseer uno propio, aunque tuviéramos derecho a ello. Cada uno acude con su masa. El horno está construido al final del pueblo y no ocupa el suelo de nadie. Un día, el viejo Magne hace correr la voz: será mañana. Nunca hoy, porque hoy es demasiado tarde, la masa necesita tiempo para subir. Mañana, sí, mañana habrá pan, y Rose se ríe de mi agitación cuando busca la levadura y la harina y el día adopta aires de fiesta. El pan es la vida.

La levadura está, pues, sobre la mesa, y la observamos los dos con fascinación y respeto. Esa levadura tiene más años que nosotros. Ha sido regenerada cientos de veces y sigue siendo la misma. Rose dice que ella la heredó de su bisabuela y quizá de más lejos todavía. El pan es infinito, nos trasciende, a nosotros y a nuestras generaciones; nos ha visto nacer y morir, nos ha acompañado en las alegrías y en las penas. Los hombres viven, los hombres mueren, los hijos los sustituyen y la levadura sigue siendo la misma.

Rose ha amasado lentamente el pan y me muero de ganas de acercar la cabeza a los trozos de masa que reposan, hinchándose como gallinas muertas, una pasta beis y gris, lisa, viva como una fruta madura, el olor crudo del pan que aún no existe. La cabeza me da vueltas, Rose me mira y sonríe. Ya está listo, dice. Mucho antes de que Magne encienda las primeras fajinas sobre la base del horno, apretamos las mandíbulas por la espera. En los hogares de La Foye, ya sea en el centro del pueblo o en las granjas dispersas según las tierras y los manantiales de agua viva, los niños esperan. Piensan en los bollitos de pan moreno que serán cocidos junto a las hogazas grandes y que les darán a ellos primero, una especie de golosina que no calmará totalmente el hambre pero que les producirá una felicidad que hará temblar las manos, y siempre será igual, los vientres gritan antes de saciarse, el éxtasis salta de impaciencia. Los más pequeños a menudo lloran de emoción.

Y aunque el campo esté gris y siga cubierto de escarcha en los bordes, al día siguiente, al mediodía, todas las mujeres llevan al horno sus panes crudos, y las acompañan un montón de chiquillos que se ríen anticipadamente, nerviosos como tábanos. Sobre los panes las mujeres han trazado un signo para reconocerlos, me refiero al de cada una, para que nadie se equivoque. En tiempos de opulencia quizá no sería necesario. En cambio hoy están atentas, trazan rayitas, círculos, cruces o asocian todo. Les da igual que Magne se sepa su horno de memoria y el orden de los panes, está tan acostumbrado después de casi treinta años de oficio. Sabe dónde colocar, sobre las piedras ardientes, los panes de cada familia, les ha asignado sus lugares mentalmente, podría situarlos con los

ojos cerrados, sacarlos y distribuirlos sin cometer el mínimo error. Pero resulta que si solo hay lo justo para comer, hay que contar. Ni siquiera es una operación de cálculo, es un reflejo. La vida ha endurecido a las mujeres, a esas madres que mirarán para otro lado mientras sus hijos se comen sus panecillos calientes cuando estén listos, no confesarán a sus maridos que han cedido, y, para no sentir sus estómagos retorcerse, recogerán las migas, dirán que con eso les basta.

Magne hace al menos tres turnos de cocción al día, el horno no es tan grande como para una sola tanda. En general, las mujeres van a recoger su pan y se quedan allí. Es un día en el que sienten que tienen derecho a estar un rato charlando entre ellas, las tareas pueden esperar, no se escaparán. Luego se llevarán a sus casas cincuenta kilos de pan, así que se permiten descansar y dejar que pase el tiempo, aún mejor, se toman su tiempo, algo que aquí se desconoce. Alrededor del horno hay piedras y trozos de madera, bancos hechos de cualquier modo que se van acumulando a lo largo de los años, los suficientes para que cada cual se siente hasta que terminen las hornadas. Después de los bancos están las carretillas colocadas ordenadamente unas junto a otras, y en ellas las mujeres apilan los panes a medida que Magne se los devuelve con esa bella corteza gruesa bien horneada y ese aroma que marea.

Hoy es diferente. Las mujeres preguntan cuándo estarán listos sus panes y regresan a sus casas. Hace demasiado frío para permanecer frente al horno: solo se quedan aquellos cuyos panes se estén cociendo en ese momento, los de las siguientes hornadas se van a esperar protegidos del aire. La gente no se pone a charlar. Ni a reír. La mayoría han traído dos leños en vez de tres, y se raciona la harina: en lugar de saciarse ahora y luego estar con el estómago vacío dentro de un mes, las mujeres prefieren sentir hambre todo el tiempo, calculcan las oportunidades que tienen sus familias de sobrevivir si ellas se privan, y lo llevan haciendo desde el final del otoño. Las malas estaciones han aguado la fiesta. Estamos al borde del precipicio y fingimos que no pasa nada.

Así que seguimos correteando. No sé de dónde nos viene la energía para jugar en el aire helado de nuestros campos. Nos frena la falta

de comida, y sin embargo algo tira de nosotros sin remedio, nos quita esa gravedad de los adultos, nos arrastra. De los tres hijos de Eugène, Germain es el más serio, ya se ha hecho mayor. Pero nosotros. Madelaine, Artaud, Mayeul y yo. Es nuestra manera de decirle a la muerte que no nos atrapará: cantamos, caminamos, saltamos.

Arrastramos los pies. Nos da igual, puesto que vamos corriendo, con el cuerpo sucio bajo la ropa que ya nadie se quita para dormir. Y los hijos de Eugène apestan, igual que yo, que siempre he apestado; sus cuellos están grises de mugre, las zamarras huelen a piel agria, a una capa de sudor pegada a otra, nos tapamos con todo lo que encontramos de noche para intentar dormir unas pocas horas. La chimenea nos salva aunque esté fría por la mañana, el primero que se despierta la enciende, hemos adquirido la costumbre de vivir a menos de un paso de las llamas. Nuestro universo se encoge. Pequeños días, pequeños espacios, pequeñas salidas. Solo el hambre es inmensa. Bebemos para olvidarnos de ella, para engañarla, ya no podemos más de tanto beber, nos da ganas de vomitar, sentimos espasmos en el estómago.

Yo estoy fuera más que los demás. A menudo Madelaine se viene también y siento esa complicidad de nuestros seres salvajes. Nos vamos los dos al bosque, somos unos guerreros, no tenemos miedo a nada. Llevamos en nosotros esa inconsciencia, o esa omnipotencia. Sabemos que es falso: no somos invencibles. Solo hacemos como si lo fuéramos. Si aceptáramos que tenemos miedo, no haríamos nada. No sabemos qué es el pavor, o solo un poco. A veces Madelaine, con voz soñadora, me recuerda que los dos, solo nosotros dos, sacamos al corzo muerto del bosque. Los demás huyeron. Pero nosotros. Me da una palmada en la cabeza. Tú y yo, Bran.

Ese es nuestro vínculo. Nuestra temeridad común.

Además de que yo haría cualquier cosa por ella.

Caminamos por el bosque salpicado de nieve y basta con oír nuestra respiración para sentirnos tranquilos. Miramos cada uno hacia nuestro lado —una rama doblada por la helada, unas hojas secas removidas por un jabalí, el cielo atiborrado de sol o de lluvia

helada— y sabemos que estamos juntos. Por eso no sentimos miedo. Estar juntos nos da fuerza. Si ocurre algo, creo que sabremos reaccionar: rabia, alarma, alegría, deseo o violencia. Nunca temblores de miedo. Ni de terror. Somos impermeables a esa sensación, no hemos crecido con ella. En eso somos distintos de los hijos de Eugène, que tienen el miedo clavado en el cuerpo. Transmitido por sus padres y por los padres de sus padres. Nosotros no tenemos nada de eso.

Nosotros tenemos coraje.

Nosotros tenemos rabia.

Ya lo he dicho, seguimos siendo más bien pequeños. Así es como sobrevives en circunstancias extremas: los seres más altos, más grandes, los que necesitan más alimento y calor, son los primeros en morir. Los más modestos, como nosotros —raquíticos, minúsculos, arrugados—, los más sobrios, situados en el lugar que arrebatan al universo, resisten. La naturaleza, cuando crea situaciones difíciles, no salva ni a los más bellos ni a los más imponentes, preserva a los más fuertes y los mas fuertes son los que tienen menos exigencias. Madelaine y yo pertenecemos a estos últimos. Padecemos el frío, pero mucho menos que los demás; padecemos el hambre, pero no nos inmoviliza, nuestros cuerpos se acostumbran, son ciudadelas inexpugnables; y nuestras mentes, tierra quemada. Y aunque se hayan olvidado de que Madelaine no es la hija real de Ambre, pues las dos tienen esa belleza sobrecogedora, yo veo lo que las distingue y las separa. Ambre es absoluta y únicamente hermosa. Madelaine tiene además una dureza incomprensible. Ambre es una piedra que se puede estropear, deshacer, resquebrajar; Madelaine, un diamante que nada puede cortar.

Recuerdo a propósito de esto a un comerciante que se presentó un buen día en la plaza del pueblo. Hablaba de una piedra que tuvo en su poder durante un tiempo. Una piedra que se volvió más rara y codiciada, más costosa, porque poseía unos elementos particulares: unos cristales que la fragilizaban y a la vez le conferían una brillantez extraordinaria. En Madelaine, adivino esa fisura. No es una debilidad: es una brecha. Sin ella, la pequeña solo sería rudeza.

Ambre y Aelis son las únicas que acceden a ese corazón. Cuando Madelaine flaquea, aunque no lo muestre —mostrarlo sería exponerse voluntariamente, al igual que el caballo que se deja espolear—, se refugia en ellas. La mayoría de las veces es a causa de Germain. Pues el mayor la trata mal. No por maldad, sino por su dureza, es más duro con ella que con sus hermanos. Él siente que si dejan suelta a Madelaine, nadie podrá controlarla. Como con los animales indomables: hay que tenerlos bien amarrados, con firmeza, desde el primer día hasta el último, si no, solo servirán para ser sacrificados.

La pequeña ayuda en la parcela de Eugène, para ganarse las verduras que él le dará. A ella le gustaría hacer el trabajo de otro modo, a su manera o en un orden diferente, en diagonal, en lugar de obligarla a hacerlo recto, y el hijo mayor se niega. A Madelaine le salen chipas de rabia por los ojos. Le pregunta el motivo. Le explica lo que ella propone. Germain mueve la cabeza, no será una chica la que.

¡Ah, ah!, grita ella. ¿No será una chica la que te va a enseñar como traer a casa un corzo, por ejemplo?

Se desafían con la mirada. Madelaine mide una cabeza menos que él, pesa la mitad que él, tiene la edad de Mayeul. Y claro, es una chica. Y siempre será más fina, más pequeña. Germain la observa de arriba abajo. La echa de allí. Le dice: a casa. Vete a tu casa. Si ella se niega, él la empuja. Puede suceder que lleguen a las manos, y nosotros, Artaud, Mayeul y yo, no sabemos qué hacer, esperamos a que pase. No sirve de nada entrometerse, salvo para estropear las cosas. Yo grité una o dos veces y solo sirvió para que Germain me diese un golpe. La pelea siempre acaba igual: Madelaine se va soltando insultos, y luego se calla para que no la oigamos sollozar.

Yo regreso a casa con ella. Camino detrás, en silencio. No sé si se da cuenta de que estoy ahí o si le da igual, y yo lo entendería, no la hemos apoyado, ayudado. Regresamos a Les Montées, me paro en casa de Rose, la pequeña me pone mala cara. La veo correr hacia las granjas, correr hacia las siluetas de Ambre y de Aelis, la primera que la reconoce la llama y se adelanta hacia ella. Sus brazos se cierran a su alrededor y yo la pierdo. Su mundo me es ajeno; es un

mundo de mujeres donde tienen derecho a estar tristes, un mundo que se me escapa, nunca he oído llorar a Eugène ni a sus hijos, ni a ninguno de los hombres de La Foye. Madelaine llora de rabia, de despecho, de impotencia, aunque siguen siendo lágrimas. Se abandona en los brazos de las gemelas. La besan, la tranquilizan. La refuerzan. Nosotros solo contamos con los golpes y la obstinación para enderezarnos y hacernos fuertes. Observamos ese diminuto universo que forman las mujeres entre ellas, que les envidiamos; a nosotros también nos gustaría que nos consolaran cuando la vida nos agobia, lo deseamos con toda nuestra alma. Pero nadie reconforta a los hombres. No lo necesitan. Estamos devorados por ese deber de fortaleza, obligados a ser invulnerables, a espantar nuestros miedos y nuestra desesperación hacia el fondo de nuestros vientres. Reventamos por falta de amor.

Al día siguiente, Madelaine regresa. Ha desaparecido de ella cualquier huella de llanto. Se ha reconstruido. Se rio con Aelis mientras barría el corral, cocinó una sopa con Ambre, se acurrucó, se ovilló, se refugió. Las tinieblas desertaron de ella. Los abrazos de las mujeres alivian las heridas, y el alba acabó de limpiar las ideas sombrías. Me despido de Eugène y del gran caballo a quienes acompañaba, me reúno con ella correteando, hago piruetas a su alrededor. Ríe y me agarra, me dice alguna maldad que ya no siente, para demostrar que me ha perdonado, esa es su manera. La vida se abre de nuevo.

Los años avanzan lentamente. Es una de las virtudes de este mundo, que sea perezoso, que nos deje tiempo para nosotros, como si tuviéramos que realizar algo, algo distinto de luchar para sobrevivir, algo antes de morirnos. Los años avanzan, pues, en ciclos largos, estaciones desapacibles, la lluvia y las heladas ocupan mucho espacio. Los mayores dicen que antes era peor, que volverán esos tiempos, la última vez fue igual: la tierra se trastornó poco a poco, antes de derramar su ira sobre los hombres, fueron dos años terribles. Yo he visto a los habitantes de La Foye amenazar a los viejos con los brazos alzados, para que se callaran, aves de mal agüero. Cada día nos empeñamos en demostrar que mienten. Comemos, aunque la calidad del trigo es a veces tan mala que

seguimos con hambre después de haber cenado, no queremos escuchar lo que dicen los mayores, queremos vivir.

Madelaine crece con la misma lentitud con la que pasan los años, pero ahora ya no decimos que es nuestro hermano, se parece demasiado a las chicas. Nos sigue como siempre sin descanso, por los bosques, por los cultivos, nos da lecciones: eso no se hace de ese modo. Sencillamente, ya no podemos engañarla. Tiene el pelo largo y la mayoría de las veces se lo tapa bajo una cofia fina; eso cuando no la pierde. Sus rasgos no tienen nada que ver con los de Germain o Mayeul, que son cada vez más marcados. Ahora nos damos cuenta: hay hombres y hay mujeres. Si ser mujer significa quedarse en la granja y ocuparse de la casa y del corral, Madelaine se niega a ello. No forma parte de esas chicas. Ambre y Aelis se meten con ella cariñosamente, todavía es joven, y el tiempo, una vez más, el tiempo le enseñará. Madelaine refunfuña. No quiere. Yo sé por qué, he visto lo que es ser mujer aquí. Y aunque no lo supiera, la pequeña lo ha contado. A ella también le ha ocurrido. Lo peor es que si no fuera Madelaine me daría igual. Hasta que no llegó Madelaine yo miraba para otro lado. Pero tiene relación con ella y ya no puedo decir que me sea indiferente.

El día en que Léon la tocó.

Yo no lo vi. Ella me lo contó después, con las manos temblándole todavía.

Estamos sentados sobre un seto helado, aunque no sentimos nada, las palabras de Madelaine contienen más calor y más odio que el frío de la tierra. Entiendo que se ha acabado, Léon ya no será jamás su padre. Ya no deberá llamarlo así. Ya no deberá decir cosas buenas de él; en el fondo, no es tan complicado.

Y ello me recuerda las noches de fiesta, cuando la gente del pueblo baila y bebe, pues no existe fiesta sin un poco de vino, el vino barato del sur que ellos compran, el que da acidez pero se sube a la cabeza, es lo único que piden: que se les suba a la cabeza. El vino, el calor, el cansancio. En ese momento, salen las manos y se creen que les está permitido todo. A veces siento vergüenza. Las manos suben o bajan, nunca se quedan donde estaban al principio. Las mujeres, las muchachas ríen.

Luego dejan de reír.

Ambroisie-Hijo no es el único.

Quizá la vida es la que nos vuelve así. Una vida demasiado ruda, que nos pone a menudo a prueba; la amargura y la frustración se acumulan. Entonces, si uno de nosotros puede convertirse en amo y dejar de ser por un momento un paria, si se encuentra con una pizca de poder, no lo duda. Débil con los fuertes y fuerte con los débiles. Los llamamos viciosos. Son sencillamente hombres.

A Madelaine le pareció extraño que esa mano se deslizara debajo de su falda una mañana en la que Ambre no estaba en casa, pues había ido al pueblo a trocar dos o tres verduras por otra cosa. Madelaine lo cuenta: la asquerosidad de un gesto molesto, ese tufo a bajeza, y cómo retiró la mano de Léon bruscamente, con los labios encogidos y los dientes picudos de bestiecilla salvaje. Venga, dijo Léon con naturalidad, como si fuera evidente, como si hablara con una potrilla mal domada y bastara con decir eso para que todo pasara, para recomenzar.

¿Ves?, dice Madelaine, con la respiración de nuevo entrecortada, ¿ves, Bran?, si hubiera estado enfadado, si hubiera estado violento. Nada de eso. Todo parecía normal. Madelaine necesita brutalidad para oponer resistencia, necesita un choque frontal, y Léon le sonreía. Ella se creyó que sonreía porque no había nada malo en ello. Dudó de sí misma. Ni por un instante desconfió de la sonrisa de Léon, de la certidumbre de lo que hacía.

Que él podía. Que iba a. Que casi estaba en su derecho. Su respiración fue la que lo cambió todo. Madelaine se quedó inmóvil, un poco perdida, y luego esa rara sensación, que parecía una parálisis; no se atrevió a moverse, y se puso a pensar a toda velocidad.

Pero la respiración de Léon.

Entrecortada. Menguada.

Le recordó lo que oye de noche, a veces, cuando sus padres creen que ella duerme, o les da igual, y sobre el jergón en un extremo del cuarto se acuestan el uno sobre la otra con unos ruidos sordos. Por instinto sabe lo que es. Ya ha observado a los perros y a los cerdos acoplarse fuera en la granja y el parecido salta a la vista.

Nadie habla de esas cosas, pero se llevan en la sangre, si te cruzas con ellas las reconoces.

Así que ella dio un salto.

Gritó como cuando bufa un gato —nada que fuera comprensible —, gritó, con las orejas tiesas como los perros cuando activan los sentidos, los dientes abiertos como una amenaza. Léon alzó la voz regresando hacia ella y Madelaine cogió un cuchillo que había cerca de la hornilla y rasgó el aire.

Entonces Madelaine ríe con una risa muy fuerte, llena todavía de furia; por poco le raja el pecho a Léon, que no se lo esperaba. Y se cayó Léon, y Madelaine me lo cuenta y me lo enseña con las manos, con un gesto, el gesto de darse un batacazo: se cayó debido a su pierna defectuosa, tropezó con una silla y acabó en el suelo. En solo una fracción de segundo, Madelaine se vio fuera. Se imaginó saltando por encima de Léon y huyendo por el campo en busca de Ambre. Contárselo todo. Pero ese primer reflejo se esfumó; mientras el cuchillo seguía ahí, entre ellos, ella se arrodilló junto al hombre tendido en el suelo. Lo miró. Él alzó sus ojos hacia ella, unos ojos rabiosos, hasta que vio la hoja del cuchillo. Madelaine seguía mirándolo, y había ese destello en ella, ese brillo de odio. Ella esperó. A que ante ella la rabia titubeara. A que Léon recordara que ella sabía servirse de él, del cuchillo. Ella era la que ahora degollaba los pollos, pues a Ambre nunca le había gustado hacerlo. Ese año había sido ella la que había rajado la yugular y la carótida del cerdo cuando la matanza en la granja de Eugène.

Madelaine no se movió hasta que Léon lo adivinó.

Con una rabia fría, implacable, entendió en medio del fulgor el modo con que ella le rajaría la garganta, con qué rapidez, si lo intentaba de nuevo. Y supo que eso era lo que Madelaine quería: que se enterara bien. Que pensara en cuál sería su muerte en caso de. Así que Léon agachó la cabeza. Y yo sé que no la agachó porque se arrepintiera, sino porque había fracasado. Madelaine no sintió miedo. Se resistió. Ella es una anomalía.

Pero Léon es malo, actúa con disimulo. Estoy seguro de que tuvo la tentación de echar a Madelaine, de expulsarla de la casa para borrar la afrenta. Él no está unido a la pequeña, para él no es de su

sangre. Él no le debe nada, es una vagabunda recogida por Ambre que come en su mesa porque él lo tolera, y quizá eso ya ha durado demasiado. Pronunciar las peores palabras, de eso es capaz ese hombre mezquino, amargado por la existencia, con esa acritud que solo ve los defectos y las carencias, y las cosas del revés. Con ayuda de vino barato, se ha resbalado hasta lo más bajo de su alma.

Léon ha cedido porque sabe que Ambre no le perdonaría echar fuera a la pequeña, sabe que no puede. Sin duda, ni siquiera lo desea, se ha encariñado con Madelaine. No entiende dónde está el problema. Su mano se extravió por reflejo, por casualidad, porque ella empieza a tener formas, ya no es una niña pequeña. Léon se lo dijo a Madelaine, ¿dónde está lo malo? Llevamos generaciones haciendo esto. Él no ve por qué habría que dejar de hacerlo, eso es todo. Y además Madelaine no es su hija, no es como si. Es otra cosa: como si él tuviera una sirvienta, una criada, alguien en su casa que no es de su familia; con las sirvientas uno hace lo que se le antoja.

Pobre Léon, nunca tendrá una sirvienta.

Madelaine me mira. Él le dijo todo eso. Ella recibió las palabras como una paliza y agachó la cabeza, aturdida. Eso era lo que él quería. Un instante de distracción. Que bajara la guardia, que su rabia se paralizara; y Léon tendió la mano inesperadamente, arrancándole el cuchillo a Madelaine, y lo lanzó al otro extremo del cuarto. Se echó a reír. ¿Y ahora qué? La acorraló contra la pared.

Es tan ligera la niña. Su salvación es su viveza, su rapidez, aunque si la sujetan, no tiene fuerza. No puede liberarse, no sin su cuchillo, no sin su destral. Por eso odia ser una chica. Sintió que la mano de Léon volvía. Gritó, se la mordió en vano. Un golpe en la cabeza y ella dejó de defenderse. Entonces oyó otro grito. Detrás de Léon. Una voz indignada. Ambre de pie, pálida, agarra el atizador. Dice: suéltala.

Observo a Madelaine. Se ha callado. Le brillan los ojos, me fijo en las lágrimas. Me pregunto si se derramarán, si se las secará antes con un gesto. La veo tan pequeña, tan infantil. Tiene las manos sobre su destral. Dice que jamás lo soltará, nunca, ni siquiera para dormir.

De no ser por Ambre.

Las mujeres, siempre.

Me acerco, me abraza. Sus brazos alrededor de mi cuello. Aprieta fuerte. Golpeo mi cabeza contra la suya y no me muevo, espero a que pase, me quedo con su rabia, con su pena, hago una bola con ellas y las tiro lejos. Nos quedamos mirándolas en silencio, el invierno crea una luz amarilla y fría.

Germain, con dieciséis años, consigue una parcela a su cuidado. Se lo pidió a su padre, ya tiene edad y fuerza, ha aprendido. En un primer momento, Eugène se calla. Siempre se ha negado a trabajar los campos de los Ambroisie. Lo que él quería era marcharse. Era de los que soñaban con irse del Pays-Arrière. Se había preparado, lo había imaginado en su mente: su hermano mayor, Tébald, se quedaría con la granja, era muy sencillo. Entonces Tébald murió, como muchos otros, un accidente labrando, y todo cambió: Eugène se convirtió en el hermano mayor. El mayor no se va. Él lo sabía. Respiró profundamente y aceptó el destino una vez más, pero él no trabajaría las tierras de los Ambroisie, donde la sangre de Tébald se había derramado. Jamás cultivó sus prados. En su granja estaba obligado, pero los Ambroisie no tendrían su trabajo. Heredó el caballo de tiro y se dedicó a transportar madera. Los grandes bosques de explotación, más allá del Basilic, pertenecen a otros amos, no son de los Ambroisie. Nadie se imagina en La Foye el rencor que anida en el fondo del pecho de Eugène, se creen que es la rabia común, la de la falta de todo, la que sienten los hombres de aquí y a la que renuncian por comodidad. Y sin embargo la sienten en sus tripas al ver crecer un trigo que no los alimentará, o muy poco, y del que además les quitarán la mitad, y sobre cuyas cosechas les exigirán impuestos. Los campesinos sienten que labran en vano, que siembran sin esperar recompensa alguna, bien porque los amos les quitan demasiado, bien porque el clima gangrena las cosechas. A fin de cuentas, no queda ni para alimentar a tu familia. De cualquier modo, las fincas son muy pequeñas para conseguirlo, y aunque fueran más grandes, ellos serían incapaces de explotarlas, el trabajo es agotador, no hay herramientas ni dinero para comprarlas. Nadie sabe cómo salir de ese círculo amargo en el que Eugène no

quiere entrar. A donde va él le pagan con dinero, no con cereales. No depende de las estaciones, ni de la sequía ni de la helada ni de las plagas.

Y quizá sea que sencillamente le gusta ese oficio solitario. En los lugares donde trabaja oye el ruido del tronzador y de las hachas de los leñadores, el de los troncos que crujen al caer, las voces que gritan. Ese es su universo. Es de los pocos que posee un caballo que tira dos veces más rápido que los bueyes, y le pagan mejor que si explotara la tierra. Está orgulloso de ello. Lo obsesiona, también, pues su privilegio depende solo de su fuerza y de la salud de Jéricho, al que cuida con esmero durante todo el año.

Y ahora Germain.

Germain quiere ese oficio que Eugène desprecia.

Tienen que pedirle tierras a Ambroisie-Padre. Eugène ha avisado a su hijo mayor sobre los alquileres que suben incluso en los años de hambruna, sobre el trabajo con la azada y la laya que te dejan derrengado, pues aquí hay pocos bueyes; en La Foye solo dos, que pertenecen a los Magne, la familia del panadero, y no los ceden nunca. El clima se ha vuelto más duro; los viejos que viven todavía dicen que la tierra produce menos hoy que cuando ellos eran jóvenes, las cosechas multiplican las semillas por tres en lugar de por cinco, y eso cuando la helada o la podredumbre no acaba con todo. Pero Germain sigue firme con su decisión y Eugène claudica. Solo tiene un caballo, no pueden transportar más madera, no tiene sentido que vayan todos al bosque si los hijos no quieren ser leñadores. Germain lleva años ayudando en el campo, trabaja como obrero agrícola para otros: le gusta la tierra. Quiere la suya. Lo conseguirá con Artaud. Ellos dos juntos son incansables, y traerá un poco de margen, un poco de seguridad por si le ocurriera algo al caballo. Eugène asiente con la cabeza, Germain tiene razón, está dispuesto a correr de una parcela a otra; son pequeñas y están dispersas. Para obtener cinco hectáreas hay que contar con una decena de lugares. Germain sabe todo eso, está conforme, correrá de un lado a otro de la tierra.

Germain consiguió de los amos las tierras de censo a mediados del invierno, demasiado tarde para sembrar; habrá que esperar

pacientemente los trigos de primavera, el alforfón o la avena. Mientras tanto, debe preparar el suelo, si no se ha endurecido mucho por la helada, debe pensar en la rotación de cultivos, sabe que aquí se siembra un año cereales de otoño, y, al siguiente, cereales de primavera, y al tercer año, la tierra reposa. De las cinco hectáreas que tiene, solo cultivará algo más de tres cada año, y ya le parece mucho, aunque no bastarán para dar de comer a todos; se empieza a marear, son demasiadas cosas en la cabeza. Eugène le da consejos, recuerdos de un tiempo en el que sus propios padres cultivaban la tierra. Podrían dedicar un terreno a alfalfa para el forraje de Jéricho, así no habría que comprarlo, se ahorraría. Para el resto: grano, grano, grano. Esa es la riqueza, la que garantiza que se llenen las barrigas. Grano para hacer pan, cuanto más, mejor, lo demás, trigo candeal y centeno; habrá que mezclar las harinas, el alforfón exige poco y es un valor seguro. Germain sueña con ello de noche, duerme mal, la tierra se labra en su mente.

Tres veces, dijo Eugène.

Se labran tres veces los campos para que crezcan los cereales, con la azada y la laya, y con la fuerza de la espalda y de los brazos, se ablanda el suelo, se vuelve acogedor; es como con los jergones de la noche, si Ambre y Aelis no los sacuden, no les dan golpes, no los airean, se vuelven duros como la madera.

German lo conseguirá.

En cuanto los días se lo permiten, empieza con Artaud a remover sus campos. Salen de casa al mismo tiempo que Eugène, al despuntar el alba, se separan enseguida, el padre va hacia el oeste y el río Basilic y los bosques, ellos hacia el norte y el este, donde tienen sus parcelas en las lindes de los bosques más jóvenes. Salen, ya haga sol, viento, lluvia; solo los detienen las bajas temperaturas, cuando las herramientas rebotan contra la tierra acorazada por el hielo. Germain se las ha comprado a crédito al herrero, pocas herramientas, en realidad, y se las pagará con la primera cosecha. Vienen a añadirse a las layas y los escardillos de los abuelos muertos; son las que lleva en la carretilla, así no necesita regresar a casa si se rompe un mango o se tuerce algún hierro.

Mayeul y Madelaine los acompañan, a menudo, cuando labran las tierras que bordean los bosques de robles. Los más jóvenes llevan los dos cerdos a la montanera y recogen leña. Espían a los dos mayores mientras trabajan fatigosamente en medio de los surcos trazados bien derechos; el esfuerzo les parece colosal y magnífico. Cuando paran los cuatro a la hora del ángelus para compartir el pan, Germain, con la cara cansada, se ríe y se sienta. Habla de los granos que sembrarán, de los plantones que crecerán como judías mágicas; ha previsto cereales para los dos tercios de los cultivos y leguminosas para el resto, o sea, habas y guisantes que dan cosechas generosas, mucho más resistentes si la estación resulta difícil. Habla de la primera siega como si fuera un tesoro, y sin embargo aún queda lejos; por el momento, el campo es un montón de terrones huecos. En torno al pan compartido, brillan los cuatro pares de ojos.

Dentro de poco, Madelaine y Mayeul cuidarán a regañadientes de los animales: hay cosas mejores que hacer en el campo. Los cerdos no se cuidan solos, y Aelis y Eugène prefieren que por ahora no ayuden en las tierras. La familia también sirve para eso, para distribuirse las tareas, a cada cual le corresponde una carga, ellos mismos provienen de ese aprendizaje, primero el corral e ir a por leña, a los cuatro o cinco años, luego las tareas aumentan a medida que crecen los niños, el campo será para más adelante. Lo que ocurre es que Madelaine no se conforma. Discute. Protesta. Una mañana, les dice que Mayeul y ella producirían más, o mejor, ayudando a los mayores que corriendo detrás de los cerdos, esa tarea estúpida que cualquiera podría hacer y que la gente del pueblo encarga a críos bobos. Y ellos no son tontos, merecen un trabajo de verdad. Aelis la manda a paseo con brusquedad. Pero Madelaine se va, sin los cerdos. Y deja allí a Mayeul, a su tía y a los animales. Regresa a su casa. Ambre se sorprende al ver que ha vuelto tan rápido: Madelaine le dice que ya no será porquera, quiere las herramientas de Léon para ir a trabajar con Germain y Artaud, va a por ellas al granero. Cuando Mayeul bordea los campos con los cerdos a la hora del ángelus, los ve a los tres, a sus hermanos mayores y a su prima, encorvados hacia la tierra, con un sudor sucio

que oscurece sus rostros. Ella lo llama. Él grita que no puede, por los cerdos, por ella también. Madelaine se encoge de hombros y exclama: ¡déjalos! Mayeul duda y le puede la tentación, corre hacia ellos. Al principio, los cerdos hurgan en el suelo, dando vueltas. Al cabo de un rato se alejan. Mayeul los observa, incómodo, no son solo animales, es el alimento de toda la familia, su sustento, su supervivencia. Acaban desapareciendo y él ya no puede aguantar más: salta tras ellos. Germain se burla de él, lo trata de cobarde, y su voz resuena en los bosques de alrededor. Al caer la tarde, cuando regresa a casa, Mayeul arroja su capa y su cayado en un rincón del cuarto, sin decir palabra y con cara de mal humor. A Eugène, que le pregunta, Artaud le cuenta lo ocurrido. El padre se echa a reír. Otra vez Madelaine, piensa para sus adentros. Le gusta su modo de exigir, el afán de trabajar más; si la pequeña se negara a ayudar, lo enfadaría. Vaya, se dice, me equivoqué con ella.

Al día siguiente, Aelis contrata a un niño del pueblo de unos ocho años, a cambio del pan del mediodía y de una ración para la cena, para que la ayude, como lo han hecho hasta entonces sus hijos, en el corral, en el huerto o con los cerdos, en todas las tareas que le encarga sin miramientos y que él cumple sin decir palabra para conseguir su pitanza. Entre la gente del pueblo, es costumbre contratar a los hijos de los vecinos para que se vayan acostumbrando al trabajo, y porque significa una boca menos que alimentar para las familias más pobres. Aelis libera a Mayeul; Ambre, a Madelaine; y nos dirigimos a los campos de Germain. Siempre vamos juntos, un clan de paso lento, suavizado por el cansancio. Germain y Artaud empujan la carretilla con las herramientas, se van turnando. Madelaine y Mayeul no se libran de las labores del campo. Si uno de ellos tropieza por el cansancio al final del día, Germain lo sienta en la carretilla y lo lleva adormecido por el traqueteo del camino, y, de vuelta a casa, apenas come antes de desplomarse hasta el alba, hasta el momento en que un hermano o su madre lo despierten y deba recorrer nuevamente los caminos que conducen a las parcelas. Semana tras semana, a pesar del mal tiempo, hay que remover, arañar, rastrillar la tierra. Germain mantiene en barbecho dos parcelas donde pastan las ovejas de un campesino del pueblo,

que a cambio le da estiércol. Los suelos son pobres, están ávidos de unos abonos que nunca se encuentran en cantidad suficiente. Todo lleva tiempo y es difícil, dice Mayeul con desesperación en su voz. Habrá que adaptarse a la naturaleza, aprender a ser pacientes, aceptar que a veces todo se destruye. Antes que nada, empezar de nuevo: trabajar y remover la tierra, sembrarla, arrancar las malas hierbas, cosechar. El ciclo es circular e infinito. Es motivo de agotamiento y de asombro, porque, a diferencia del hombre, la naturaleza se recupera siempre, incluso mal o incluso no lo suficiente. Mientras tanto, el invierno nos congela la nariz y los oídos y solo podemos suponer cómo será nuestra tierra una vez plantada y crecida. Por el momento, parece un gran campo vacío, como destrozado por los topos, nos cuesta imaginarlo pleno y verdeante. Pensamos en los años malos del pasado, cuando se heló la mitad de lo sembrado, o se pudrió, o se secó antes de crecer. Germain da una palmada en el aire y nos sobresaltamos. Estamos aquí. Volvemos a la faena, nos olvidamos de que podríamos fracasar.

Es un día blanco y frío, uno más, y Germain lleva casi una semana sin ir a los campos. A partir de ahora, por la mañana, Artaud y él acompañan a Eugène, allá en los bosques se necesita ayuda con la madera, la que se corta sobre el terreno y se amontona para llevarla luego en los carros. Mayeul, Madelaine y yo le gastamos bromas al chico que contrató Aelis, que corre de una tarea a otra por la granja. Quizá vayamos con él a sacar al cerdo, el único que queda, ya que el otro se sacrificó en Navidad según la tradición: un cochinillo en diciembre, y el otro, que tal vez alcance los cien o ciento veinte kilos, en febrero. Cada final de verano, estamos encantados cuando Eugène trae los lechones comprados en la granja de los Constant, que tienen tres cerdas. La mitad del pueblo se abastece allí porque su verraco da unos cerdos grandes y gordos, y eso vale unas cuantas monedas que Eugène y Léon les ponen sobre la mesa, o a veces Léon intercambia un cochinillo por unos zuecos nuevos. Nadie pone ningún pero, la carne será buena. Recuerdo los tres días de fiesta con motivo de la última matanza en el pueblo, en la que sacrificaron seis animales en una semana, uno cada día, tres en el pueblo mismo y tres en las granjas. Un día para matar y hacer la

morcilla, un día para la carne y el jamón, y, con lo que queda, un día para las salchichas. Después se sala y se pone a secar. Tenemos la sensación de ser felices. Ambre y Aelis le llevaron algunas tajadas a Rose, me parece ya muy lejano ese momento, ya no huele a carne en nuestra casa, solo a un poco de tocino que cuelga de la chimenea y que Rose corta con moderación.

A Madelaine no le importan los cerdos, ya no le interesa cuidarlos ahora que somos mayores. Ahora que somos campesinos de verdad, con nuestras tierras, pues nos apropiamos de los campos de Germain. Y, como no tardamos en aburrirnos, corremos hacia los bosques. Llegamos lejos. No gritamos, no jugamos, como si nos hubiéramos vuelto adultos al tener parcelas a nuestro cargo. Por primera vez, me doy cuenta de que Madelaine tiene los pómulos altos y los ojos hundidos. Parece una chica, no una niña pequeña. Me preocupan menos los hijos de Eugène, tal vez porque son hombres. Sabemos que los hombres están agotados, que son rudos y groseros. Pero las chicas. Siempre tengo la esperanza de una redondez, una suavidad, una belleza que ni siquiera la miseria podría borrar. Las chicas no están hechas para que unos círculos morados les rodeen los ojos, unas estrías surquen sus mejillas, sus manos parezcan las de una anciana y la espalda ya esté encorvada. Madelaine tiene quizá doce o trece años, y tiene mil. Agotada por la vida, por el hambre diaria, por lo que la existencia nos exige para seguir aquí, sencillamente. Poco a poco, La Foye pierde a su gente. Desde el otoño, dos ancianos y un niño han muerto, apenas si se nota. La gente muere demasiado pronto, es como que algo se precipita. Pagamos por la acumulación de años flacos, no les prestamos atención, no hubo ningún desastre brutal como el de hace diez años; solo que es muy poco y demasiado tiempo. Los hombres siguen siendo fuertes y de golpe caen. Madelaine se reiría de mí si escuchara mis pensamientos y sin embargo está como yo, como nosotros: camina sobre un cable tan fino que el soplo de un niño lo rompería. Artaud es el único que la cuida, Artaud y las gemelas, que le muestran esa dulzura que envidiamos. Sin amargura. A veces Madelaine le pregunta a Ambre quién es, de entre todos, su preferido, y Ambre la abraza riendo y exclama: eres

tú, por supuesto. Aelis se une a su abrazo. Dice: mi preferida también eres tú, y las oigo reír, los hijos disimulan y callan, o, por el contrario, lanzan exclamaciones, se burlan de ellas, de las mujeres, que funcionan con los sentimientos, siempre; si, al menos, estos se pudieran comer, no habría penurias ni hambruna.

Caminamos, pues, Madelaine y yo, atentos a los sonidos en el frío del invierno, con esta niebla que no termina de caer. Avanzamos y nos duelen los oídos; hay que forzarlos, al acecho de un pájaro o de los pasos de un roedor. Buscamos los posibles rastros de alguna pieza de caza, hasta el punto de sufrir espejismos.

Y yo, de repente, escucho.

Me detengo y Madelaine se queda mirándome. Tengo el oído más fino de todos, adiviné el ruido que lleva el viento. Su mirada me pregunta, sin hablar. Son los cazadores, lo sé de inmediato. Son los Ambroisie. No me muevo, escucho. Deberíamos habernos ido inmediatamente. Pero me quedo inmóvil, indeciso, es justo el tiempo que echaremos en falta, después.

¿Bran?

Giro la cabeza hacia Madelaine. Ahora ella también oye el ruido sordo de los caballos en la nieve, los gritos de los hombres que espolean a los perros.

Los perros.

De un solo impulso, retrocedemos. Estamos sin fuerzas, pero huimos corriendo, nos volvemos a adentrar en medio del bosque, donde tenemos escondrijos, alguna oportunidad. No lo conseguimos. Los ladridos se acercan demasiado rápido y Madelaine ruge en voz baja, nos han confundido con animales, nos quieren cazar. Miro hacia atrás, podría correr más rápido, podría escapar, pero dejando a Madelaine, y eso no puedo ni imaginarlo. Así que la empujo y partimos de nuevo, con la respiración entrecortada y fría y el corazón ardiendo por dentro. Prefiero morir huyendo que caer bajo los colmillos de los perros. Escucho a los cazadores llamándolos, azuzándolos, y me imagino a los que los adiestran tirando del collar. El pulso nos late en los oídos como unos tambores ensordecedores.

Por aquí, dice Madelaine, y no reconozco su voz ronca.

Seguimos corriendo. Los árboles pelados nos protegen unos minutos, unos segundos más. Da igual, solo pensamos en alcanzar nuestras casas, en la suerte que tendríamos de llegar allí. No pensamos en una derrota. Toda nuestra mente, toda nuestra alma se dirige hacia Les Montées.

Seguimos corriendo.

El sonido de nuestros pasos sobre las capas de nieve, el del rascado de nuestros tropiezos. Madelaine, con la boca abierta y el poquito de aire en sus pulmones saturados.

Seguimos corriendo.

Mis ojos lloran de frío. Siento que el corazón me salta bajo las costillas y sube hasta la garganta. Ya no tengo cuerpo, solo miembros y órganos, y todo se disloca bajo el efecto del frío, de la huida, de mi respiración entrecortada.

Me detengo y Madelaine se inmoviliza dos pasos por delante. Adivinamos la vibración. Madelaine no tiene tiempo de entender, solo es un ser humano, pero yo. La imagen se clavó en mi mente en solo un fulgor.

Y como sé que Madelaine no puede escapar, que todavía no ha identificado el sonido de la ballesta en el momento en que se dispara y que disponemos de una fracción de segundo antes de ser alcanzados mortalmente, me lanzo. Los músculos de mis patas se desgarran por el esfuerzo, me propulso hacia ella como una bola de fuego. La flecha me golpea justo en el costado mientras salto protegiendo a Madelaine con mi cuerpo. Dolor. Inmenso, penetrante. El grito de la pequeña, sus manos en mi pelaje manchado de sangre mientras caigo en la nieve. Sucede muy rápido. Con el hocico abierto, aspiro una bocanada de aire, tal vez una bocanada de niebla. Madelaine grita mi nombre. Y luego todo se borra.

TRES

El invierno ha pasado sobre la pena de Madelaine. Como ocurre con la de los hombres, la muerte del perro se ha vuelto invisible. Ya no se tiene tiempo ni fuerzas. Cada vez más, los pensamientos se obnubilan por la necesidad de llevarse diariamente algo diminuto a la boca. Esa privación tiene la acidez y la agudeza de las navajas que fustigan el cuerpo, la sensación es física, muy real, tanto que apenas se llora por los hombres que mueren. Llorar corroe aún más la vitalidad que tanto escasea. Junto a la ausencia de los muertos está el alivio de compartir menos las raciones de comida, de estar menos hacinados alrededor del fuego. Así que nadie entiende por qué Madelaine se entristece por un perro, cuando tantos hombres están sucumbiendo. Ella se golpea el pecho. Dice: *mi* perro. Los hijos de Eugène se encogen de hombros. Para ellos es solo un animal. Madelaine llega a las manos con Germain.

Artaud se vuelve más comprensivo en los días siguientes. Es curioso cómo, sin darse cuenta, sigue las huellas de los pasos del perro. Al regresar del campo, y si les queda tiempo para estar en el bosque, acompaña a Madelaine. Se sienta a su lado. No dice nada. Está simplemente ahí. A la pequeña solo le interesa el bosque, no le presta mucha atención. El tiempo se acumula y Artaud se convierte en una presencia habitual, al igual que las chicharras en verano, al salir de casa: nadie espera verlas, nadie piensa en ellas, pero en cuanto se oyen, se sabe que las cosas están en su sitio. Artaud y Madelaine intercambian algunas palabras, al principio para criticar a Germain o para hablar de la ausencia del perro y el odio hacia los Ambroisie, y luego lo superan, ahora miran el mundo. Artaud ha cambiado, como todos, ha ido formando un cuerpo sometido al hambre, nudoso, musculoso en la carencia. Y a pesar del cansancio, sus rasgos siguen siendo hermosos; Madelaine lo contempla a veces mientras trabaja junto a Germain, los compara, y sale perjudicado el

mayor, y eso le arranca una sonrisa. Artaud habla poco. Los días en que Madelaine escucha su voz, ella saborea el tono bajo y suave, las palabras que no dan órdenes. El hijo mediano busca un lugar donde situarse entre la fuerza de Germain y la alegría de Mayeul. Aunque sigue sintiendo fascinación por su hermano mayor, ahora es más mesurada. Sabe que Germain no lo hace todo bien. Está esa exigencia desproporcionada, esa dureza a la que arrastra a los demás, por las buenas o por las malas. Con Madelaine, Artaud se escapa. Hasta entonces el lugar estaba ocupado, y piensa, perplejo, que la pequeña quería más al perro que a él, o tal vez fue él quien se mantuvo apartado, solo, y corre para alcanzarla. Una o dos veces él la ha tomado de la mano. Le dio una extraña sensación de calorcito en el pecho.

Madelaine aguanta su tristeza y su rabia, las enterró en lo más profundo de ella, entendió que no podía hablar del perro, no así, no mejor que de un ser humano. Y es cierto que el invierno interminable la obliga a pensar en otra cosa: Léon sale poco, trabaja poco, aporta poco. La comida escasea. Si Eugène no le hubiera dado a Madelaine más de lo que le corresponde de las hierbas del jardín, si no hubiera compartido su harina porque Aelis se lo impone en nombre de su hermana, pasarían hambre en la segunda granja de Les Montées.

Y no es solo la helada, porque no dura muchos meses; es simplemente el frío y la humedad, esas mezclas hacen crujir las ramas de los árboles y estallar los tiestos de las plantas que se dejan fuera. Durante esos días, Madelaine y los hijos de Eugène se quedan en casa, atrapados alrededor de las chimeneas para intentar calentar sus cuerpos fríos como el aire, solo salen si es imprescindible. Lo imprescindible ya es demasiado: correr al bosque a traer leña para quemar porque las reservas se agotan, la leña está mojada, guardada en un rincón, secándose, las chimeneas humean hasta que al fin prende el fuego, el agua rezuma de los troncos. Son fuegos que no calientan, que primero exudan su propia frialdad. Aunque pusieran las manos encima, no se quemarían.

A veces Eugène se lleva a Madelaine a la otra orilla del Basilic. Su habilidad con el destral y su resistencia en el trabajo la convierten en

una valiosa ayuda a la hora de pelar las copas de los árboles. Así, mientras Eugène se lleva al caballo para transportar la madera, Madelaine poda, corta, ata las ramas y las amontona al borde del camino. Dice que no es muy diferente del trigo que cortó con una hoz y puso en gavillas al final del verano. Está feliz de volver a tomar el hacha y de olvidarse por un tiempo de las tierras, aunque Artaud se entristece al verla marchar con su padre y el gran caballo. Eugène sonríe cuando llama a Madelaine *mi último hijo*. Es raro que Eugène sonría, y la niña se lo cuenta exultante a su madre. Léon finge no oír nada.

El invierno pasa. Ya está. Ya no creían que llegaría la primavera, como si pudiera desaparecer. Al igual que los demás, Madelaine y los hijos de Eugène corren al campo. Las tensiones, las burlas, las jerarquías entre ellos, todo eso se desvanece en una mañana, borrado por la suavidad del aire y el cielo azul lechoso que se extiende sobre ellos. Lo barre la esperanza, la loca alegría de volver a poner a trabajar sus cuerpos. Cuentan los meses. Germain dice que trillarán el trigo rápido después de la siega para tener grano que moler, será dentro de cuatro o cinco meses, ya se ven en la tarea.

Desde el alba al crepúsculo, los primos trabajan juntos en las tierras de Germain. Entre ellos se volvió a crear la misma alianza silenciosa que a principios del invierno, al preparar la tierra. Solos no habrían logrado nada, pero, una vez que comprendieron que uniéndose todo era posible, se han convertido en una tribu. La distribución de tareas surgió con naturalidad, cada uno según sus fuerzas y su talento, porque eso los otros también lo hacen. Además, hay algo que tiene que ver con la superación de uno mismo y que ellos no expresan con palabras. Si supieran expresarlo, hablarían del amor: el de las familias y el de la sangre, el de la lealtad y la entrega, el que se adhiere a las entrañas y los levanta cuando caen de cansancio; el amor que los lleva a ayudar a quien tropieza. Sienten muy hondo ese vínculo sin poder nombrarlo, está en ellos, escrito en su carne, ese vínculo forjado quizá con el mismo fervor que el de las madres que protegen a su prole. Los hijos de Eugène soportan cada noche la separación de Madelaine, que regresa a su casa; no es doloroso, es más bien una sensación física

extraña, una parte de los tres hermanos se aleja con ella y flota en el aire entre sus dos granjas; una punzada en el estómago, una opresión en el pecho. La energía de la mañana, cuando se reúnen, delata la carencia, el vacío y el malestar, aunque sutiles, del grupo cuando se separa por las noches. Una fuerza irradia de ellos mientras regresan a ocupar su lugar, todos de frente en el camino, Mayeul a la izquierda, luego Madelaine, luego Germain, que empuja la carretilla con las herramientas —siempre es Germain quien la conduce primero— y luego Artaud a la derecha. Mayeul es más alto que Madelaine aunque tienen la misma edad. Germain los supera en estatura. Artaud crecerá y al año siguiente será a él a quien se distinga de lejos. Son fuertes y delgados como los viejos nogales que bordean algunos campos de habas. Van de ese modo, con sus siluetas desiguales balanceándose juntas por los caminos, eso es lo importante: juntas. Al verlos de lejos, los campesinos los llaman los Cuatro. Así se los conoce.

Evidentemente, hay cansancio y cambios de humor. No es raro que Germain envíe a uno de los más jóvenes de regreso a Les Montées por cualquier motivo. A menudo es para calmar un enfrentamiento entre ellos, un ataque de rabia, un dolor. Mayeul habla como una cotorra. Artaud lo critica por charlar en lugar de trabajar. Madelaine se inmiscuye para defender a su primo, que aguanta todo lo que puede, dice ella. Germain los manda parar, razona con ellos, y, si no los convence, los separa. También suele enviar a casa a los dos más pequeños para protegerlos si los ve tambalearse en los surcos, cuando el calor les provoca mareos o el frío les congela los dedos y las mandíbulas. Alega que necesita un cuchillo olvidado, un saco, pide una herramienta que no le servirá de nada. Madelaine o Mayeul o ambos se alejan con la cabeza gacha, dudando entre el alivio de un trayecto para descansar y la humillación de una excomunión temporal; en ese momento captan la fuerza de su clan, la fisura que se produce cada vez que se dividen. Al regresar, silencio. Se sigue con el trabajo y las espaldas encorvadas vuelven a su lugar, sin palabras, solo los ojos que se arrugan en una sonrisa. Artaud le da un empujón a su prima

pequeña. ¡Venga, vamos! Cavan los surcos juntos, mañana sembrarán.
El primer año es generoso. Un golpe de suerte, por supuesto, y lo reciben entre risas, se lo llevan todo, el trigo se les escurre de las manos. Germain, a través de su padre, al no ser mayor de edad, ha pagado los impuestos señoriales por sus tierras y comparte las cosechas y las siegas, la mitad para él y la otra mitad dividida entre los cuatro, como debe ser, de manera desigual porque Mayeul y Madelaine no sacan adelante el trabajo como los mayores, a pesar del sorprendente vigor de la pequeña. Eso ya se convino y nadie protesta. De todos modos, queda muy poco: la mayor parte del grano se utiliza para pagar la tierra y a los trabajadores llegados para la cosecha, y para reembolsar las herramientas. Sin embargo, la trilla la hacen ellos, los Cuatro, y pese a los brazos doloridos por el mayal y pese al polvo, solo sienten alegría, por fin algo se ha logrado. Germain se lleva el sobrante a moler, y se reparten los sacos de harina entre ellos. El día en que los hijos muestran a su madre el carro lleno de sacos y en que Madelaine empuja hasta su casa en la carretilla lo que le corresponde —tiene que hacer tres viajes con la ayuda de Artaud—, ese día les parece una fiesta. Una fiesta que no se detendrá, pues es lo que se cree a esa edad, que una vez iniciada se ha ganado para siempre. Una fiesta que trae consigo una pizca de algo mejor, que crece año tras año, y los Cuatro comienzan a soñar con una existencia donde el trabajo agotador finalmente les permita vivir.

Madelaine también le lleva un saco de harina a Rose. Pocas veces se ven, la pequeña contempla desde lejos a la que ahora se le aparece como una anciana y el vínculo que el perro creó entre ellas ha desaparecido; pero nunca ha olvidado que Rose fue la primera que la encontró, la acogió y la alimentó. Le debe su regreso al mundo, no sabe cómo expresarlo, apenas es consciente de ello, solo subsiste la emoción si se cruza con ella, un impulso que la arrojaría a sus brazos. Lo hace a veces y Rose se ríe estrechándola con fuerza. Madelaine, al igual que Ambre y Aelis entre ellas, roba tiempo para ir a verla. La ayuda un poco en el jardín. Y cuando la edad empieza a torcer dolorosamente los dedos de la anciana,

impidiéndole algunas tareas delicadas, Madelaine entra en el fascinante mundo de las plantas. Primero se contenta con verter en frascos unos ungüentos, unos polvos de hojas machacadas o sustancias maceradas desconocidas. Y quiere entender. Rose comienza a explicarle. La niña descubre la inmensidad de su ignorancia, no solo la suya propia: la de sus padres, sus tíos, sus primos. En el pueblo, la única que tiene conocimientos es Rose. La mirada que Madelaine posa en ella brilla de curiosidad. No es solo una mujer que envejece y la necesita, a ella o a otros, para ayudarla a meter en casa la leña y remover la tierra, sino que ella también necesita a Rose. Para aprender. Es algo muy diferente de sembrar, deshierbar, cosechar. Ahora debe trabajar con la mente. Madelaine termina sus lecciones exaltada, desesperada y jaquecosa. Nunca podrá saberlo todo, recordarlo todo. Se necesitarían al menos diez años, le susurró Rose, y guardaron silencio, no quieren admitir que a Rose no le quedan diez años por delante. Se dedican a los ungüentos más comunes. Madelaine es una niña vivaracha y despierta. Avanza rápido, comprende rápido, demasiado rápido. A menudo vierte una cantidad de más o de menos, calienta una sustancia en exceso o se olvida de algún elemento. Incansablemente, Rose la corrige, le enseña la paciencia y la lentitud. En ocasiones, la obliga a sentarse después de hacer una mezcla y Madelaine debe aprender de memoria los pasos que acaba de realizar y enunciar los siguientes. La pequeña obedece con buen ánimo, progresa, pero, si se equivoca, la rabia se apodera de ella. Se va de casa de Rose corriendo, reprochándose a gritos que es una idiota, y tarda tres días en regresar. Además, tiene que trabajar en el campo, ayudar en el hogar y a los demás. No se lo cuenta a nadie. Es un asunto entre Rose y ella. A veces, cuando llega a casa, Ambre la olfatea. Hueles a hierbas aromáticas. Madelaine responde encogiéndose de hombros. Es de casa de Rose, de las plantas.

En las parcelas de Germain, los Cuatro siembran el trigo de otoño al acabar el verano. El clima es templado y húmedo, tal y como esperaban, es terreno mollar, no opone resistencia a las herramientas con las que realizan los surcos. Es como la primera cosecha: parece peligroso que todo sea tan fácil cuando, en

realidad, no lo es, dice Germain, cuyas manos sangran por las grietas, que, pese a untarlas con grasa de cerdo, no se cierran. Parece peligroso porque se acostumbran a encontrar algo a diario en la mesa para saciar su hambre. Eugène y Léon les habían contado los terribles años de fin de siglo, los Cuatro son demasiado jóvenes para recordarlo, aunque el hambre está inscrita en sus vientres, solo conocen eso. Fue durante esos dos años de la gran hambruna cuando sus abuelos, y sin duda los padres de Madelaine, murieron, antes de que las nuevas estaciones trajeran un poco de clemencia. Los padres no se lo creen, no confían. Se esfuerzan en comer con moderación, como si no quisieran que el regreso de la miseria los pillara por sorpresa; a veces se privan del pan diciendo que es para el día siguiente, cuentan los guisantes y las habas de Germain y encierran sacos llenos en los graneros. Hacen acopio de reservas. Cuando los chicos protestan alegando que los graneros están infestados de insectos y que la harina y las habas se echarán a perder, no les hacen caso. Ellos lo saben. No hay abundancia en este país, al que las guerras, los impuestos y el clima arruinan sin cesar. De todos modos, la harina estropeada se puede comer, es mejor que nada; saben lo que es la hambruna, están marcados por ella. Germain acaba cediendo a la prudencia de los mayores, el miedo es contagioso. Observa sus campos con una nueva aprensión, invadido por pensamientos que nunca había tenido. No le perdona a Eugène que le haya inculcado ese miedo, le preocupa que el temor de sus padres contamine sus tierras, que sus palabras se conviertan en profecías o sean de mal agüero. Sus sueños chocan con la resignación de ellos, y se rebela; demasiado tarde, todo se deshace. Frente a las tierras negras removidas y sembradas, frunce el ceño, él también. ¿Y si tienen razón? ¿Y si la esperanza es vana?

Sin embargo, todo va en contra de sus miedos y de sus predicciones, pues en el invierno siguiente se salvan y en primavera vuelve a crecer el trigo. Hace calor en el mes de abril y ahora, a principios de mayo, y las espigas han brotado fuertes, altas y de un verde tierno, y dan ganas de comerse sus granos directamente del suelo. La tierra ya está templada, acogedora, cómoda. Llovió, y está llena de vida. En el pueblo todos sembraron, todos ríen viendo los

días tan hermosos y los plantones echar raíces y crecer a medida que transcurren las semanas.

Es verdad que hace mucho calor.

Germain intuye que la buena temporada no podrá durar. Tal vez sean las ideas de su padre las que influyen en él, ya no lo sabe. Nadie lo sabe. Solo está este mes de mayo veraniego, y no hay ninguna certeza de que unos días después el viento del nordeste no se levante, el invierno termine tardíamente y se hiele el campo cuatro noches seguidas, quemándolo todo a su paso, los capullos y las flores de los árboles frutales y los jóvenes cultivos de los campos. Habrá miradas de espanto al comprobar que lo que había reverdecido precozmente se vuelve marrón, se encoge y se marchita, y no se salvará nada, habrá que utilizar las semillas de reserva para volver a plantar a toda prisa, pero no será suficiente, el verano siguiente será mediocre y arruinará las cosechas.

Tanto en julio como en agosto, los hombres buscan en el cielo la llegada de semanas bellas y secas que les permitan segar el trigo, entrojarlo, amontonar la paja formando almiares, en resumen, garantizarles una estación fría protegidos del hambre, ellos y los animales: esperan en vano. Terminan recogiendo magras cosechas ensuciadas por la humedad. Los Cuatro también se han visto obligados a cortar el trigo bajo una llovizna intermitente, la temporada de lluvia se alargaba, seguía húmeda, tuvieron que tomar una decisión en septiembre. Germain les ordena esparcir el grano en capas lo más extendidas posible en los graneros para que suelten el agua; en cuanto considera que está lo suficientemente seco, lo lleva a moler. Y nadie sabe si la harina se mantendrá o si se pegará y enmohecerá, no han cerrado los sacos, esperan, y rezan en silencio, cada uno a su manera cada vez que van a comprobar el estado de las reservas y hunden el brazo en la harina. Debe salir blanco, polvoriento, ligero. Se han preguntado qué harían si empezara a pudrirse. Pan, enseguida, dijo Germain. Mientras se pueda. Pagaremos el horno solo para nosotros, decenas y decenas de hogazas de pan que intentaremos conservar, se endurecerán, las remojaremos. Ojalá no críen moho. Nadie quiere llegar a ese extremo, la apuesta es demasiado arriesgada.

Quizá el cielo les ha hecho caso: la harina no se echa a perder. Solo que hay muy poca. Comen lo justo, el otoño se anuncia temprano, intentan sembrar trigo de invierno. Las provisiones disminuyen más rápido de lo esperado y octubre, a su vez, sigue siendo húmedo. Llueve treinta y ocho días seguidos. Con los suelos saturados de agua, la mitad de las semillas se marchitan. En algunos lugares donde los arroyos serpentean a lo largo de los bordes, los campos se vacían de sus semillas, arrastradas por el exceso de lluvia. Los Cuatro regresan del trabajo empapados, afligidos, con la espalda rota. Muy pronto dejarán de ir allí todas las mañanas: es inútil. Los escasos cultivos que han quedado se pudren de raíz, las cañas del trigo se estropean sin haber podido crecer. Los Cuatro se han cruzado con algunos hombres del pueblo tan desesperados como ellos, con los brazos caídos, sin trabajo a la vista. Para fijarse un objetivo, se lanzan al bosque o a las mil pequeñas cosas por hacer de la vida cotidiana en las casas y en los graneros. La espera es larga. Con esa lluvia que regresa constantemente, la tierra no tiene tiempo de respirar, apenas traga los aguaceros y ya la lluvia vuelve de nuevo; la Navidad pasa sin que hayan podido regresar a los campos. La perspectiva de una mala temporada se vuelve aterradora.

Y un nuevo invierno los atrapa sin avisar.

La noche del seis de enero, las corrientes de aire polar que habían comenzado a petrificar el campo la víspera provocan la caída brutal de la temperatura a veinte grados bajo cero. El viento helado agrava la sensación de frío que se apodera de la gente y de las bestias. Cala hasta los huesos: la ropa es inútil, pues el aire se filtra por todas partes y magulla la carne que se congela en el interior. Incluso se respira con lentitud para no quemar el interior de la nariz y la garganta. Los dedos de Madelaine están entumecidos y echa vaho sobre ellos con la ilusión de calentarlos; teme que se desprendan porque ya no los siente. Una vez más, los Cuatro abandonan los campos.

Aguantan pacientemente dos días antes de regresar a los cultivos devastados, turnándose para atravesarlos, dos delante y dos detrás, con los ojos cerrados para evitar la escarcha que les pega los

párpados y llorando lágrimas de hielo. Se han enrollado en la cabeza trozos de tela arrancados de las camisas. El frío les golpea las sienes y devora sus oídos con silbidos que suben hasta el hueco del cráneo. Las zonas de la piel no cubiertas están a punto de caerse a trozos. Nunca se han enfrentado a un aire que contenga tanto frío; nunca pensaron que podrían morir a causa del mal tiempo. Sí lo creen ese día, aturdidos por la violencia de la ventisca, por su soledad en un mundo envuelto en velos blancos y opacos. Sus ojos solo alcanzan a ver unos pocos metros ante ellos.

En los campos, el desastre está anunciado: los brotes que habían sobrevivido a la lluvia se han congelado. La tierra se ha endurecido tan rápidamente que ya no aplastan los terrones al caminar sobre ellos. Regresan a casa temblando y Germain dice que deben contar los sacos de harina, se enfrentan de nuevo a un mal verano y a la destrucción de las semillas del otoño, la primavera no dará nada; dice que los graneros pronto se vaciarán, que los mayores tenían razón: no durarán el invierno. El hambre, que siempre los ha sostenido, esta vez los matará.

Ese invierno los pone de rodillas. Pasan semanas enteras sin que la tierra se deshiele, el suelo está duro como una roca que hubiera crecido en el mundo. Cada mañana, los hombres se rompen los tobillos con los mantos de hierba helada. Tuvieron que poner tablas en la parte superior de los pozos por temor a que el agua se congelara. Madelaine y Artaud llegan un día hasta el río Basilic; nunca han visto sus orillas así. El hielo rodea los bordes, adentrándose a más de dos metros, hasta donde la corriente lo impide. Dudan en poner los pies sobre esa capa para medir su espesor. No se atreven. El aire es tan frío que les cuesta respirar.

La helada no cede. Algunas noches, Madelaine, que no suele temer las bajas temperaturas, se despierta temblando. Oye el viento en las rendijas de las ventanas, pese a estar cerradas con dobles postigos, y sabe que lo que sucede es algo excepcional. Es algo que durará hasta la primavera, es algo que rompe enero con unas temperaturas nunca antes vistas; los árboles siguen blancos de escarcha un día tras otro, las paredes de las casas escupen aire frío aunque las chimeneas estén constantemente alimentadas. Mayeul y

Madelaine se encargan de la leña, aún húmeda, pero necesaria. En casa de Eugène, todos duermen en la cama grande de los padres para mantenerse calientes. Ambre y Léon se lo han propuesto a Madelaine. Ella se niega a reunirse con ellos bajo las mantas, prefiere acurrucarse en una esquina del cuarto, junto a los perros, que están dentro y se tumban sobre la piedra templada cerca de la chimenea. Madelaine pasa los dedos por su pelaje. A veces piensa en Bran y luego ahuyenta la imagen del perro atravesado por la ballesta. Y le es difícil conciliar el sueño si hace demasiado frío; las manos y los pies congelados impiden el descanso, tiritando por reflejo, molestando al cuerpo, a la mente que no quiere callar, no quiere parar sus lamentos y lloriquea diciendo que hace un frío glacial, incluso dentro de la casa, donde en un rincón puede que la helada cuaje la superficie de los jarros de agua.

Cada noche, Madelaine se dice que una más ha vencido al frío, mientras que cada mañana, cuando va al encuentro de sus primos, de sus pálidas caras alargadas, se siente más vulnerable. Va a casa de Rose casi a diario, tanto para continuar su lento aprendizaje como para comprobar que la anciana sigue viva. Sus palabras y gestos parecen entumecidos, como atrapados por la helada, paralizados en su mente. Algunas mañanas ni las palabras ni los gestos salen bien. Madelaine se asegura de que haya un poco de sopa caliente en el fuego, charla un rato, observa los botecitos llenos de ungüentos. Para animarla, le pregunta a Rose sobre uno u otro, le pregunta para qué sirve y cuál es la planta principal, dónde encontrarán la betónica y la celidonia en primavera. Le gustaría acompañar a Rose, le gustaría conocer los lugares que huelen a secreto: los de las setas, las bayas, las plantas. Rose asiente con la cabeza, no siempre responde. Madelaine carga leña en la chimenea y se va, no del todo tranquila.

Entre la granja de Rose y la suya, descubre animales congelados y rígidos en el campo blanco, animales que esperaban encontrar algo de comer en torno a las granjas: pequeños roedores con los ojos todavía sorprendidos, pájaros despeluzados e incluso gatos que salen a cazar demasiado lejos cuando no deberían. A veces se los lleva a Ambre, dudan de si comérselos, y luego el hambre es más

acuciante y Ambre despelleja los gatos como si fueran liebres, los cuelga de una pata, con la piel estirada sobre la cabeza. En la sopa nadie nota la diferencia.

El sol lleva sin aparecer varias semanas, los días son de un gris húmedo que acentúa la sensación de frío. Basta un poco de viento, una pizca de aire, para congelar la cara y las manos. Es como si la hierba se hubiera derretido bajo la helada; cuando Madelaine sale, el suelo cruje bajo sus pies, y, cuando toca los árboles o las plantas, crujen bajo sus dedos: no puede agarrar nada sin quebrarlo, ya que lo que está vivo, la savia o la sangre, en el frío extremo se vuelve más frágil que el cristal. Un día encuentra una musaraña tiesa que la noche ha atrapado. Al recogerla, Madelaine quiere quitarle unas ramitas pegadas a su pelaje, y el animalito se parte, dejando la parte superior del cuerpo en una mano y la parte inferior en la otra. El interior es rojo, pero la sangre ni siquiera fluye, tan helada como los huesos que sobresalen, blancos, a lo largo de la columna vertebral. Madelaine la mira durante un momento, como si buscara una solución; luego coloca las dos mitades, una sobre otra, y deja el bicho en la misma posición en la que lo ha encontrado. No quiere comérselo. En cualquier caso, la musaraña es demasiado pequeña, demasiado delgada, como ella, como los hombres. Madelaine la abandona en el borde del camino.

El crujir de las ramas vencidas por la helada, que caen en la tierra sonando a leña, marca los días. Todo revienta. Desde el pueblo hasta Les Montées, saben que no pueden evitar las heladas, que por mucho que luchen no todos se librarán de ellas. En La Foye murieron cuatro ancianos y tres niños más, no se soporta el frío cuando no queda nada que comer. La tierra está demasiado helada y los hombres tuvieron que izar los cadáveres envueltos en telas a las ramas de los árboles altos para protegerlos de los depredadores mientras esperan a que repunten las temperaturas y poder enterrarlos. Esos bultos que cuelgan dan la impresión de extraños frutos congelados cuando deambulas por el bosque en busca de un trozo de leña o con la esperanza de traer de vuelta una criatura muerta, crean grandes sombras que se balancean lentamente, reflejándose en el suelo si el viento sopla del noreste. Los niños son

bultos más pequeños que los demás, y normalmente a los mayores se les iza a las ramas más altas. No es natural que mueran unas criaturas tan pequeñas, aunque la muerte desde siempre se pega a los pies de los hombres.

A pesar de los cuidados de Madelaine, Rose también muere a principios de febrero. La niña se la encuentra una mañana al llegar a su puerta, sentada, como si hubiera pasado allí la noche esperando a la muerte para asegurarse de que esta la encontrara. Rose, solita. Se necesita un motivo para sobrevivir. Madelaine levanta la cabeza cada vez que pasa bajo su cuerpo izado en un árbol, su corazón oscila lentamente ante la anciana suspendida, se pone una mano en el pecho y continúa su camino. Le ha llevado a Ambre los ungüentos cuyo uso conoce, pero la sabiduría de Rose se ha extinguido. Nadie ocupará su lugar. Nadie es capaz de ello. Madelaine recita en silencio los ungüentos que preparó con ella, sabe que no podrá volver a prepararlos sin su ayuda.

El hambre y el frío juntos devoran el pueblo. Primero una, luego el otro. En el fondo, todo está vinculado. Madelaine sigue vagando por el bosque con Artaud. No lo dicen: sueñan con una aparición, un corzo extraviado o incluso una liebre raquítica que compartirían entre sus dos familias, da igual, con tal de que se pueda comer. El hambre adquiere unas proporciones inmensas, se convierte en una obsesión. No hablan de ello, hablar da vida al hambre, hablar despierta los estómagos mantenidos en silencio por un momento, y que comienzan a gritar de nuevo, tirando de las entrañas. Para aferrarse a la ilusión de estar llenos, los hombres empiezan bebiendo, se llenan de agua. Después de un tiempo, ni siquiera el agua colma el hueco del estómago, y la sensación de vacío justo en medio del cuerpo explota y los enloquece. Buscan lo que sea para llevárselo a la boca, como si fuera mejor mordisquear la podredumbre que pasar hambre. Ponen a cocer la carroña de las pequeñas bestias, compartiéndola entre ellos con dedos temblorosos. Ya no se preguntan cuánto tiempo llevarán allí; a nadie le importa, el hambre te vuelve loco, lo esencial es comer algo. Al día siguiente, los más débiles, niños y ancianos, se retuercen de dolor, vomitan la carne podrida infestada de microbios y vuelven al

punto cero, a menos que cero, porque los gérmenes malos se han apoderado del cuerpo; es eso o reventar por dentro, menuda elección. Las mujeres mezclan el serrín de la madera con las últimas sopas de habas para alargarlas y espesarlas, la disentería vacía los intestinos, se suma a las enfermedades de los bronquios que el frío ha dispersado por todo el país. No hay salida. Los ojos de los niños emblanquecen como las tierras heladas. Familias enteras yacen en casas gélidas esperando que la muerte los abrace, uno tras otro; los padres ven apagarse a sus pequeños sin poder hacer nada, ellos mismos exangües y con las manos vacías. Y así es la vida, morir juntos sin otra solución, sin un Dios que salve al mundo, un Dios que ha desertado desde hace tiempo de esta región hostil. Los más fuertes se ganan el derecho a ver morir a sus seres queridos. Los más fuertes roban a los más débiles para vivir un día más.

Los que quedan están curtidos por el hambre y el esfuerzo. Son capas de carne donde los huesos chocan entre sí, músculos atrofiados por la falta de alimento, apenas se dan cuenta de que sus fuerzas disminuyen, es el mal tiempo, piensan, y se les tuercen los tobillos, y los brazos flaquean; al regresar a sus casas, se desnudan pegaditos al fuego, comen muy poco, duermen, sí, se dicen, sería más sencillo si todo se detuviera. Pero el instinto los pone de pie al día siguiente. Se han convertido en animales, solo les ocupa el ardor de vivir un día más. Cada mañana, Madelaine va al encuentro de sus primos sin decir palabra, abatida por la idea de que podrían morir tan fácilmente, morir a causa del hambre que los invade. Venderían su alma por llenar la escudilla, y sus ojos devastados muestran lo que estarían dispuestos a hacer para encontrar algo que comer una noche más. En el bosque escarban el suelo buscando raíces, eso es lo que comerán en la cena, raíces hervidas que dan dolor de estómago. Tienen hambre a cada hora de cada día, llevan años con hambre.

Madelaine a veces sale sola antes del alba, desesperada. Lo hace por Ambre. La privación la acerca aún más a su madre, cuyas manos blancas y huesudas aprieta, prometiéndole que regresará con algo. Toda su búsqueda es para ella. Lucharía a sangre y fuego para llevarle algún alimento, incluso un gusano, y Ambre la abraza —ya

no le dice, como hacía a principios del invierno, que no debe tener miedo—, se abrazan las dos, en silencio, congeladas, hambrientas. Léon, rendido en un rincón de la chimenea, tritura virutas de madera olvidadas en sus bolsillos. Ya no se reúne con otros en el pueblo en torno a una jarra de vino, y su estado de ánimo es sombrío, el hambre lo debilita más que a los demás, el alcohol ya lo había vaciado de su carne; sus facciones se oscurecen, se hunden, le tiemblan los dedos. Ambre vigila que él no les robe el poco pan que les queda, se pierde la confianza, por esto y por tantas cosas. Ella duerme delante de la artesa.

Madelaine se obliga a sí misma a levantarse aunque todavía es de noche. El valor y la fuerza la abandonan, pero por su madre. Por ella se levanta sin ruido, sin despertar a nadie, se envuelve en su capa, se enfunda el gorro hasta las cejas y el alba la golpea con el mismo aliento helado al abrir la puerta. Por un momento, duda. Cree que no podrá. Y luego avanza, y con ella el día que proyecta sombras grises en el campo.

Cuando los hijos de Eugène se reúnen con ella, les dice que no podía dormir. La verdad es que su compañía la reconforta, aunque la perturbe si llega a encontrar algunas bayas congeladas aún comibles. ¿En cuántas partes habrá que dividirlas? ¿Y si fueran ellos quienes las encontraran? Le gustaría decirles que están en el territorio de ella y que se vayan. Que es suyo y que lo que se encuentre en él es su alimento. Por supuesto, nada le pertenece; en cualquier caso, vuelve a casa, cada vez más a menudo, con el zurrón vacío o casi, debe contentarse con unas cuantas raíces sin sabor alguno. Lloraría. En casa, el pan empezaba a provocarle náuseas. Mientras pudo, Ambre recogió castañas, bellotas y hayucos que ponía en la masa para compensar la falta de harina. Ahora ya no los encuentra. Y no son los cerdos los que se los roban. Los cerdos ya no están, se los comieron hace mucho tiempo, demasiado rápido, no habían crecido mucho. Había tanta hambre. Hoy el establo está vacío. Todos los establos de La Foye están vacíos, al igual que las reservas. Fueron las fieras salvajes las que rastrillaron las matas y arbustos. Madelaine volvió a casa dos días seguidos sin una sola bellota, y Ambre le dijo que ya era inútil. Hizo lo que hacían los

antepasados: añadió a la masa harina de madera o de paja, arcilla o caliza, según lo que encontrara, para darle volumen. El pan es grumoso, malo, y pesa más que el plomo. Están enfermos. No tienen otra opción.

En el fondo, se dice Madelaine, el bosque tiene tanta hambre como nosotros. Lo cruza sobrecogida de frío, inerte y silenciosa. Allí no sucede nada. Allí nada se mueve. Para atrapar algo, habría que esperar horas y la pequeña no puede hacerlo, moriría. O tendría que sacudirlo todo, obligar a la naturaleza a salir, trastornarlo todo, como hacen los cazadores en sus dementes batidas, con los cascos de los caballos torcidos sobre la tierra helada y los aullidos de los perros detrás de la presa que huye. Madelaine no puede hacer eso. Regresa a la granja despacito, a pasos pequeños, con el zurrón colgando, aplastada por el cansancio y la rabia.

Algunos días corre el rumor de que los Ambroisie han encargado carros de harina a unas regiones lejanas, y que la gente del pueblo los recibirá pronto. Esa noticia esperanzadora les permite aguantar un poco más, aunque vean que no llega nada. Y este invierno, aún más rudo que los demás, que les agrieta los labios y las manos, que les daña los pies y los congela por completo, este invierno acabará con ellos. Madelaine observa a los hijos de Eugène: con esas prendas de ropa unas encima de otras, demasiado grandes, en las que antes no flotaban tanto. Cada vez pesan menos. Ella tiene la sensación de que el frío aumenta. Es solo su delgadez, ya no tiene carne para protegerse, su cuerpo helado termina por enfriar un poco más su ropa y sus mantas. Ya no sabe cómo ponerse delante de la chimenea, si de cara o de espaldas, pues tiembla del lado que no recibe el calor de las llamas. Y está furiosa porque en el castillo hay comida, de eso está segura. No tanta como antes, pero ninguno de los Ambroisie morirá de hambre. Pensar en ello le enrojece las mejillas, dice que la vida es injusta, que ellos se llevan la mitad del trigo porque son dueños de la tierra. ¿Y por qué esas tierras son suyas? Los demás no se hacen esa pregunta, las cosas siempre han sido así. Madelaine está rabiosa. Vaga por el bosque de los Ambroisie y, si encontrara alguna pieza de caza, nada la alejaría de ella. Cuando el hambre te golpea, uno no entiende de prohibiciones.

Artaud la acompaña a menudo, de lo contrario, Ambre no la dejaría adentrarse tanto en el bosque. Ha rastreado las orillas del Basilic. Es como si los peces también se hubieran congelado, el río está blanco y desierto. Aquí a nadie le gusta comer ese pescado con ese sabor tan particular, y sin embargo ni los hijos de Eugène ni Madelaine le harían ascos hoy a ningún pez del río, lo devorarían chupando cada espina, lamiendo la piel, salivarían al olerlo asándose en el fuego, pero no encuentran nada. Se retiran al bosque. Aunque haya solo un animal, uno solo, lo sabrán. Nada escapará. ¿También se han comido los Ambroisie toda la carne fresca que tenía el bosque? Madelaine inhala el aire helado que no desprende olor alguno, corre para detectar alguna huella, un rasguño, unos pasos. Busca entre los matorrales, examina los refugios de los árboles. Ella ve y oye todo: nada le llega. El mundo se ha vaciado de seres vivos. Mira las piedras y le pregunta a Artaud si podrían comérselas si las machacaran muy finas.

A finales de febrero, el pueblo de La Foye parece un conjunto de pequeños montones, helados e inmóviles, de casas medio vacías y aún demasiado llenas, voces calladas, hombres escondidos. Los cuerpos no son más que una piel flácida sobre unos huesos prominentes. Más que nada, falta el impulso, ese que te permite volver a levantarte, salir a buscar algo de comer, algo para resistir una semana más, un día, una hora. Sigue el mismo espectáculo de desolación, el mismo paisaje helado por un frío terrible. Por oleadas, las temperaturas se mantienen bajo cero durante todo el día y el cerco de las heladas se cierne sobre lo que está vivo. Seres humanos, animales, plantas: ya no pueden más, las fuerzas que les quedan solo las recuperan para no morir, y no son suficientes. Los arroyos y los pozos se han congelado, Madelaine rompe el hielo una vez al día con su destral para sacar algunos cuencos de agua, un hielo tan grueso como su puño. Y hay mucho silencio: ni el canto de un pájaro ni un crujido ni un movimiento. Todo se esconde y se sustrae a la vista, todo revienta en su escondite, porque ninguno es lo bastante hondo, lo bastante tibio, pero es necesario salir a alimentarse o a lamer un charco helado, y el frío se apodera de los animales sobre la hierba helada, una hierba amarillenta y encogida

que nunca volverá a crecer, congelada hasta las raíces. En ese mundo lunar deben sobrevivir, un mundo que no está hecho para los hombres.

No está hecho para nada.

Árboles astillados, congelados, abiertos como láminas de madera esparcidas por el suelo.

En medio de esos días pierden a Léon.

Desaparece mientras sale con Madelaine a buscar raíces. Normalmente, Ambre es quien acompaña a la pequeña, pero Ambre está enferma, de noche la sacude una tos profunda y Madelaine no ha querido que su madre se enfrente a las heladas, hace demasiado frío, teme que el cansancio acabe con ella. Por eso la acompaña Léon, a pesar de la desconfianza entre ellos; pero no deben salir solos, estar solo significa correr el riesgo de caerse y que nadie encuentre tu rastro. Así que van en parejas, envueltos en la niebla polar; ya no reconocen el campo en el que nacieron. Madelaine y Léon salieron hacia el mediodía, después de una sopa aguada que les quemó la garganta. Planeaban caminar una hora, tal vez dos, para ir más allá de las tierras mil veces despojadas por otros. Vigilar el cielo. Regresar a casa antes de que caiga la noche, evidentemente. Tendrán que darse la vuelta, esté el zurrón lleno o no. Madelaine va delante, con el bosque grabado en ella. Se burla del día, que se vuelve gris para dar paso a un crepúsculo oscuro y frío. Ha ido muy lejos para poder encontrar algo que llevarle a Ambre. Detrás de ella, Léon murmura. Ella no le hace caso, a Léon, que se lleva la mayor parte de la comida porque es el hombre de la casa, y ella no entiende el motivo, Léon apenas trabaja, ¿qué fuerzas necesita? Cuando llega la sopa, le ordena a Ambre que le sirva más, la mitad de la olla. La otra mitad la comparten Ambre y Madelaine, y lo mismo ocurre con el pan. Así que Léon puede caminar bien, piensa Madelaine, enojada, lo ignora mientras él dice que va a caer la noche, que regresarán demasiado tarde, en plena oscuridad.

Madelaine avanza con pasitos rápidos. La niebla que se ha levantado borra las referencias y las distancias. Incluso ella duda. Pero es ahí. Se desvía del camino, busca, rebusca, mira el cielo casi

negro donde las estrellas se iluminan poco a poco. Acelera. Léon la llama.

Madelaine. Espera.

Es como esos niños locos que hacen lo que quieren, ella va más rápido, animada por otra cosa, la tensión del camino reconocido. Los árboles que ya no ve en la noche la abofetean y la arañan. El pensamiento de su madre la empuja, la preocupación de repente se apodera de ella, como si la oscuridad multiplicara el peligro de dejar a Ambre sola en casa. Madelaine intenta tranquilizarse. También estaba tranquila por Rose y sin embargo; así que la ansiedad la empuja de nuevo a paso acelerado, siente su respiración ronca en su garganta.

¡Madelaine!

Esa es la última vez que escucha la voz de Léon. No suspenderá nada, ni su carrera ni sus gestos, hace tiempo que para ella él dejó de existir. Está sola con la noche, sola con el frío. No hay animosidad en el mundo que la rodea y no se siente amenazada, realmente no, piensa que Léon tiene razón, regresará demasiado tarde. Pero instintivamente sabe que regresa hacia Les Montées y una extraña calma la invade. Con las manos tendidas delante de ella para evitar las ramas, oye sus propios pasos sobre la escarcha, los crujidos a su alrededor, adivina que salen animales. El grito de un búho. Crujidos que podrían ser cualquier cosa. Se le escapa la conciencia del tiempo. Caminar.

Cuando por fin abre la puerta de la casa, con los labios azulados por el frío y los ojos muy abiertos y sin querer cerrarse, Ambre la abraza con una queja ahogada. Su madre la sienta junto a la chimenea y la envuelve en una manta. Le da una taza de sopa caliente, a Madelaine le cuesta tragar, su cuerpo funciona muy lento. El rosa vuelve a colorear despacio sus mejillas, su piel arde, hierve, se estremece. La pregunta solo viene después. ¿Y Léon? Madelaine niega con la cabeza. No lo sabe. Él estaba detrás de ella.

Lo encuentran por la mañana, cuando Eugène y Germain acuden a buscarlo en el bosque. Léon está sentado contra un árbol. Al principio creyeron que dormía, pero tenía los ojos abiertos, cubiertos por un velo lechoso. Está a solo media hora a pie de Les Montées.

Se perdió, dice Eugène. Van a buscar al gran caballo para traer el cadáver, que cuidan y envuelven antes de suspenderlo de un haya detrás del granero. Ambre y Madelaine permanecen allí contemplando el bulto colgado. No hay tristeza, solo asombro. El hombre que estaba allí ayer. Ambre no dice nada, ningún reproche. Pasa un brazo por los hombros de la niña. Sabe que Eugène tendrá que ocuparse de ellas ahora y eso la conmueve por dentro. No quiere ser una carga. Mira a su hija. Tú y yo, susurra. Podemos superar esto. Madelaine sonríe. Al entrar en la casa, esta les parece grande. Por la noche, acurrucadas, una junto a la otra, a Madelaine le gustaría que eso nunca cambiara.

En cuanto el tiempo se vuelve más suave, Madelaine y sus primos trabajan las parcelas heladas con la lentitud de unos hambrientos. Germain tuvo una idea insensata que solo un hambre devoradora podría haberle metido en la cabeza: a pesar de que los brotes se han congelado, en los muy recientes todavía quedan granos. Granos abiertos, medio podridos, que se pueden comer pese a estar en malas condiciones. Si recuperan el grano de todos los surcos, o incluso de la mitad, tendrán sacos llenos. La tarea les parece inmensa, absurda, aunque apasionante. Los días de deshielo, con la espalda doblada bajo los chaparrones fríos, escardan de rodillas. La labor requiere mucha atención: si cavan demasiado, el grano se hunde bajo tierra y lo pierden. Así que, como hormiguitas, trabajan incesantemente con cuidados gestos. Colocan los granos en cubos que Madelaine traslada en cuanto se llenan. Es la encargada de lavar lo recogido. Con las manos moradas por el frío, arrugadas por el agua, los sacude, les quita la arenilla y los trozos de hierba, los enjuaga. Cuando están limpios, los transvasa a otro recipiente y corre hacia sus primos para cargar de nuevo con lo poquito que hayan conseguido.

En una tarde llenan casi un cubo de grano. Teniendo en cuenta el esfuerzo de los cuatro, podrían desanimarse, pero sus ojos brillan. ¿Cuánto tiempo hace que no ven tanta comida? No lo recuerdan; se lo dividen, y esta vez Madelaine exige una parte igual a la de ellos. Germain se la cede. Su padre se lo ha dicho por la mañana, se lo ha ordenado: que dejara algo para Ambre y Madelaine.

Luego deben regresar a casa, calentar lo que queda de los granos, que en su mayoría es solo cáscara. No solo eso, hay que hervirlos lentamente para que los estómagos lo toleren, el olor dulzón del trigo cocido inunda las casas. Las mujeres obligan a fraccionarlo. Quedará algo para el día siguiente y para el otro. Es como comer pan antes de que sea pan, lo importante es alimentarse más, que dé la impresión de no tener tanta hambre. Con el consuelo de esa papilla caliente dicen que lo volverán a hacer al día siguiente si el tiempo lo permite; ya no les molestan las uñas rotas, los dedos arañados, mañana irán de nuevo.

Poco a poco, las heladas desertan del campo. El mes de marzo asiste a una sucesión de días casi tibios y de estallidos de frío, el invierno lucha, no quiere ceder. Es muy pronto para sembrar y se han quedado sin grano. Los sacos sagrados, esos que se guardan en los graneros para las siembras del año siguiente, se los comieron en todas las casas, desde la primera hasta la última de La Foye. Son conscientes del riesgo que han corrido, pero el hambre los obligó. No puedes dejarte morir de hambre si sabes que hay grano almacenado en tu granja. Esperaron lo que pudieron. Un día, a finales de enero, no aguantaron más y destriparon los sacos. Ahora dependen de los comerciantes, llegaron noticias al pueblo. Se dice que en las grandes ciudades del país han liberado el trigo guardado en los almacenes mayoristas, que el grano no tardará en llegar. Los comerciantes nunca vienen al pueblo durante el invierno. Se presentarán el mes próximo, y la gente no tendrá para pagar, no para pagarlo todo, se endeudarán y el crédito que les hagan consumirá la cosecha del año siguiente. De año en año, se vuelven cada vez más pobres. Haría falta una temporada magnífica. Los mayores hablan de ello junto al fuego, que les llena los ojos de azul, hablan de aquellos años en los que el trigo y el centeno vomitaban de los graneros, dicen que ya no sabían qué hacer con ellos, y eso no es cierto, es solo para adornar la historia. Tenían suficiente para comer, suficiente para reponer sus reservas, hoy ese tiempo les parece idílico, nadie pensó que la hambruna regresaría con tanta fuerza y por tanto tiempo. La gente religiosa afirma que es por los pecados del mundo. Buscan en su memoria las pequeñas maldades

individuales que condujeron a esa gran catástrofe, los Cuatro continúan rebuscando en la tierra.

Que haya cientos de miles de personas muriendo de hambre en el país no los afecta. Lo único que ven es que, en La Foye, de casi ciento sesenta habitantes han perdido a catorce. No quieren formar parte de esa cifra. Si es necesario cavarán hasta el fondo del suelo, adonde ni siquiera llegan las lombrices de tierra. A diario ven pasar a Eugène y al gran caballo, ahora se ocupa de las cargas de leña, ya no puede cruzar el río. Acumula haces y ramas que engancha detrás de Jéricho. Los saluda a ellos, a sus hijos y a Madelaine, se detienen un momento y responden con gestos amplios y lentos. Al corazón le sienta bien verse. Saber que están ahí negándose a morir, cada uno a su manera. Eugène lleva leña a casa de Ambre. Ya no hay lugar para las emociones y sin embargo. Se miran, sus rostros prematuramente envejecidos, demacrados, su piel diáfana recorrida por venas moradas; casi no se reconocen. Cada año vale diez si cada día te pone a prueba para seguir viviendo.

Y sin embargo.

Se ven y con emoción. Eugène piensa en el lugar libre junto a Ambre, piensa en Léon muerto, piensa en una distancia que se achica, aunque persiste, guarda silencio, deja la leña en el granero. Ambre no lo invita a sentarse, no tiene nada para él excepto la conciencia de su decadencia física, que mata poco a poco los sentimientos, no se puede amar a una anciana arrugada de treinta y cinco años a la que se le empiezan a descarnar los dientes. La existencia es un abismo, se dice a sí misma.

Y sin embargo.

Es apuesto Eugène, y ella también es guapa, ambos a su manera, famélica y desvanecida, una de esas bellezas que resisten a pesar de los golpes del destino, indestructibles, insolentes. Se sonríen y de repente desaparece la miseria. Solo sonríen, nada más, sin fuerzas, sin futuro. Eugène se marcha con esa sensación de calidez en el pecho. Ten cuidado, le dice Ambre una vez más, los caminos están resbaladizos, la lluvia ha arrastrado la helada.

Y durante semanas el exterior es un albañal.

Llueve hasta desbordarse, llueve y los días parecen haberse acortado, pues la grisura los descolora. En el campo, Germain, Madelaine, Artaud y Mayeul ven cómo los granos se les escapan de las manos, se caen en los surcos, se hunden en los lodazales. Hay que correr tras ellos, como cuando se corre tras las pañoletas que se lleva el viento. Un trigo tan estropeado que al comerlo parece agua. Germain no quiere ceder. Regresa al campo y en su entusiasmo arrastra a los otros tres: bolas de barro pegajoso, espeso y pesado, pies empapados, piernas que ceden. Ninguno protesta. Por modesto que sea lo que recojan, permitirá cenar o fingir que cenan, antes de que lleguen las semillas, antes de que se puedan plantar, antes de que crezcan las espigas. En ocasiones, miden el tiempo que los separa de la próxima siega, aunque sea demasiado pronto y todo esté demasiado lejos. Enfrentar meses de hambruna, enfermedades y agotamiento, rezando para que la primavera los salve, pero la primavera significa cultivos que no fructificarán hasta el verano, y, desde donde están ahora, aún queda medio año de espera, medio año para suplicar, medio año para reventar brutalmente. Los comerciantes son su única esperanza, la promesa de semillas y de harina; necesitan comer ahora, no dentro de un mes ni de seis. Si no queda nadie para sembrar y nadie para cosechar —Madelaine se encoge de hombros—, pues bien, dice, no quedará nadie para comer y santas pascuas.

En algún lugar de su conciencia saben cuál es su fragilidad. No le hacen caso, no la miran. Los débiles ya están muertos en lo alto de los árboles; son de otra raza. La noche los observa exhaustos y encorvados; por la mañana salen de nuevo, con un canto de guerra dentro de su pecho. ¿Podrá durar esto? No lo sabrán, no harán la pregunta, sería demasiado duro. Solo es necesario levantarse y seguir adelante, no pensar en nada más, no abrir las puertas a la duda.

Aguantar.

Si no, te caes.

Artaud ha gritado.

Acuden enseguida. Lo levantan pero se desploma. Y de repente Madelaine la ve. La herida. Lo dice. Lo grita. Germain suelta el brazo

de su hermano, lo deja tendido en la tierra mojada y mira. La pierna sangra en la parte baja, a través de la tela del pantalón. ¿Qué ha pasado?, grita.

Artaud tiene las manos apretadas sobre la pierna, teñida de un rojo vivo que se extiende a ojos vista. No responde, demasiado dolor. Y luego es tan estúpido. Un resbalón, la azada que se le escapa. Le golpea la pierna, oyó el ruido seco contra el hueso, e inmediatamente después el destello de sufrimiento. Está acostumbrado al dolor. Entre dientes dice que se le pasará.

Lo llevan de regreso a Les Montées. Cada cual contribuye con un brazo o la espalda para sostenerlo. Germain vendó la herida con su cinturón de lana, y envolvieron la pierna arrodillados en medio del barro y de la lluvia; parece una calza que le quedara grande. Artaud tiene el rostro blanco como el alba del invierno. Le gustaría decirles que se vayan, que lo dejen regresar solo; no puede. Con cuidado, apoya el pie en el suelo. Se le desliza, Germain lo sostiene. La tercera vez funciona. Apoya un poco. La pierna lo abandona. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que pueda volver al trabajo? Aelis acude al verlos de lejos, un amasijo pequeño de siluetas apoyadas unas sobre otras para ayudar al herido, solo puede ver eso, los cuerpos agrupados, sabe que algo va mal.

El día siguiente tiene un sabor extraño. Por primera vez, Artaud no está con ellos. Caminan sin sentido por los campos y la ausencia pesa sobre la tierra. Silenciosos a menudo, Germain no ríe, Mayeul no charla. A mediodía, Germain despide a los otros dos. La lluvia lo ha arrastrado todo, no hay nada que esperar de los surcos vacíos, o muy poco. Serán más útiles en Les Montées o en el bosque, buscando un pájaro, una rata de campo, una baya. Mayeul y Madelaine se van. El mayor inspira profundamente. Deja caer sus herramientas, se sienta sobre una piedra y contempla el horizonte, allá donde comienza la montaña. El deseo de estar solo es más incontenible que el trabajo y el hambre y el cansancio, por eso dejó ir a los demás, para respirar —no físicamente sino dentro de su cabeza—, para recuperar el aliento frente a esas montañas de silueta agreste a lo lejos. Oye hablar de cielos tan azules como solo pueden serlo los que están por encima de las nubes, de un aire tan

puro que tira para atrás, de paisajes que dejan sin respiración. Los paisajes que le dejaron, a él, sin respiración, son los campos pedregosos que tuvo que remover por completo para hacerlos cultivables, los campos a los que, junto con sus hermanos, entregó la espalda, los brazos, las manos, en resumen, su piel, jadeante contra un árbol a la espera de que regresaran los latidos de su corazón. Allá arriba no te quedas sin aliento de ese modo, lo entendió perfectamente, se trata de belleza, de cosas diferentes.

Germain —sus herramientas en el suelo, no las quiere recoger— intenta comprender qué es esa belleza. Para él, un zueco es bonito si está bien hecho, un campo es bonito porque ha crecido bien, una herramienta es bonita si la madera ha sido pulida y la hoja corta limpiamente: la belleza existe cuando las cosas están en orden. Intuye el límite de su visión, la forma en que esta no se adapta a la descripción que le han dado de esa montaña de allá, un lugar mágico y grandioso; y como nada en su vida le ha parecido mágico o grandioso —aunque él, se dice, se contentaría con poco—, cree que tendrá que ir a ver esa montaña con sus propios ojos, y se llevará a Artaud. La idea se le queda enganchada en la mente.

Germain no sabe nombrar la ausencia. La siente en el fondo del estómago, la masajea en su mente, pero las palabras lo sobrepasan, no le sirven. Piensa en las crías de animales cuando se los desteta de la madre, en los corderos, en los lechones, en los cabritos, que lloran durante dos o tres días. Luego se termina. Se olvidan. A la semana siguiente, ya los pueden poner en el mismo rebaño. No se reconocen. El vínculo está roto. Ya no son la madre y sus crías, son animales adultos y animales jóvenes, uno al lado del otro, cada cual con su propia vida; lo que hubo en el pasado ya no cuenta. A Germain le gustaría ser uno de esos animales para no sufrir.

Recoge, pues, las herramientas del suelo y se pone a hendir la tierra. Ni siquiera intenta encontrar granos, solo lo hace para ocupar el cuerpo, para agotarlo, para dar la orden a sus pensamientos de que dejen de gemir, de sentir miedo y de decir que las heridas son peligrosas. Poco a poco, cediendo al cansancio, la imagen de Artaud se aleja. ¿Acaso soy como esos animales?, se pregunta Germain, ¿Acaso ya lo estoy olvidando? ¿Le tengo rencor? Por esa herida,

porque él no está aquí, porque es él quien nos abandona, pensándolo bien. Es él quien se va. Nosotros no hemos cambiado, seguimos siendo los mismos.

Por la noche, Germain se mantiene a distancia. Artaud está sentado a la mesa con ellos, casi como si nada hubiera pasado, o eso podría pensarse, un poco más pálido quizá, el sudor le perla la frente. El mayor se mantiene lejos, eso lo protegerá de la emoción, piensa, no quiere hacerle sitio, eso es cosa de mujeres; para él, el trabajo es lo que lo motiva, lo obsesiona, lo levanta. Se queda mirando a Artaud, su expresión sombría, culpable. Artaud, que come y no trabaja. Por nada del mundo Germain querría estar en su lugar, con el dolor y la vergüenza; eso no debería durar mucho, no lo pueden asumir, dice, ¿cuándo volverás?

Germain ha visto a hombres faenar en el campo con las piernas dislocadas.

Aelis dice que el hueso sobresale de la carne, que es imposible, que tiene que recolocarse. Si al menos hubiera un curandero en el pueblo, pero Rose murió, ella era la única que sabía, que podría haber ayudado. Germain no quiere escuchar. Escuchar le duele. Y además se siente fuerte. Con remordimiento, comparado con Artaud, pálido e inmóvil. Piensa en los hombres que conoce y que han sufrido esas heridas, los que cojean en el campo o van con un brazo doblado. Quizá Artaud sea como ellos, un cuerpo dañado para siempre, una cosa retorcida que persiste, un hueco en la carne, una fuerza huida. Él no tiene que ver con Artaud. No es su culpa. No es su pierna. Con él se puede contar, no se librará de sus responsabilidades.

Germain sigue viviendo.

A Madelaine, que todas las mañanas le pregunta cómo está Artaud, le responde encogiéndose de hombros. Está bien.

Los días pasan lentamente y Artaud no está bien.

Una mañana, la pequeña cruza el corral, entra en la casa y se encuentra a Aelis pálida y temblorosa. Artaud apoya la pierna en un banco y lo que ella ve es feo, negro, rojo, amarillo. Lo que ella ve es a Artaud con fiebre, con un sudor que le pega el pelo, y luego esos espasmos que reconoce enseguida por haberlos observado en otros,

pocas veces, y se queda petrificada. No es lo que ella creía. No es lo que le dijo Germain. En verdad, el mal es distinto, está en el interior. Está ahí. Madelaine, con los ojos muy abiertos, se adentra en sí misma para no gritar.

Mira a Aelis y se da cuenta de que Aelis lo sabe. Madelaine piensa que si Rose estuviera aquí, pero Rose ya no está. Y aunque siguiera aquí: esa enfermedad —qué difícil le resulta decirlo incluso en silencio— ese mal no tiene cura. Recuerda a Rose negando con la cabeza. Por mucho que te pongas todos los cataplasmas del mundo y bebas todas las plantas de la tierra, nadie ha escapado de él jamás. Y Madelaine no quiere alzar la mirada hacia Artaud, él también lo ha adivinado. La herida es espantosa, el mal es más profundo y grave. Si fuera solo la pierna. Pero no. El mal circula, envenena, ataca. Aelis se arruga la blusa entre las manos. Esa mañana, a Artaud se le contrajeron las mandíbulas y sufrió unos calambres incontrolables. Es la señal, murmura, y mira fijamente a Madelaine, y el pavor, el espantoso pavor crece entre ellas. No necesitan hablar, su memoria arroja las imágenes. Fue en el pueblo. Ellas lo vieron dos veces.

Artaud encoge los labios como para no dejar pasar los gritos y Madelaine querría decirle que abra la boca, porque pronto no podrá, pero Artaud ha cerrado los ojos, ha descendido en su cuerpo para sondearlo, ha descendido y visto que no hay nada que hacer, pues ya se ha apoderado de él una fuerza muy superior a la suya, una fuerza que se alimenta de su carne; está empapado en sangre por dentro y su cuerpo se sacude, piensa: ya llega.

El mal tarda en llegar, como si quisiera dar paso a la esperanza. Cede durante unos días, alrededor de diez, durante los cuales piensan que pasará, que a pesar del estado de debilidad de todos, Artaud saldrá de esta, con su pierna mala, solo es una pierna. La respuesta a la fiebre es que el cuerpo lucha. La fiebre es casi una buena señal. Aelis le da a Artaud un poco más de comida, para ayudarlo.

Y de pronto, golpea el mal. A partir de ahí, desde el momento en que lo identifican porque ya no se puede ignorar, las miradas bajan. Ya no se atreven a hablar de ello. Eugène, Germain, Mayeul se

mantienen a distancia, concentrados en el hambre que los atenaza. Ante todo: no ponerle nombre a esa suciedad que devora al hijo, al hermano, a esa enfermedad de la herrumbre y de la tierra que ya se lo lleva. Porque avanza rápido, increíblemente rápido.

Madelaine tenía razón: dos días después, Artaud ya no puede abrir la boca. Aelis se asusta por ese rictus: cejas fruncidas, labios encogidos, todo poco a poco se inmoviliza, se agarrota, la elasticidad lo abandona. El rictus le fija, por momentos, una máscara sarcástica que ella se niega a mirar. Por la noche comen todos menos él, le gustaría, pero su boca ya no lo obedece. Eugène y Mayeul le colocan una lámina de metal en la comisura de los labios para darle un poco de agua, un poco de sopa, no por mucho tiempo, Artaud se ahoga. Eugène ha bajado al pueblo, aunque sabe que nadie podrá ayudarlo.

Comienzan los espasmos, las contracciones faciales, en breve llegarán a todo el cuerpo. Madelaine deserta de los campos y ayuda a Aelis y a Ambre. Se contenta con mantener caliente la chimenea de su casa, el resto del tiempo lo pasa en la casa de enfrente, toma la mano de Artaud cuando este se la deja. Las madres se encargan del trabajo diario, pero a Madelaine, Artaud la busca, la llama, los demás le piden a ella que lo cuide. En voz baja, en un tono aterrorizado, le cuenta a la niña la fuerza descomunal que arquea su estómago y su espalda en unos movimientos que podrían quebrarle los huesos, tensar los músculos hasta romperlos, y él grita de dolor cuando eso ocurre. La primera vez, Madelaine sale corriendo de la casa. Regresa. Él suplica. Que lo pongan en la postura correcta, que lo doblen, y ella tira de sus brazos para recuperarlo, tiene la impresión de que una inmensa bestia se lo arrebata del otro lado. Ella no tiene fuerza suficiente. Llama a las madres, que terminan envolviendo a Artaud alrededor de un tajo de madera y le atan las manos a los pies para arquear sus vértebras en posición fetal y contrarrestar la extensión, lo han visto hacer en La Foye y es imposible olvidarlo: olvidar los días siguientes y el horror que crece. En el pueblo, uno de los mayores dijo que no aten más a Artaud, porque se le romperían los músculos y los huesos.

Entonces Madelaine se contiene, promete estar allí cada vez que él abra los ojos, ya no puede más, estar allí, sostener esa mirada,

ese resplandor de pánico que no querría volver a ver jamás. A menudo observa los frascos de ungüentos que se llevó de casa de Rose y que no sirven para nada, quiere estrellarlos contra la pared, esos bálsamos inútiles, si al menos hubiera tenido más tiempo para aprender a aliviar, porque curar ni pensar en ello, simplemente ayudar. Ayudar a aliviar. Pero no sabe, y su ignorancia la abruma.

Aelis a veces se acerca con el rostro impenetrable; sabe que no hay esperanza. Espera la muerte de su hijo. Reza para que ocurra. Para que cese el dolor. Con Ambre deciden instalar a Artaud en la casa de Léon, en la granja vecina, para ocultarlo de las miradas asustadas de Eugène, Germain y Mayeul. Ese pensamiento es terrible, pero la vida continúa, por eso a él, al hijo fracasado, deben ponerlo a un lado, sustraerlo de las miradas, los hombres deben conservar las fuerzas, conservar el brío, seguir adelante, no contaminar sus mentes. Madelaine se encuentra sola con su madre y el chico agonizante. Nada lo calma, ni los paños que le coloca en la frente, ni las mantas con las que lo envuelve, ni el olor de las hierbas calmantes.

Se queda a su lado durante tres días completos. Él no es más que un estremecimiento. Su rostro está azulado por el dolor y la rigidez, y Madelaine se sorprende al no encontrar ya la delicadeza de sus rasgos, pues la belleza ha huido, abatida. Apenas lo reconoce. Durante las crisis que lo retuercen entre sus gritos, ya no es más que carne animal sacudida por espasmos, una fuerza insólita para un cuerpo tan devastado; ella se aferra a sus manos, no lo abandona. Se traga las lágrimas, pues Artaud es su preferido. El destino compite con ella, se lo arrebatará sin remedio; Madelaine siente llegar la separación, una vez más, y la vida le parece absolutamente injusta. Durante sus largas caminatas por el bosque había imaginado algo distinto para ellos: sus miradas, sus sonrisas pícaras, esa pequeña y extraña picazón en el estómago. Cuando sus manos se rozaban alrededor de una raíz o se pasaban el zurrón de tela gruesa, una sensación de calor la invadía. No debe pensar en ello, ya nada sucederá. Madelaine lo sabe, Artaud también. En los raros momentos de calma, cuando la pequeña lo atiborra de plantas, los ojos del niño brillan sobre ella, llenos de dolor pero con esa

dulzura que ella ya extraña. Envuelve sus dedos alrededor de los de él, y a menudo él llora. No puede soportarlo más. Los momentos de respiro solo sirven para temer las recaídas. Su único consuelo es Madelaine. Ella está ahí. Siempre estaré aquí, dice, emocionada por esa promesa que solo podrá cumplir unos días. Pero ella cree en un milagro. De manera insensata, absurda, dice que ellos cambiarán el destino.

La tarde del cuarto día, entre dos convulsiones que lo asfixian, Artaud se aferra al brazo de Madelaine y le pide ayuda. Ella asiente con la cabeza, le tiemblan las manos, de cansancio, de emoción. Te sostengo, le susurra. Él la aleja. No así. Ella lo mira, con los ojos muy abiertos, se fija en las mandíbulas de Artaud, que ya no quieren abrirse, adivina las palabras: debe acabar con él. Si fuera un animal lo habría matado para abreviar su sufrimiento, eso es lo que hay que hacer, él no es menos que una bestia. Madelaine, te lo suplico.

Madelaine huye, la idea la aterroriza. No es lo mismo que desangrar una liebre o un cerdo.

Madelaine.

Se tapa los oídos con las manos para no oírlo más.

Y luego llega el alba, y el cuerpo de Artaud se retuerce para el otro lado, como si lo estuvieran descuartizando con toda la fuerza de los caballos de arado. Llega el alba, y en ella los gritos van más allá de lo que Madelaine sabe sobre el dolor humano o animal. Ambre no está allí, está ayudando a Aelis en el corral, no tiene sentido correr hacia ellas, ¿para qué? Madelaine se inclina sobre Artaud, que tiene los ojos en blanco y el terror en su interior. Ella está de acuerdo. Se lo dice. Espera a que pase la crisis, antes de eso nada es posible, la enfermedad tiene demasiada fuerza.

Entonces llega la mañana y Madelaine está sentada sola afuera, sobre la hierba helada. Es una de las pocas veces, desde hace varias semanas, en las que hace sol. Un sol pálido y glacial, que no da calor. La luz es amarilla y suave, una luz que cambia el mundo, la mirada que lanzamos sobre él, las cosas que hacemos en él. La tierra helada tiene reflejos florales.

Quizá el silencio sea ahora menos pesado; pesa tan poco que nadie lo nota, y Madelaine se tiende bocarriba, siente el frío

atravesar su ropa. Cierra los ojos, el frío no es grave. El frío la golpea detrás de la cabeza, y ella piensa que hará falta algo más para calmar la agitación que siente dentro. Gira las muñecas y apoya las manos en el suelo. La tensión de estas desciende hasta la roca, su temblor la abandona lentamente, ya sea porque el hielo lo absorbe o porque toda la tierra comienza a temblar y, por un momento, Madelaine tiene la profunda sensación de que se restablece un cierto orden, un orden vacío y triste, pero orden al fin.

Observa el vapor que sale de su boca y forma una nubecita en el cielo claro. El sol está velado, puede mirarlo directamente a los ojos. A veces un pájaro entra en su campo de visión y vuela cada vez más alto, hacia la aureola dorada de la bruma matinal, y luego se va rápido, zambulléndose hacia un destino que ella desconoce. El corazón de Madelaine se agita con latidos sordos. Ahora intenta concentrarse: pensar en los demás, en que debe ir a buscarlos, en las palabras que les dirá, en primer lugar, la manta para envolver el cuerpo de Artaud. Dentro de un rato, piensa. Dentro de un rato, se levantará y cruzará el corral, entrará en la granja de Eugène, allí están vivos, lo anunciará. Ellos dirán que está bien. Que no tenía por qué durar. Aelis y Ambre llorarán. Por el momento, el cuerpo de Madelaine está lastrado de plomo, pegado a la tierra, necesita un momentito para reunir fuerzas, borrar el alba y convencerse de seguir adelante. Todo ello le estira sus ojos. Sigue con el dedo el rastro de las lágrimas que han mojado su rostro, que descienden en un fino surco hasta sus orejas y su cuello. Desearía que nunca se secaran, para recordar.

A su lado siente el cuerpo de Artaud inmóvil. No lo mira, no lo toca. Simplemente sabe que él está ahí. Artaud por fin tranquilo, como debe ser, no hay que llorar.

Madelaine ha limpiado su destral y su cuchillo para borrar la sangre. También querría borrar las imágenes de cuando al amanecer salió de la casa con Artaud, sacudido por espasmos, y Artaud quería ver el cielo y se alejaron en silencio, Madelaine con los ojos enrojecidos, y fue él quien dijo primero: no hay que llorar. Se tendió igual que ella en ese instante, con las contracturas que lo hacían estremecerse cada vez más, con la respiración entrecortada. Miró las

nubes un momento, las siluetas de los árboles que iban tomando forma en la luz todavía gris del día; luego cerró los ojos y ella supo que ese era el momento. Como con los animales. Primero un golpe con la parte plana del destral para aturdir, luego la parte afilada que corta la yugular.

Solo unos segundos.

Artaud no se movió, no intentó resistirse. Madelaine conoce los gestos, estaba segura de lo que hacía, pero quien yacía tendido frente a ella no era un animal, no debía vacilar, ni flaquear.

Había que hacerlo.

Artaud no sintió nada.

Madelaine se quedó mirando la sangre en la hoja del cuchillo, en sus manos, en sus brazos. Esa sangre era otra cosa. Vomitó bilis sobre la hierba, una mancha amarilla apareció de repente en medio de la escarcha.

Cuando por fin se levanta, la cabeza le da vueltas. Abre los brazos, siente que flota, que no está bien. Respira. Una, dos veces. Tan hondo que su corazón podría quedarse allí. Así que camina bordeando la casa, cruza el corral, con la mano apoyada en la tapia baja. Ve un poco de luz en la granja de Eugène. Siente prisa por oler las gachas de la mañana y el pan malo, prisa por estar con su madre, arrojarse a sus brazos en silencio.

Aelis la ve primero. Están todos allí, en la cálida habitación. Se giran. Lo han entendido. ¿Ya está?, pregunta Aelis en voz baja y Madelaine asiente con la cabeza, no dice qué es lo que está ni que es demasiado pesado para ella. Se pregunta si existen palabras para contar la última alba de Artaud, le gustaría olvidar, sabe que es imposible, que será imposible, durante toda su vida, es a ella a quien han dejado con él. Busca a Ambre con la mirada, pero es Aelis quien se acerca, con el rostro impenetrable, es Aelis quien abre sus brazos y los cierra alrededor de Madelaine. Ambre se une a ellas. Se abrazan con fuerza, los hombres las observan de lejos, ellos no se atreven. Se sostienen entre ellas para que ninguna se caiga. El dolor del niño muerto las mantiene unidas.

De pronto llega la primavera para quedarse, frágil, los campos reclaman semillas. La urgencia está ahí, pedir a unos cuerpos

agotados más esfuerzo sin ofrecer nada a cambio: hay que arar, sembrar, recubrir. Una vez más la necesidad borra la pena, el hambre aniquila el pensamiento. Madelaine sigue, junto a Mayeul, los pasos de Germain muy de cerca. Eugène vuelve a su faena de transportar madera. Nadie habla de Artaud. Ha pasado un mes. Un mes es una eternidad. La pena se agazapa en lo más hondo de ellos, no se muestra. La pena se desvanece rápido, hay mucho que hacer para sobrevivir.

El convoy de cereales finalmente ha llegado al Pays-Arrière. A precio de oro, los aldeanos han comprado trigo, centeno, alforfón, la ilusión de salvarse, pero también sienten rabia por el encarecimiento. Los comerciantes se presentaron con una guardia para protegerse de los gritos de los necesitados. En algunos pueblos, la muchedumbre saqueó los carros e hirieron a los comerciantes; si esos muertos de hambre no quieren pagar, se quedarán sin nada. Ambroisie-Padre encargó otro convoy más para repartir los cereales entre sus campesinos, en esa ocasión fue el amo quien pagó, la gente habla de ello, los más resentidos dicen que era para salvar a sus trabajadores, pero los demás lo agradecen. Estaban impacientes por ponerse a trabajar en cuanto la tierra estuviera lista, solo la esperaban a ella. Quieren demostrarle a Ambroisie-Padre que están agradecidos. El yugo ya no les pesa, se someten. El viejo Magne ha vuelto a calentar el horno, el pan ha perfumado las humildes casas. Es evidente que habrá que darle al amo más de lo que le corresponde de la cosecha de este año: hay que reponer los graneros. En eso también están de acuerdo. La servidumbre les parece normal y la existencia se juega día a día, no piensan en los próximos seis meses, el futuro es una noción que evitan. Ya veremos, dicen.

Abril marca, pues, el inicio de la siembra. Germain trabaja como un ogro, inmenso, poderoso; al acabar la jornada, nunca vuelve a casa con Madelaine y Mayeul. Se queda en sus campos hasta que llegan la noche y la oscuridad, hasta que sus ojos no puedan más, ni su espalda ni sus brazos; no quiere que digan que se echa de menos a Artaud, trabaja por los dos. A veces enciende una hoguera para seguir. Mayeul llega con un trozo de pan, lo ayuda durante la última

hora. En las tinieblas que los conducen a Les Montées, toma la mano de su hermano mayor, que cierra los ojos exhausto.

Ambre y Madelaine se han mudado a la casa de Eugène. Las gemelas habían hablado de ello tras la muerte de Léon, el vacío dejado por Artaud acabó por convencerlas: es mejor asumir la carga de una sola vivienda. La otra granja volverá a ser habitada algún día, cuando Germain tome esposa y Madelaine tenga la casita de Rose. Se imaginan Les Montées volviendo a la vida, floreciendo, expandiéndose; para contrarrestar la ausencia y la muerte se necesita llenar el espacio, aferrarse a la esperanza. Eugène y los suyos duermen en una cama grande a la izquierda de la habitación, Ambre y Madelaine se instalan al lado, frente a la mesa, frente a la cocina y la chimenea.

Las hermanas se enfrentan juntas al desastre. No era lo que esperaban, ciertamente, ni la muerte de Artaud ni la de Léon, aunque en el caso de Léon, pero no, no pueden decir eso, no querían, solo que ahora es un hecho: de la desgracia extraen lo mejor posible. Se miran, piensan que por fin se ha suprimido la distancia entre las dos granjas, a qué precio. La muerte de Léon ha reunido a las dos hermanas, y Aelis suspira al pensar en su cuñado, se lo debe, y luego se lo piensa mejor, el destino le ha robado de nuevo a un hijo, no hay motivo para ser feliz. Y sin embargo Aelis se siente ligera. Se muerde los labios, no debería, pero la alegría reprimida regresa, la presencia de Ambre la hace feliz, algo renace dentro de ella. Las dos mujeres recuperan la complicidad de la infancia, el placer de realizar cada tarea juntas, juntas ya no es tan duro, por qué no lo habremos hecho antes, se pregunta Aelis. No ve a Eugène sumergido en la misma contemplación que ella, con los ojos clavados en la silueta de Ambre, eso no le interesa, no existe.

Es una primavera engañosa, suave, casi cálida, que llega demasiado pronto después de la pena. Al final del día, Germain se sienta en el borde de una parcela con Madelaine y Mayeul. Tienen la frente bañada en sudor, están bien, y luego los recuerdos interfieren y se desvanece la felicidad, una felicidad que nunca es total ni duradera. Se preguntan qué pasará después de plantar sus campos tibios, qué cosas malas vendrán a equilibrar el mundo, ya que lo

bello siempre va acompañado de lo feo, y vuelta a empezar, no pueden evitar sentir miedo, incluso Madelaine, que no teme a nada, que devolverá al destino golpe por golpe. Sucederá lo que deba suceder. Se muestran cautelosos con esa primavera. Les hace muecas, gira alrededor de ellos, se acelera, no avisa. Un día todo se desmorona. Un día de helada, un día de guerra, un día de muerte. No se puede confiar en la vida. Los mayores transmiten de generación en generación la memoria de la peste que mató a uno de cada tres hombres durante la gran epidemia: bastó con un barco y unas ratas infectadas, empezó en verano, en julio, el mes anterior nadie conocía la enfermedad y nadie hubiera podido predecir lo que iba a pasar. Toda la existencia se asienta en esa incertidumbre. No hay futuros infalibles.

Madelaine vigila la suavidad del aire, la dirección del viento, el color de las nubes en el cielo. Si pudiera, mimaría los campos como miman las gallinas a sus polluelos, con los brazos extendidos para protegerlos. Los acogería debajo de ella, se sentaría sobre los brotes tiernos para protegerlos de las heladas. Basta con aferrarse a la esperanza. Encomendarse a. Pero es difícil, desconfían, solo creen en sus manos y no siempre sus manos sirven. Por momentos, invadidos por el temor, corren a la iglesia, la iglesia que los condena, porque todo esto, el hambre, el frío, las siegas heladas, toda la desgracia, en suma, es por culpa de los hombres, ellos cosechan lo que siembran. Y Madelaine grita en silencio que no es verdad, lo sabe muy bien, no existe ninguna relación entre lo que plantan y lo que reciben, ponen el alma en ello y les rompen el corazón. Madelaine dice que no volverá a la iglesia, Ambre la obliga, en estos tiempos no conviene que te señalen. De cualquier modo, la continuidad de las desgracias no llegará de ahí. Todo el mundo lo ignora aún. La vida diaria se reanuda en el Pays-Arrière. Al alba, Eugène y su caballo emprenden el camino hacia la barcaza, los dos hijos restantes y Madelaine siguen en dirección a las tierras. El trigo ha comenzado a crecer. Se mire donde se mire, los tiernos brotes de color verde pálido cubren los suelos cultivados, contrastan con las parcelas en barbecho donde la vegetación emerge del invierno negra y amarilla. Germain tiene ahora una parcela más, cinco áreas de

helechos muertos y espinas. Al principio dijo que sería para el año siguiente, pero la impaciencia lo traiciona, se pone manos a la obra, y Madelaine y Mayeul lo imitan. Roturan, cortan, remueven. También es la oportunidad de probar la herramienta prestada por uno de los aldeanos, que permite ahorrar días de trabajo cavando la tierra para mullirla, y Germain dice que encargará una si vale la pena. De momento no lo saben, la utilizan mal, están aprendiendo. Germain se va familiarizando con la reja del arado, perplejo porque requiere dos hombres, uno que tira, como lo haría un buey si tuviera uno, y el otro que maneja la esteva hundiendo la herramienta en la tierra. Tirar es agotador y Germain es el único capaz de hacerlo con la fuerza suficiente para guiar el arado. La resistencia del suelo sigue tensando sus rasgos, lacerando sus hombros, que presentan marcas de piel quemada. La tarea avanza más rápido que con la pala y el azadón, aunque es más dura. Le han prestado la herramienta, es su única oportunidad de que la tierra sea cultivable para la temporada, así que él persiste, la usa tanto como puede para no arrepentirse. Lo que sí lamenta es no tener un buey. El gran caballo de Eugène haría el trabajo aún mejor. Germain tampoco lo tiene, Jéricho transporta madera y su padre lo necesita, no se lo pedirá. Sería estúpido imaginar que se detiene una tarea por un lado para realizar otra nueva por el otro, y solo queda él, Germain, para ocupar el lugar del buey y respirar fatigosamente bajo el sol primaveral. No aguanta el día, a ratos toma la pala o el azadón, y piensa, y eso es el colmo: para descansar. Cuando vuelve a la faena con el arado, Mayeul y Madelaine lo conducen detrás de él; conducirlo solo requiere una fuerza normal. Madelaine lo intentó, cuando Germain arrojó la herramienta al suelo, agotado, sobrepasado, y ella se levantó de un salto y dijo: yo también puedo. El mayor la dejó intentarlo. Arqueándose con todas sus fuerzas, inclinada hacia delante hasta quedar casi paralela al suelo, Madelaine despegó el arado. Por unos momentos, Germain creyó que podría. Pensó que compartirían la tarea, que se turnarían, que funcionaría. Incrédulo pero aliviado. Y entonces la pequeña vaciló. Insistió, buscando en su estómago un grito de rabia que la ayudara a tirar de nuevo, llamó a Mayeul sabiendo que no podía soltar la esteva, y fue ella quien cedió, se

sacó las correas con lágrimas en los ojos. Recogió piedras del suelo y se las tiró a la herramienta mientras la pisoteaba. Germain acudió corriendo a detenerla, Madelaine, no puedes hacer eso. Quería ayudar, escupió, con la voz temblando de rabia y de despecho. No importa, dijo Germain. Lo conseguiré. El año que viene le pediremos el buey a Magne, nos las arreglaremos, será más fácil, esta herramienta no está hecha para los hombres, y al mayor se le recompuso el rostro, respiró hondo y acalló sus músculos doloridos. Madelaine, por su parte, redobló sus esfuerzos con la azada. Quiere volverse fuerte, tanto como Germain. No hay ninguna razón para que no lo logre. Se lo demostrará a todos, y su cuerpo tendrá unos brazos nudosos, una espalda con huesos salientes que nunca temerán el cansancio. Sus piernas la llevan más allá de lo posible porque todo es posible, se dice, si continúa, acabarán a tiempo. Entonces plantarán verduras tardías. Coles que se recogen durante el invierno y guisantes para llenar las escudillas y los estómagos, es la primera vez que plantan tantos, hasta entonces Germain lo ha probado en un trozo de tierra, solo eso. El repunte de las temperaturas los anima, aprovechan que la tierra ya no está empapada, las azadas no se pegan y la arcilla es menos resistente. Recuperan el placer extenuado de los descansos a la sombra de un árbol frondoso cuando el ángelus marca el mediodía. Comen pan moreno, lo llaman pan de perro, de la época en que estaban obligados a alimentar con salvado a los perros de los amos durante las grandes cacerías.

En la granja, Ambre y Aelis roban tiempo al día para charlar bajo el sol mientras remiendan una prenda o preparan una sopa. Se diferencian de las otras mujeres, que trabajan a la sombra, en las casas, y que solo salen a por agua o a alimentar las aves del corral, el exterior es para los hombres. Ambre y Aelis sí salen bajo el cielo azul, con su piel expuesta a la calidez del aire. Se sientan sobre las grandes piedras cuadradas que sirven de banco, sobre la tapia baja o sobre la vieja tabla de roble, echan la cabeza hacia atrás y ríen antes de reanudar su trabajo. Hablan de sus hijos, a veces vacilantes, de sus hombres que ahora son uno solo, de la casa vacía que habrá que abrir para expulsar la humedad. Aelis envía al niño

que ha contratado a deshierbar el huerto detrás de las casas, quiere estar tranquila, lleva a Ambre hasta el fondo de los corrales; luego, del otro lado del camino, recogerán plantas. Hablan con alegría y con serenidad, saboreando cada palabra pronunciada al sol, burlándose de las maldades que dirían las comadres del pueblo si las vieran al exterior, tan lejos, las comadres, que dirían que no trabajan lo suficiente, que trabajar al sol no es trabajo. Tonterías. ¿Quién diría que eso no es razonable? Y de hecho no lo es. No por el sol —en eso se equivocan—, sino por el ruido que oyen de repente ese día.

Un ruido que identifican al instante y que las pone en pie, y palidecen, pues han cometido un error, están demasiado lejos de las casas, enseguida lo entienden. Miran en vano hacia las granjas, se hayan en el lugar equivocado, ni de un lado ni del otro, vulnerables en ese camino vacío donde no se las ve más que a ellas, y Aelis piensa en esas ratas de campo que corren abiertamente por los prados y a las que los perros atrapan porque ya no hay escondite, piensa que no deberían haber salido y ya es tarde: toma la mano de su hermana y ambas se dan la vuelta como si eso pudiera hacerlas invisibles, el ruido ya está en el sendero, choca contra las piedras. El ruido del caballo gris de Ambroisie-Hijo, que hace cabriolas; él las ve y se detiene con un tirón brutal de las riendas.

Y Madelaine, el mismo día a la misma hora, Madelaine regresa a paso rápido por el camino que conduce a las granjas. En el campo, el arado chocó contra una roca oculta bajo la tierra. Germain se detuvo de golpe, intentaron liberar la herramienta todos juntos, pero estaba bloqueada, no había nada que hacer. Germain envió a Madelaine a buscar una barra de hierro para sacarla, una barra y un mazo; ella tomó la carretilla para transportarlos de regreso más fácilmente. Camina rápido porque tiene prisa en romper la piedra, prisa en volver a golpear, hacer palanca y golpear, olerá a piedra quemada, le gusta ese olor a chispas que flota en el aire, Madelaine se dirige hacia Les Montées, donde están Aelis y Ambre, y ahora Ambroisie-Hijo.

Las casas están aún fuera de la vista de Madelaine cuando oye el ruido que la inmoviliza.

Proviene de las granjas, sin lugar a dudas, no lo identifica bien, no suena como los ruidos habituales.

Y no es el galope del caballo gris de Ambroisie-Hijo lo que paraliza a Madelaine, porque el caballo se ha detenido hace un buen rato. Es otra cosa. Gritos tal vez.

No, no gritos.

Son alaridos.

De mujeres, reconoce Madelaine.

Deja entonces caer la carretilla a un lado y sale corriendo. Ella no sabe lo que es. No sabe lo que la espera detrás de la última colina, ni quién la espera, en casa de su madre y de Aelis, y de allí viene el espantoso quejido. Por un momento piensa que están degollando al cerdo; sin embargo, ya no hay ningún cerdo que matar, se lo comieron hace mucho tiempo, y Madelaine lo recuerda fue ella quien lo desangró. Eso la habría tranquilizado, imaginar que era el grito de un animal, pero en el fondo ha entendido que lo que proviene de allí es humano. No del todo humano, pues la desesperación y el terror de los gritos vuelven los sonidos animales y deformes.

Y Madelaine, mientras corre, comienza a llamar con una voz estridente que reverbera en lo que tiene delante. Un miedo colosal se extirpa de su cuerpo, es algo nuevo, aterrador, un miedo a la vez que una rabia indecible, porque Ambre o Aelis —está segura de ello — están siendo violentadas. Madelaine se asfixia, no va lo suficientemente rápido, siente lágrimas fluir por el rabillo de sus ojos, esperadme, piensa, esperad.

Sus ojos devoran el último cerro.

Pero detrás: la pequeña no piensa en eso, solo quiere llegar a la cima y saber, la niñez ignora que a veces es mejor no saber.

Detrás: ya ha llegado.

Al alcance de su mirada.

Lo primero que ve, por ser lo más grande, es el caballo gris de Ambroisie-Hijo. Y el caballo pisotea, como loco, nadie lo tiene sujeto. Nadie lo monta. El resto está en el suelo.

El resto: el hombre y las dos mujeres, y los perros aullando un poco más lejos, tirando de sus cadenas. El hombre sobre la primera mujer, cuyo vestido está levantado hasta la cintura, y la otra

arrodillada junto a ella, como inconsciente, y Madelaine está demasiado lejos. Grita, grita al ver el resplandor de la cuchilla que Ambroisie-Hijo sostiene y que el sol de un mes de mayo demasiado caluroso hace brillar de golpe, la hoja afilada, el metal, y luego la sangre y de repente todo está rojo. Debajo del Hijo, la mujer ya no se mueve. Madelaine recorre los últimos metros con un rugido de fiera salvaje. El Hijo la ve, se levanta a medias, con la daga en la mano; la ve y una enorme sonrisa le atraviesa el rostro al distinguir a la pequeña corriendo hacia él, corre esa idiota, como la otra mujer, que quiso detenerlo y a quien golpeó, y con esfuerzo se levanta del suelo, entre los pliegues del vestido y el cuerpo inerte debajo de él, se ajusta los pantalones, espera. Adivina el destral en el costado de Madelaine, que ella saca de su cinturón con un gesto, y esta vez él se ríe observándola en su carrera mientras ella se apresura a blandir el arma y él grita: ¡Ven, acércate!, y abre los brazos, se ríe porque él es el amo y nada es posible contra él. Se imagina su propia daga chorreando con la sangre de la mujer muerta —ella se defendió, sí que se defendió, lo golpeó con una piedra que recogió veloz, siente que su frente todavía sangra un poco, y luego la rabia, se lo merece, el ardor de Ambroisie-Hijo sobre ella y el cuchillo en su corazón, después, para castigarla—, se imagina esa misma hoja entrando con una facilidad casi decepcionante en el vientre de la pequeña, o cortándole el cuello, y eso es lo que le hace reír. Sí.

Y el ruido, una vez más: de repente el ruido es atronador.

Es el eco de los huesos que se rompen bajo el impacto, el crujido de un cuerpo que el arma atrapa en pleno vuelo, y absolutamente por sorpresa, y el grito, ese rugido: Madelaine echa los brazos hacia atrás para tomar impulso y, como con el corzo, como con los árboles muertos contra los que practica desde hace años, lanza el destral gritando hacia Ambroisie-Hijo. En su alarido imprime toda su rabia: por la mujer perdida a los pies del Hijo, por el hambre, por la miseria, por su perro, por Artaud, por los años de odio larvado, por la furia que hay que domar. Madelaine no se ha domado, y el Hijo percibe algo diferente, que no comprende, que no le concierne —nunca habría creído que la niña fuera capaz de lanzar el arma desde tan lejos—, pensó que se acercaría a enfrentarse cuerpo a cuerpo

con su ridícula fuerza de chiquilla, él la estaba esperando con su daga en alto, ella no podría manejar su hacha con habilidad, la tentativa era tan patética. Y luego ve con toda certeza el arma que ha salido de las manos de la pequeña cruzando el espacio entre ellos a una velocidad que no le deja tiempo para nada. Incrédulo aún, por unas fracciones de segundo ve por el rabillo del ojo a su caballo gris, que huye asustado, ve al caballo galopando hacia el bosque, y se dice a sí mismo que le llevará horas alcanzarlo y eso le enfada, y, en ese preciso momento, la hoja del destral se clava en su esternón y ese es el sonido de los huesos que estallan.

El Hijo cae de rodillas. Con los dedos apretados alrededor del metal, sin fuerza, mira a la niña, que termina su carrera sin disminuir el ritmo y él cree que sigue vivo puesto que la está mirando, cree que se levantará de nuevo y de una puñalada la degollará, la destripará, cortará en trocitos a esa mamarracha que se ha atrevido a golpearlo, a herirlo; la furia se desborda, abre la boca para gritar y la sangre le corre por la camisa y el estupor lo paraliza. Al instante siguiente, Madelaine está sobre él. Arranca el destral y Ambroisie-Hijo brama de dolor; agita su daga, pero la pequeña ya ha retrocedido para esquivarlo antes de lanzarse nuevamente hacia delante. Luego, en el pueblo se dirá que desde el principio él pecó de exceso de confianza, no midió la velocidad de la pequeña ni su fuerza, pensó que era imposible, y el pensamiento se detiene repentinamente en un destello de sufrimiento. Aturdido, observa su daga en el suelo.

La hoja llena de sangre ha caído entre los pliegues del vestido de la mujer muerta, y su mano, la de él, medio cortada por un segundo hachazo, cuelga, inútil, del extremo de su brazo. Ambroisie-Hijo comprende que corre un gran peligro, y lo comprende demasiado tarde: Madelaine lanza el destral por tercera vez y ahora le abre el vientre y lo que hay dentro, entrañas y tripas, y el hombre, frente a ella, se desploma de lleno.

CUATRO

Y eso es lo que Eugène descubre mientras se apresura con el gran caballo, al quedarse solo, pues el crío que había ido a avisarlo ha huido por el otro lado, como había dicho Aelis —¿o fue Ambre?—, y ya no hay ni un sonido, ni un grito. La escena ha quedado inmóvil. Tendieron una colcha sobre un cuerpo, pero el resto sigue igual que cuando la mujer que ha sobrevivido le tapó los ojos al niño para que no viese nada y le ordenó que fuera a buscar a Eugène, que se fuera sin mirar atrás y sin detenerse, y él así lo hizo. Después, como también le dijo la mujer que hiciera, atravesó el campo para avisar a Germain y Mayeul sin saber de qué, y regresó a su casa con su pedazo de pan en el bolsillo, un poco inquieto; todo había sucedido tan rápido y él no está acostumbrado, no le gusta.

Eso es lo que el corazón palpitante de Eugène abarca de una sola mirada al dejar atrás la última colina, del mismo modo que lo divisó Madelaine en su mayor brutalidad dos horas antes: la colcha, el cuerpo de una mujer muerta y dos siluetas aturdidas con los brazos colgando, sentadas en medio del caos.

Eso marca el final de una vida, la de antes, porque Eugène tenía razón, nada volverá a ser igual y corre pesadamente, arrastrando tras de sí al gran caballo dorado que hace retumbar la tierra. No sabe cuál de las dos hermanas ha sobrevivido porque ambas están manchadas de sangre, no adivina si es Ambre o Aelis quien se retuerce las manos mientras llora, le gustaría preguntarle, le gustaría que le contestara ya. Lo peor, lo presiente, está debajo de la colcha. Y el miedo le desgarra el pecho y se apodera de su mirada, ya lo ha comprendido, y de repente Madelaine se arroja a sus piernas gritando: he sido yo.

He sido yo quien.

Eugène la contempla, su mente flaquea. Lo sabía. Siempre sintió que la pequeña traería la desgracia, que sucedería más tarde, de

otra manera, en otro lugar. No podía culparla por algo que no existía. Pero ya está ahí. Así que aparta a Madelaine con un gesto y, con los ojos muy abiertos, se fija en la gruesa tela y la alza lentamente. Está seguro de lo que encontrará debajo, el caos que lo rodea no da lugar a dudas. Y, contra toda lógica, tiene alguna esperanza. Reza para sus adentros, ojalá que no sea *él;* y, al identificar en ese momento a Ambroisie-Hijo, siente un golpe en el corazón, como si el deseo hubiera podido borrar la realidad, como si hubiera creído por un momento en la posibilidad de un milagro. Ante todo, le hubiera gustado no reconocer a ese hombre muerto tendido a sus pies, si hubiera sido cualquier otro, lo habría solucionado, pero no el Hijo, no él. Eugène se vuelve hacia la mujer que queda y que se agarra a él, sollozando. Se niega a escuchar las palabras que sabe: están perdidos, los colgarán, los torturarán, los cortarán a tiras uno a uno para enseñarles que no se debe tocar a los amos, y eso también lo sabe, nunca debería: ella, la niña, fue ella, lo dijo, lo gritó. Eugène se tapa la cara con las manos.

Pensar en algo mientras su corazón es presa del pánico. Organizar pensamientos sin sentido e inútiles, pues podrá tirarse a los pies de Ambroisie-Padre, podrá ofrecer su vida, los matarán a todos, para dar ejemplo, para mostrar la justicia de los amos, para devolver sangre por sangre. Nadie se salvará, ni siquiera Mayeul, el más joven, ninguna piedad para las familias que tocan a los amos.

Morir todos.

Impedirán a la gente del pueblo enterrarlos dignamente y sus restos quedarán a merced de los carroñeros, aves o mamíferos, sus cadáveres apestarán el aire de La Foye e incluso del río Basilic, sus almas vagarán para siempre por las orillas. Condenados en este mundo y en el otro, así que.

Así que hay que pensar rápido y a fondo, decidir si dejarse matar o intentar alguna locura que nadie se haya atrevido a llevar a cabo, al menos que Eugène sepa. Es su sangre la que está al borde del abismo, sus hijos, su carne, e incluso la pequeña Madelaine, la que los ha llevado a las puertas del infierno; de repente elige: intentar vivir. Con un gesto, se aferra al brazo de la mujer que queda y clava su mirada en la de ella. Le gustaría preguntarle quién es, pero esa

mirada ante él, esa mirada le responde en silencio y hay algo más, luego recordará que todo empezó a trastornarse desde el momento en el que adivinó lo que esa mirada mandaba y exigía, el momento en el que asiente con la cabeza intentando echarse para atrás, el momento en que murmura su nombre con una voz terrosa.

¿Aelis?

Y la mujer endereza su rostro de sangre y lágrimas con un estremecimiento.

Eugène alza la colcha y descubre el cuerpo mutilado, y eso hace que retire su mirada. Concentrarse en la colcha: enrolla en ella el cadáver de Ambroisie-Hijo y envía a Madelaine a buscar una cuerda que ata fuertemente en ambos extremos. Así envuelto, el Hijo inspira menos miedo que las moscas que acuden ya a olfatear, y Eugène lo empuja aterrorizado, no por los restos, sino por lo que está haciendo. Se detiene unos segundos en el momento en que hay que levantar a Ambre para llevarla a casa de Léon, y Madelaine ve las lágrimas en el rostro de Eugène, lágrimas que trazan un surco en medio del polvo y la sangre y gotean en el suelo. Madelaine no dice nada. Mira a Eugène, luego mira a Aelis, y eso es todo.

Tienes que irte.

A pesar de que la pequeña abre mucho los ojos, no se inmuta. Sabía antes de que Eugène lo dijera que su única posibilidad de salvación era huir. Es una reacción en vivo, una reacción animal que no se adorna con preguntas, ella no está en condiciones de razonar; de lo contrario, ¿por qué huiría si nadie la ha visto?, aunque quizá el crío aquel, quizá un aldeano desde lejos, mientras ella corría, basta con una duda. Cuando las tropas de Ambroisie lleguen, todos se derretirán de miedo, cuando las lenguas digan que no saben nada y los soldados se vayan a otra parte. Aelis se tapa la boca con la mano para ahogar sus sollozos y va a la casa a por una capa que coloca sobre los hombros de Madelaine, un zurrón en el que desliza una gran hogaza de pan, un poco de tocino y unas monedas que tiene ahorradas. Pero Aelis niega con la cabeza, sacude el brazo de Eugène, que agacha los ojos: la pequeña no puede marcharse sola, y Eugène responde que vaya a buscar a Jéricho, que está pastando

un poco más lejos. Luego agarra a Madelaine por el hombro, sin mirarla.

Te llevarás el caballo y yo ataré a Ambroisie-Hijo a su lomo. Caminarás durante tres noches a lo largo de la orilla del Basilic, sin cruzarlo para que la Vieja no te vea. Solo te detendrás durante el día, te esconderás, y, cuando encuentres un lugar donde puedas ocultar este cuerpo, entiérralo, empiédralo, sin que nada ni nadie pueda desalojarlo de la tumba donde lo metas. Eso es lo que harás. Luego continuarás tu camino. No volverás aquí hasta que se hayan olvidado, hasta que pasen diez años. Caminarás recto hacia otro país y no te conoceremos más. Ese es el precio que debes pagar para sobrevivir. Te dejo a Jéricho. Prepárate ahora.

Madelaine se gira llorando, gritos detrás, más gritos, se dice a sí misma, querría taparse los oídos con las manos para no escuchar más, ni los alaridos ni las palabras de Eugène. Germain y Mayeul están allí. Llegan sin aliento, son gritos como gemidos, observan jadeantes el camino y el extraño saco que yace enrollado en el suelo. Adivinan las huellas de la lucha, largas marcas en la tierra y la sangre que forma manchas marrones en la hierba aplastada frente a ellos. Hacen un movimiento como de rechazo. Eugène los manda callar con un gesto y les cuenta. Unas cuantas frases secas y crueles, ojos que se entrecierran, puños apretados. Alzan la mirada hacia Aelis.

Ellos no se mueven.

Nadie se mueve, ni siquiera el tiempo.

Integrar la inverosímil realidad.

Solo sus respiraciones hacen ondas en el aire.

Entonces Eugène rompe el silencio y pone de nuevo el mundo en movimiento, Eugène le dice a Germain: ayúdame. Toman el saco por cada extremo y lo alzan, colocándolo sobre el lomo del caballo, atándolo tan fuerte que se necesitaría un cuchillo para deshacer los nudos, como si temieran que Ambroisie-Hijo se soltara y se quedara allí, como si estuvieran amarrando al diablo.

Eugène envía a Aelis a lavar a su hermana y vestirla, ocultando sus heridas. Dirán que tuvo un accidente, tendrán que preparar su mentira, disponen de poco tiempo, y vosotros, Eugène señala con el

dedo a sus hijos: nadie ha visto nada. Ambre está muerta, eso es todo. Y Madelaine, Madelaine se ha ido de aprendiza a otro pueblo, colocada con un maestro para aprender un oficio, lo recordaréis ¿no?, asienten con la cabeza, aturdidos.

Por último, se dirige a Madelaine y en un susurro: Vete. Vete ahora mismo. No se sabe cuándo se preocuparán por el pequeño amo y tú debes haber desaparecido antes de eso.

¿Vete?

Mayeul grita.

¿Vete a dónde?

Madelaine esboza una mueca a modo de sonrisa para tranquilizarlo, presumiendo de que irá hasta el fin del mundo. Se resquebraja por dentro, y es como lo que vivió años atrás, antes de llegar aquí: todo desaparece, ya está sola.

¿Y yo?, pregunta el pequeño.

No, tú no.

Yo también voy hasta el fin del mundo, dice Mayeul, y Eugène levanta una mano y ruge y todo queda en silencio alrededor de ellos.

No se da la vuelta. Se ha despedido, hubo abrazos breves, excepto el de Aelis, que la abrazó fuerte, entre lágrimas. Y Madelaine la miró directamente a los ojos. No dijo nada, no era necesario. Aelis lo sabe. Que a Madelaine no se la engaña. Germain y Mayeul se darán cuenta algún día, tal vez, los hombres miran menos, están menos atentos. Mientras la casa esté limpia y haya sopa en las escudillas.

Pero Madelaine.

Ella sonrió. No dirá nada. Le hubiera gustado que se lo dijeran, aunque lo comprende, era imposible, los demás no deben saberlo. Es un secreto que ella se lleva. Un pequeñísimo secreto comparado con el huracán que devasta sus vidas, lo guardará muy dentro, enterrado, invisible, minúsculo.

Quien murió no fue Ambre, sino Aelis. Eugène y Ambre sellaron ese pacto de silencio al pie de los cadáveres aún calientes: Ambre ocupó el lugar de su hermana, no dirán nada. Está ese sentimiento culpable de que las cosas deberían haber sido así desde el principio, la idea esbozada de una reparación, de una justicia, de un consuelo.

Ambre está junto a Eugène y la ve marchar, a ella, a Madelaine, a su hija, y Madelaine recuerda las pocas palabras que intercambiaron justo antes. Su única esperanza: Eugène ha dicho que no vuelva, no hasta dentro de diez años, dentro de diez años ella regresará. En los tiempos de caos, basta con una lucecita para tener ilusión y sobrevivir. Habrá pasado rápidamente, piensa Madelaine, y sabe que no, que los días le parecerán interminables, que la dureza de la existencia la ha alcanzado una vez más. No quiere pensar en lo que le espera. No siente miedo, sino rabia.

Eugène la ha expulsado, dijo que era tarde, que tenía que limpiar con Germain y Mayeul, rastrillar la tierra para borrar las huellas de la lucha, arrancar la hierba enrojecida por la sangre y enterrarla bajo un montón de estiércol. Eugène quería que ya se hubiera marchado, el desgarro es doloroso. Murmuró que una vez que ella estuviera fuera de la vista no sería lo mismo, la herida sería menos aguda, él hablaría en tiempo pasado.

Madelaine, pues, no se giró. Eso es todo. Agarró el ronzal del gran caballo y emprendió el camino. Por los sonidos de los movimientos furtivos detrás de ella, supuso que Eugène no esperaría hasta que ella hubiera rebasado el final del camino. Germain y Mayeul la acompañaron hasta la tapia baja, con la cabeza gacha, no se atrevieron a mirarla. Los hijos que quedan. Los hijos con el destino atado; no pueden irse, no pueden desertar. Es el mismo destino que encadenó a Eugène a Les Montées antes que a ellos, cuando pensaba recorrer el mundo, pero la vida lo obligó a desistir, ese destino que hace que todo pase, todo se someta, y los hijos lo saben, fueron los primeros en fracasar, el deber está escrito en su sangre. Eugène vio un fugaz destello de duda en sus ojos, en su forma de observar a Madelaine y luego la granja, y comprendió el terrible dilema, aunque ni en un solo momento les permitió elegir: con una mano en el brazo de su hijo mayor, les ordenó que prepararan las herramientas. Se interpuso entre Madelaine y sus dos hijos, que lo desafiaban con la mirada, rompiendo el vínculo entre ellos. Sin embargo, en el fondo ya habían retrocedido, solo necesitaban tiempo para aceptar, tiempo para digerir y para que dejaran de formarse nudos ardientes en la garganta y en el

estómago, todo tendrá que ir bien, con esa terrible frase adherida a ellos desde su nacimiento hasta el último de sus días: así son las cosas. Y los pensamientos pasaron a toda velocidad por la mente de Germain y Mayeul, que vieron a su padre sin el caballo. A partir de ahora, vivirán únicamente de las tierras, unas tierras que Eugène no puede cultivar solo; por supuesto, debían quedarse. Desde ahora, estaría Madelaine de un lado y del otro, ellos.

No fueron los brazos de Eugène los que los sujetaron para impedir que la siguieran. Ellos consintieron por su propia voluntad. Y hay disgusto en las mandíbulas apretadas de los hijos, una bola atascada que no pueden tragar ni liberar, el disgusto les sale por la nariz y por los ojos, pero no tienen una palabra ni un sonido, y Eugène finge no darse cuenta.

Madelaine ha desaparecido con el caballo por detrás de la colina.

Los hijos se ponen a trajinar, sus mentes están ocupadas; solo enderezan la espalda cuando la tierra está completamente barrida y vaciada de lo que sucedió allí a primera hora de la tarde. Cavan un hoyo un poco más lejos para enterrar las ropas sucias de Aelis y de Madelaine, arrojan en él carretillas de leña que cubren la tierra removida; es una leña cuidadosamente almacenada bajo el cobertizo, que sacaron y arrojaron en desorden como si la acabaran de recoger del bosque y la hubieran puesto a secar.

Ya en la casa, Ambre lava el cuerpo de su hermana tumbada sobre el lecho. La viste con ropa limpia, de esa que se guarda para ocasiones especiales, bautizos, bodas y entierros; la última prenda de Aelis que la acompañará para la eternidad, para lo que quede de ella una vez que esté bajo tierra y los meses y los años pasen por encima de ella. Ambre llora en silencio, algo se le ha derrumbado dentro. La pena la embarga, sabe que es por un tiempo, que la pena se irá incluso para ella, incluso para una hermana gemela; una cicatriz un poco más profunda y ya está, la existencia no se toma un descanso, hay que pensar en lo que viene después. Pensar en la extremaunción que Aelis no ha recibido y en el testamento que no tuvo tiempo de hacer, que impedirán que la entierren en el cementerio; pensar en llamar al sacerdote, dialogar con él y tal vez llegar a un acuerdo; pensar en repasar las mentiras con Eugène, el

accidente, la partida de Madelaine y del caballo de labranza. ¿Cómo sostenerlo todo? Es demasiado, piensa Ambre, empezando por acostumbrarse a que la llamen por el nombre de su hermana, a que Germain y Mayeul la llamen *madre,* ¿y si se da la vuelta, si busca a Aelis con la mirada? Aelis soy yo, repite una y otra vez para sus adentros, y cierra los ojos, frunce el ceño para que la mentira entre en su mente, las lágrimas corren por su rostro, se queda inmóvil.

O bien: no decir nada.

Enterrar a Aelis en un extremo del jardín. Hacerle una tumba con piedras, una tumba que Ambre adornará con flores para ser perdonada, pero nada perdonará la condena del alma errante de su hermana; quizá sea incluso más aterrador que el espectro de la muerte de todos ellos a manos de los soldados de los Ambroisie, pues lo que viene después, el cielo, los aterroriza a todos, hombres, mujeres y niños. El alma está antes que los vivos. Es impensable, impensable, y sin embargo, si no dicen que Aelis ha muerto o Ambre, no habrá conexión con la desaparición de Ambroisie-Hijo, con el regreso del caballo gris solo a las cuadras del castillo, nadie será capaz de relacionarlo, nadie rastreará la pista borrada.

Les faltan fuerzas e imaginación. Se contienen. Quizá sería más sencillo, casi más apacible, confesar y morir inmediatamente. No, no, se corrige Ambre, debe proteger a los chicos: solo el silencio de sus padres, solo la calidad de su engaño los salvarán a ellos y a Madelaine. Baja la cabeza y lo repite en un susurro. Lo importante es no morir.

No hablar.

Enviaron a Madelaine a aprender otros oficios. Los aldeanos dirán que era inevitable tras la muerte de Léon, sin dinero suficiente en la pequeña granja y con solo Eugène para alimentarlos a todos; dirán que era lo mejor colocar a Madelaine de aprendiza, ellos habrían actuado de la misma manera, el país es demasiado pobre. Y Aelis —habrá que pensar en decir Ambre— tropezó en el corral, una grave caída, murió en el instante, casi a las pocas horas de darse un golpe en la cabeza; ya pasó una vez en el pueblo, se sabe que eso ocurre.

En verdad, Ambroisie-Hijo no debería haber muerto.

Ambre, ahora Aelis, está pensando a toda velocidad. Sí, podría ser. El problema es el caballo gris de Ambroisie-Hijo. El caballo acabará por regresar al castillo y se sabrá que hubo un problema. Mientras que si el caballo y el Hijo no regresan jamás, todo es posible. El Hijo está loco. Podría haber abandonado el país por capricho, secuestrado a una mujer bella, todo se contará, todo se imaginará. Una ausencia no es violenta; una desaparición no es una muerte. Intentarán buscarlo, por supuesto, no encontrarán nada, y Ambroisie-Padre maldecirá a ese hijo que se burla de las reglas y las convenciones, maldecirá el asiento desierto a su derecha en la gran mesa del comedor. El Hijo tiene hermanas ya casadas con hijos varones que heredarán, paso a paso lo irán reemplazando, se saltará una generación, eso ocurre a veces, ocurre a menudo.

Pero está el caballo.

Ambre cierra la puerta de la casa y sale al corral a llamar a Eugène.

Cada uno toma un cesto con algunas bayas aún verdes, por si se encuentran con otros que buscan lo mismo. Han escondido entre sus ropas un cuchillo afilado, como los que se utilizan para matar cerdos. Salieron tras terminar de enterrar, barrer, ocultar, y del lado de Les Montées ya no se puede adivinar nada. Atraviesan el bosque para acercarse lo más posible al castillo sin ser vistos, luego se separan para regresar lentamente hacia las granjas, por donde el caballo se escapó, intentan evitar que el animal se acerque a las cuadras del castillo, van tras él, rezan para que se cruce en su camino.

Cuatro para recorrer el bosque. Están locos al creer que encontrarán al caballo del Hijo. Ambre insistió en que el destino les debe algo, en que la desgracia los ha golpeado demasiado. Así que asintieron y se fueron con el corazón latiendo fuerte, con la respiración entrecortada incluso mientras se separaban, Eugène más a la izquierda, luego los hijos, luego ella, Ambre. Una fila que avanza lenta y metódicamente en la noche que comienza a caer, la noche que oculta al caballo y que quizá ya ha empujado a los soldados a preocuparse por su amo. Más que nada, temen reencontrarse en Les Montées sin haberlo atrapado, tiemblan ante la idea de reconocer sus cuatro siluetas al final de las tinieblas, con los brazos colgando y

las manos vacías, y luego llegará el alba y sus nuevos miedos, el alba y la amenaza del caballo que ha regresado al castillo sin el Hijo, y los hombres lanzados en su búsqueda como perros de presa. Por el momento sudan de miedo en la noche muda, con los oídos alerta, aplastados por el silencio. A veces un pequeño roedor se escabulle entre sus piernas y se sobresaltan, se secan el sudor de la frente. La luna pasa mal por el follaje de los grandes árboles, les dificulta su visión, abren mucho los ojos para orientarse, distinguen unas formas que no son las de un caballo, se frotan la cara.

Eugène, que es quien ha llegado más lejos, se fija sobre todo en los arbustos. Las imágenes de la tarde aparecen obsesivamente en su memoria y lo distraen; siente como si aquello hubiera sucedido hace unos días, no pueden haber pasado tantas cosas en tan poco tiempo y el cansancio que lo invade no es solo el de su cuerpo. Ha sido demasiado: dramas, emociones, decisiones, demasiados muertos y demasiadas partidas. En un día ha ocurrido más de lo que ha experimentado en toda su vida, y su cerebro y sus nervios están saturados. Le tiemblan las manos, la cabeza y el pecho vencidos por la fiebre. Sus pensamientos coinciden con los de Ambre, una parte de él casi espera que los encuentren y los desenmascaren y que todo termine, pues la espera y la incertidumbre y el miedo son peores. Pero es con eso con lo que contará Ambroisie-Padre si se descubre la muerte del Hijo, con el terror que los campesinos tienen hacia sus amos: se delatan a sí mismos, son incapaces de soportar la angustia de que los pillen. Preferir rendirse, correr al matadero, y sin embargo Eugène no está dispuesto a ello, ni Ambre, ni mucho menos Germain y Mayeul, que tienen la vida por delante, una vida con futuro, tal vez, si el destino los apoya, si tienen suerte, si todo va bien. Madelaine, no se sabe. Madelaine, a través de quien llegó la tragedia. Eugène niega con la cabeza, él quiere a la niña. Si las cosas salen como esperan, algún día irá a buscarla, también en eso todo es incierto, se imagina la sonrisa en la cara de la chiquilla, él emprenderá el camino, preguntará a su alrededor, el gran caballo llama la atención, él los traerá de vuelta. Si todo va bien, se repite en silencio. Si todo va bien.

Germain y Mayeul recorren el bosque con la rabia en las entrañas. Germain, sostiene con una mano el machete que lleva debajo de la zamarra, sueña con matar a cualquiera que se interponga en su camino. Mayeul guarda silencio, se contenta con seguirlo, obligado a correr para no quedarse atrás. Él conoce la mirada de su hermano mayor. Al principio escuchó sus palabras. Ahora Germain está callado. Enojado con el mundo entero por haber hundido su existencia. Lleva durante años construyendo pacientemente su aprendizaje, su oficio, su pasión, piedra a piedra, y de repente todo se desmorona; pero lo mismo pueden decir su padre y su madre. Todos perdieron ese día. Y Madelaine, a través de quien todo se rompió. El único que puede reparar algo es el caballo gris. Así que Germain toma a Mayeul de la mano y se apresura silenciosamente hacia la oscuridad para recorrer el doble de territorio que sus padres. No se ha preguntado qué hará si encuentra al caballo. No lo han hablado entre ellos, Aelis dijo que tenían que atrapar al animal antes que los soldados, el tiempo se acababa y se fueron corriendo. Llevarlo de vuelta a Les Montées. Y luego. Ya se verá cuando llegue ese momento, por ahora, sus sentidos están volcados hacia el sonido del caballo, el olor del caballo, la idea del caballo, el caballo es la salvación, murmuró Aelis, y no se ve por ningún lado.

Germain es el mejor recolector de setas del pueblo. Tiene la habilidad de deambular por el bosque centrando su atención en el objeto que busca. Ya no ve las hojas en el suelo ni el musgo ni las ramas caídas, ya no distingue los viejos troncos parduscos ni el mantillo ni los lugares removidos por los corzos que allí dormían: solo las setas brillan en su retina. Vaga por el bosque y su mirada recorre el espacio a ambos lados al mismo tiempo, a la izquierda y a la derecha; siente que sus ojos se ensanchan, se disocian, cada uno al acecho de su parte, en busca de boletus y níscalos escondidos que aparecen de pronto en el fondo de su pupila. Hace lo mismo con el caballo. Se detiene bruscamente y, cerrando los párpados, dibuja en su cabeza la silueta de la bestia fugada, la curva de su lomo musculoso, las crines enmarañadas que caen sobre su robusto cuello portentoso, la envuelve con un olor animal a sudor y a miedo, y la contempla así. Luego abre los ojos y sabe que nada más atraerá su

mirada, que ahora puede correr por el bosque, que el caballo gris no se le escapará. Flanqueado por Mayeul, continúa en silencio retrocediendo hacia las granjas.

El caballo del Hijo se ha alejado menos de lo que creen. Quizá porque está amaestrado para quedarse cerca del lugar donde su amo desmontó: cuando el destral de Madelaine atravesó el espacio y el animal huyó, asustado por la furia y el ruido de los huesos al estallar, saltó hacia el bosque y se calmó enseguida. Sin un jinete que lo espoleara, se movió una y otra vez al trote, luego al paso, y luego se quedó quieto con la cabeza en alto, escuchando detrás de él. Como puso distancia entre él y el peligro, empezó a pastar. La embocadura le molesta, aunque está acostumbrado a esos momentos de soledad en los que Ambroisie-Hijo está ocupado con alguna doncella o mujer, con alguna presa de caza; ha aprendido a comer a pesar del metal que le traba la boca, ha aprendido a esperar.

En el bosque, pues, espera. Deambula durante horas tras las matas de hierba, a veces tropieza con las riendas, que han resbalado y le tiran de los dientes. Bebe agua de un arroyo, los insectos comienzan a esconderse para pasar la noche. La correa de la silla le aprieta el vientre; a eso también está acostumbrado. En ningún momento tiene el reflejo ni las ganas de volver a las cuadras, se contenta con la hierba tierna, nunca ha sido gregario, el Hijo va solo la mayor parte del tiempo y el caballo está acostumbrado a las largas salidas, el amo y él. Nadie más. Lo que ocurre es que las horas pasan de manera extraña, sin ruidos ni hombres, y esa libertad lo desconcierta, y deambula hacia donde lo lleva el viento, o un olor, o el azar de sus pasos. Sus sentidos están en alerta, es un reflejo milenario de los de su raza; la noche y lo desconocido le ponen los nervios de punta; a veces galopa sin motivo, como si huyera, bufando, de un peligro invisible, y sus cascos vuelan en las tinieblas. Pero ahí, una vez más, se detiene rápidamente, es para fingir, es el instinto, no hay nada en el bosque.

Casi nada.

Y, a decir verdad, el caballo se alegra un poco al verlo de repente. Reconoce la silueta de un hombre y le parece que la vida vuelve a la

normalidad. Lanza un breve relincho de bienvenida, como cuando el mozo de las cuadras le lleva la avena por la mañana y por la tarde, un arrullo, un ronroneo, da un paso hacia él antes de quedarse quieto.

El hombre es una mujer.

El caballo no teme a las mujeres. También conoce su olor, Ambroisie-Hijo lo lleva a menudo donde están ellas. No le gustan las sensaciones asociadas a ese momento —los gritos, la desesperación, la violencia— pero está amaestrado para obedecer, no se mueve, una vez más, espera. Y eso es lo que vuelve a hacer: esperar a que la mujer del bosque se acerque con susurros tranquilizadores y tienda la mano y sujete las riendas.

Entonces ve el brillo del cuchillo escondido bajo la capa. Es esa misma noche y Madelaine hace lo que le ha dicho Eugène: andar sin parar. La luna ilumina el camino que bordea el Basilic, por donde los hombres han limpiado el terreno para dejar paso a las carretas o a los bueyes que arrastran los troncos desde la orilla. Con naturalidad, se han puesto al mismo ritmo, Jéricho y Madelaine, con paso seguro y lento, ambos saben que si se dan prisa se agotarán antes del alba. Madelaine no habla y el gran caballo mira, siguiéndola, la pequeña silueta nerviosa que de costumbre charla tanto. No está acostumbrado a caminar de noche. No le molesta: ve mejor que los hombres en la oscuridad. Es distinto de lo habitual. No han tomado la ruta de la barcaza y a veces gira la cabeza para mirar detrás de él los senderos que abandona, la distancia que va creciendo y que lo separa del establo donde debería estar en ese momento. La presencia familiar de Madelaine lo tranquiliza. Respira su olor.

Madelaine sujeta al caballo por las riendas. Ella también contempla la noche. Lleva mucho tiempo sin estar afuera tan tarde; los únicos recuerdos que le quedan son los del abandono, el frío y el hambre, los pequeños refugios encontrados en una cabaña deshabitada, la soledad. Pero la noche no es solo eso, es peligrosa, dicen por aquí; al caer el día, todos regresan, animales y hombres, y ceden el lugar, obligados, a la vida salvaje y a los ladrones. Los cazadores furtivos salen con precaución, deben acostumbrarse a la noche, domesticarla. Al retomar el contacto con ella, Madelaine

siente inmediatamente la fuerza y la calma del cielo negro. Piensa que no hay nada que temer del mundo que se enfrenta a la oscuridad, solo es distinto, con otros ruidos, y basta con familiarizarse con ellos; reconoce algunos, el de un pájaro que se despeluza furtivamente en las hojas, el chirrido de una musaraña. El aire se ha enfriado, la capa de Madelaine la mantiene en un calor algodonoso. Cierra los ojos por el cansancio y se deja guiar por el caballo; eso la marea un poco, tiene la impresión de rodar hacia las profundidades de su cuerpo y tras él hacia las profundidades de la tierra que resuena bajo sus pies. Está aferrada a algo infinitamente más grande que ella, ella es el vínculo, un minúsculo vínculo entre el cielo y el suelo, y ocupa ambos territorios, el aire y la tierra, la cabeza y los pies. A veces escucha una pequeña melodía, sabe que está dentro, en sus oídos, que no existe. Sabe que es por el agotamiento, pero la sensación suaviza todo, sigue avanzando con el caballo, percibe su respiración profunda y constante a su lado, y luego la melodía regresa de nuevo sin avisar.

La rabia.

Ya no hay lugar para el miedo, y la rabia la hace sudar. Al principio, oscilaba entre la aprensión y la pena, anestesiada por esa tarde de mayo que de pronto se volvió diferente. Con el paso de las horas, el malestar se ha transformado en furia. La reprime. La rumia, repitiendo una y otra vez los gestos de ese día, y no se arrepiente; lo que lamenta es haber tenido que marcharse, ella, Madelaine, a pesar de que no es la culpable. Ambroisie-Hijo representa el enemigo absoluto, el que hace daño y sin embargo vence. Aunque no ha vencido por completo, y Madelaine, en medio de su rabia, golpea el saco atado al lomo del caballo, escucha ese ruido sordo, como si el cadáver hubiera chocado contra un árbol. Ah, no, el Hijo no ha vencido: ahora no es más que unos restos sanguinolentos que ya no sirven para nada. Ella también lo ha perdido todo, por culpa de él, y eso es una injusticia: por eso palidece de rabia y lanza el puño contra el saco, a ella solo le queda la vida. Es insignificante. Todo sucedió con demasiada facilidad. Fue un juego odioso, el de librarse de ella. Es como una canción que hay que acallar, como si nada hubiera pasado. No quiere esa mentira ni

esa prudencia. Ni confiar. Todos mintieron ese día y los que no mintieron fue porque no eran inteligentes. En la vida no hay un término medio.

El cuerpo que arrastra no tiene tanto valor como para que ella deba esconderse. El Hijo violó y mató y esa es su recompensa. Devastó sus vidas, creó ausencias y engaños. Madelaine comprendió de inmediato que Ambre se haría pasar por Aelis a partir de ese momento, Ambre, su madre, que prefería a Eugène; y, por mucho que la pequeña se diga a sí misma que lo comprende, que ella habría hecho lo mismo, le revuelve el estómago, no la consuela. Ella, ella no confunde las cosas, no se puede creer que Germain y Mayeul no vieran nada ni dijeran nada. Mueve la cabeza, no, ella no confunde las cosas. Fue un olor, una vibración del alma, cuando ella pasó por encima de la mujer que yacía en el suelo al ir a recoger su destral, clavado en Ambroisie-Hijo, supo, sin lugar a dudas, que era Aelis la que estaba debajo de ella; Aelis a quien han tendido en casa de Léon para fingir que; y la pequeña adivinó que la idea surgió de repente, por una mirada entre Eugène y Ambre, al darse cuenta de que podían cambiar las cosas, que nadie lo notaría, su única oportunidad, su amor.

Eso Madelaine lo rumia por dentro.

¿Amor?

Amor es elegir entre la violencia y la mentira. Así que siempre se cometerá una falta, y vuelve a golpear el saco amarrado al lomo de Jéricho y a escupir un insulto; y todo por culpa de él, cuya voz resuena en la oscuridad como si fueran diez voces gritando, diez para jurar que le harán daño, todavía más daño, que esto es solo el comienzo.

Madelaine tiembla por la furia y el frío. Ese frío que temían porque perjudicaría la siembra, a ella ahora no le importan esas semillas que nunca verá crecer, y se ajusta nuevamente la capa sobre los hombros, con los ojos alzados hacia un cielo preñado de estrellas. El tiempo ha cambiado, una vez más, una promesa que se escapa, la primavera que se escabulle, ya es tarde, piensa, los pimpollos han surgido de la tierra, frágiles, endebles, y la catástrofe le da igual.

En medio de las tinieblas que lentamente se dispersan, Madelaine pone una mano en las riendas para detener al gran caballo. Es el final del bosque, el paisaje emerge sobre una llanura donde los cereales han germinado como en las tierras de Germain. En el alba que se anuncia, se adivinan unos castaños de unos treinta años de edad que marcan el límite entre un mundo salvaje y los cultivos, y Madelaine hace un gesto hacia ellos. Será allí, sí, piensa, en uno de esos árboles jóvenes que crecen rectos hacia el cielo, unos árboles que más tarde serán troncos perfectos, pero por el momento ella no busca un tronco, busca un poste, una estaca, un palo donde desahogar su furia, con un movimiento brusco desenfunda su destral y corta las ataduras que sujetan a Ambroisie-Hijo al lomo del caballo y el saco se desliza y cae al suelo con un ruido sordo. Madelaine sopla sus manos heladas. El viento se ha ido al nordeste y esta vez está segura, volverá la helada.

Al día siguiente, el aire helado que todos temían congela las semillas germinadas, quema las flores de los árboles frutales y marchita las plantas que habían brotado en los huertos. Llegó de noche, nadie lo oyó; la víspera se comentó que haría frío y los aldeanos pensaron en esos malditos Santos del Hielo, pero ninguno se imaginó la maldad de esa helada que durará tres días y cuatro noches. La naturaleza no pudo evitarlo. Ella abrió sus flores, creyó que había vencido al clima. Deberían encender quemadores como en las zonas del vino para proteger los cultivos; deberían cubrir las hectáreas sembradas con un velo imposible, escupir en el aire para calentarlo, y, aun así, nada podrá salvar los brotes jóvenes de ese viento que no cesa durante casi cuatro días, porque es el más peligroso, con ese frío que atraviesa el cielo y hace caer la temperatura veinte grados en pocas horas y, una vez atrapadas sus presas, ya no las suelta ni el martes ni el miércoles ni el jueves.

Al alba de esa primera noche, lo saben. Hay que rehacer todo, al menos lo que se pueda, y todo se retrasará si la temporada sigue como ahora, porque las nuevas semillas deberán recuperarse con el tiempo, y no hay suficientes semillas nuevas. Rasparán el suelo de las reservas para cultivar medios campos, y son conscientes de lo

que esto significa, si se le añaden las deudas que hay que pagar a los comerciantes. Nunca se detendrá, piensan, están atrapados.

En el fondo, eso es apenas nada comparado con lo que va a ocurrir.

En unos pocos días, los habitantes de La Foye reorganizan toda la supervivencia del año. El pueblo está lleno de trabajadores impulsados por la desesperación, que les infunde una fuerza increíble. En los campos más expuestos, donde todo se ha quemado, desde el amanecer vuelven a abrir los surcos para prepararlos para nuevas semillas. Eugène, Germain y Mayeul tienen una parcela de unas pocas áreas de la que sacan el alforfón ya ennegrecido. No dicen nada sobre la ausencia del gran caballo, que, si todavía estuviera allí, tal vez los salvaría ayudándolos a remover la tierra. A decir verdad, ese día no intercambian una sola palabra, sorprendidos como están por el drama tan reciente que intentan apartar de sus mentes; casi felices con esta helada que los ocupa y envuelve sus almas por completo, relegando a un segundo plano la partida de Madelaine y el miedo visceral de que los pillen.

Están todos en el campo, jóvenes y viejos, como hormigas que se activan a la intemperie, a pesar del viento que los sigue congelando, persisten en arar la tierra demasiado dura, pero cada día contará después del deshielo y no piensan en las herramientas que les provocan vibraciones hasta en los hombros y hasta en la cabeza y unos dolores que les impiden dormir; layan, cavan, acarrean, sudan a pesar del frío, la muerte les lame las manos. De nuevo, esa necesidad de aguantar y, como siempre, aguantan. Saben de antemano que no todos sobrevivirán a este terrible año nuevo. Y sin embargo, mientras estén de pie intentarán lo que sea, cueste lo que cueste, se arrancarán la piel y se destrozarán la espalda, se agotarán, están hechos para eso.

Pero una vez más, nada se salvará.

Al tercer día de la helada, los soldados de Ambroisie-Padre rodean el pueblo de La Foye. No es el único que asedian: están sitiadas todas las aldeas en un perímetro que va desde el castillo hasta el castaño donde encontraron el cadáver atrozmente mutilado del Hijo.

Cuando le llevaron los restos irreconocibles de su heredero, Ambroisie-Padre palideció. Porque el Hijo murió, sí, pero sobre todo: por la forma en que murió.

No es un accidente. Es de un salvajismo inaudito, una escenografía sobre la que el Pays-Arrière murmura a lo largo y a lo ancho: Ambroisie-Hijo atado a un árbol a plena luz, expuesto a los ojos de todos, con el torso abierto vomitando las tripas y la sangre ya negra manchando su rostro y su cuerpo. Una provocación insensata. Y los campesinos que se enteran de la noticia se quedan petrificados de miedo, a pesar del alivio de saber que el Hijo ha muerto. Nunca un amo ha sido exterminado de esa manera. Mueren en la guerra, en duelos, cazando o por enfermedad. No son masacrados como unos harapientos ni desangrados como cerdos; y, sobre este punto, la ejecución no deja lugar a dudas: es obra de algún miserable paria. Los amos matan casi con elegancia, sin esa saña que se percibe en las heridas abiertas. Por desgracia, los amos vengan a sus muertos.

Encontraron, pues, al Hijo medio atado a un árbol, y recorrieron enloquecidos el Pays-Arrière. El mismo día, al bordear el Basilic al galope, las tropas se detienen cuando observan una extraña forma en medio del río, atrapada en una maraña de ramas. Envían a dos soldados al agua. Regresan arrastrando por las riendas el cuerpo inerte del caballo gris de Ambroisie-Hijo, que arrojan a la orilla. El animal tiene la carótida cortada. Por el vientre hinchado, deducen que fue degollado al mismo tiempo que su amo y que el Basilic debería haberlo arrastrado hasta los confines del territorio, como los troncos arrojados a la corriente, de no ser por los rastrojos que lo atascaron. Y hay algo ilógico en las precauciones tomadas para encubrir la muerte del caballo mientras el cadáver del Hijo fue expuesto brutalmente a las miradas de todos, pero ese detalle se esfuma ante el dolor, la estupefacción y, luego, el estallido de ira de Ambroisie-Padre. Bastó un día de viento helado para hacer que el castillo temblara de odio.

La tercera tarde de la helada, los soldados irrumpen en la plaza del pueblo. Llegan después del ángelus, cuando los hombres se han ido a sus casas y las casas los bloquean al fondo de las salas, y eso

es lo que quieren: que nadie escape. Sin advertencias ni explicaciones. Además, en el momento en que los hombres armados derriban las primeras puertas de las modestas casitas para penetrar en ellas, los campesinos saben por qué llegan y lo que sucederá. Ello no impide los gritos, los de las mujeres y los niños, los de los hombres, en el momento en que sacan a rastras a los hijos mayores de cada hogar, los soldados toman al azar al mayor de los chicos sentados a la mesa, los empujan con violencia, los arrojan a la placita, en el centro del pueblo. Y en La Foye, como en las demás aldeas, por orden de Ambroisie-Padre los degüellan. Sin piedad ni posibilidad de salvación, cortan, y sus espadas se hunden en la carne. Van rápido, apenas miran, a veces asestan el golpe con grandes carcajadas, son guerreros, la muerte no les impresiona. Dejan tras ellos un montón de cadáveres empapados de sangre, que sus caballos de hocicos espumeantes aplastan cuando los soldados los espolean de nuevo. Los aldeanos petrificados los ven dirigirse a toda prisa hacia otra aldea, hacia otros primogénitos. Los gritos de las madres llenan el cielo.

En Les Montées, los soldados rodean el caserío, tiran abajo las puertas, la de Eugène y la de Léon. Eugène y Ambre están aturdidos; los soldados registran con violencia las dos casas demasiado vacías, inclinados sobre el leñador, con las espadas reclamando víctimas. Pero Eugène balbucea que están muertos, que los demás están muertos, que no queda nadie, y los soldados siguen buscando y luego regresan a ellos, golpean a Eugène para vengarse de esas casas sin hijos, golpean fuerte, Eugène yace inmóvil sobre el suelo, ensangrentado, el galope de los caballos se aleja.

Más tarde, al caer la noche, Germain y Mayeul regresarán de los campos. Han visto a los soldados correr hacia el pueblo, los han oído llegar a Les Montées. Se escondieron. No podían hacer nada. Estaban avergonzados.

Ambre se lanza hacia ellos, los abraza, los estrecha contra ella, pensó que estaban muertos. La alegría no se dice, impedida por el miedo y el dolor, pero está ahí, palpable, en los gritos de la madre que no es la madre, sollozan juntos. Los hijos temen que los soldados regresen, no, dice Ambre, esta vez se acabó. Todo esto,

murmura Germain, es por nuestra culpa, y Ambre le tapa la boca con la mano; nunca se lo diremos a nadie, nunca. Hay que olvidar. Germain mira a su padre, mira las heridas, se arrodilla a su lado en silencio. Eugène dice que todo estará bien. Y luego sonríe.

Por la noche vuelven a oír ruidos afuera y sus corazones enloquecen. Se esconden, como si pudieran desaparecer entre los muros, desvían la mirada para no ver si vuelve la desgracia. El ruido es continuo, sosegado, insistente. Se detiene frente a la granja. Es Mayeul quien lo reconoce primero y se quita las manos de la cara, salta antes de que Eugène, asustado, pueda detenerlo, el pequeño pierde la cabeza y les dice que es él, es él, lo sé, lo sé. Lo conozco. Ante la mirada horrorizada de sus padres y de Germain, Mayeul abre la puerta. Jéricho está allí.

Tras colgar del castaño el cadáver de Ambroisie-Hijo, Madelaine soltó al gran caballo. Lo hizo retroceder por donde habían venido, y con una palmada en la grupa le ordenó regresar.

A casa.

Madelaine se deshace de Jéricho. Porque será demasiado visible en su huida si debe esconderse durante varias semanas, porque en Les Montées lo necesitan mucho más que ella. Porque pertenece a Eugène y Eugène le dijo que regresara dentro de diez años. Que regresara a reencontrarse con él.

Y con su madre.

Así que tienen que seguir allí dentro de diez años, y el caballo les será mucho más útil a ellos que a ella. En su mente, Madelaine traza una marca del primer día de ese inmenso tiempo que la separa de ellos. Observa el camino, y a ella en el medio. Por un momento, siente la tentación de retroceder y reunirse con el gran caballo al que ha ordenado regresar. Pero de repente se vuelve hacia el sendero que continúa frente a ella y se adentra en él como si alguien la persiguiera.

Al alba, hace una pausa para buscar un refugio donde esconderse durante el día, detenida en uno de los meandros del Basilic, se acerca al agua y saca su destral. En los reflejos inciertos del río, se corta el pelo, como un chico. Que quede claro: aquí no hay fragilidad. No hay ninguna hembra. No pestañea cuando caen los

primeros mechones y luego los siguientes. Tampoco pestañea cuando observa su rostro en el agua y descubre a ese mozalbete de ojos azules, a ese chico demasiado guapo: la vida se adaptará, habrá que acostumbrarse. Se cubre con la capucha debido a la corriente de aire que enfría su nuca y se desliza en el hueco que ha encontrado.

El tiempo se estira como si fuera a estallar. Le parece imposible que la tragedia que la ha lanzado a los caminos haya ocurrido la víspera. Es como si hubieran pasado varios días, y los días y semanas venideros serán años. Su percepción se distorsiona, surge una paradoja entre la viveza de su memoria, con la sangre que todavía bulle en ella, y su manera de mirar el drama, con una distancia tal que parece que no ha ocurrido la víspera, sino que siempre ha existido, como si Ambroisie-Hijo siempre hubiera estado muerto. Y Madelaine observa en su mente la extraña escena, y su mirada se vacía. Duerme toda la mañana, de agotamiento. Por la larga caminata de la noche y por la emoción. Recordará la desagradable sensación, al despertar, de faltarle las fuerzas para levantarse. Algo la retiene en el suelo, le cierra los párpados, la devuelve al limbo, es una sensación suave y de extenuación, y, mientras le viene el sueño de nuevo, se dirá a sí misma que no importa, que solo cuenta el cansancio, y se sumergirá en él con una beatitud aterradora. Espera dormir el resto de su vida y que los cuerpos mutilados y ensangrentados desaparezcan, espera despertar y reír porque ha soñado y porque debe seguir a Germain a los campos, ya llega tarde, pero acaba recuperando la conciencia. Recuerda todo y todo es terriblemente cierto.

El día la desorienta por su quietud y su silencio. Madelaine está acostumbrada a trabajar mientras la luz lo permita, con su cuerpo doblado sobre las herramientas y el peso de la tierra, cuando sentía cómo respiraba, sudaba, se incorporaba lentamente, apoya las manos en sus riñones, pero ahora: no moverse, no hablar. O muy bajito. Y con ella misma. Solo la perplejidad de dormir a las horas en que ella de costumbre se desgañita, y esa apatía forzada, ese tiempo tan largo, elástico. La noche tarda en caer, y con ella recupera su libertad, siente los movimientos como un hormigueo,

demasiadas cosas pasan por su mente. Cosas tristes, preguntas que nunca tuvo que hacerse sobre el día siguiente y el día después del día siguiente, luego, sobre todos los demás, ¿hacer qué, ir a dónde? Para ella y para los campesinos, que llevan muchas generaciones anclados en el Pays-Arrière, este es su único territorio. Tienen raíces profundas allí; cuando hablan del pueblo, dicen *nosotros*. Todos nosotros. Nosotros todos. De repente, las referencias se desvanecen, Madelaine nota un vacío en las manos y en el pecho, allí donde siente una punzada, allí donde le duele al tocarse. Si le preguntaran en ese momento qué es lo que más desea en el mundo, respondería: regresar. Regresar a casa. La casa contiene su país, le da sentido, la casa es su país. Y ahora: el exilio.

Caminar noches y noches. En ningún momento Madelaine imagina la masacre que ha ocurrido en el pueblo, no sabe que los soldados han cumplido con su tarea, que han matado a los hijos primogénitos de las familias, o a los que encontraban. Nadie pedirá cuentas, y que no se les ocurra hacerlo. Ella no sabe que su huida ha sido inútil, ni cazadores ni perros ni nada de lo que temía. Podría quedarse donde está ahora, pero, de nuevo: no lo sabe. Así que prosigue su camino durante mucho tiempo, mucho después de las heladas que queman la primavera y la mantienen temblando en las tinieblas, mucho después del repunte de las temperaturas, cuando los campesinos vuelven a plantar apresuradamente los restos que han encontrado, mucho después de la estación de las lluvias que moja a todos, y solo entonces se dice que ya está bastante lejos, que donde ella se encuentra nadie ha oído hablar de los Ambroisie, y entra en la granja más grande para alquilar sus brazos y volver a hacer para otros lo que ya no hará para los suyos, no hasta que pasen diez años. Regresará, eso piensa. Lo promete y se echa a reír.